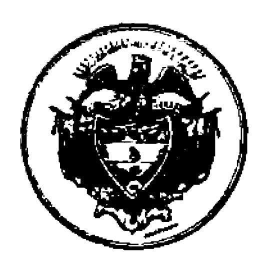
BIBLIOTECA DE HISTORIA NACIONAL
VOLUMEN I

La Patria Boba

Tiempos Coloniales, por J. A. Vargas Jurado
Días de la Independencia, por J. M. Caballero
Santafé cautiva, por J. A. de Torres y Peña



1902
BOGOTÁ—COLOMBIA—S. A.
IMPRENTA NACIONAL

SANTA FE CAUTIVA

POR J. A. DE TORRES Y PEÑA

Santa Fe, Junio 15: 1818.

EL PBRO. D. JOSEF ANTONIO DE TORRES,

CURA DE TABIO

Que há más de dos meses presentó una obrita con el título de SANTA FE CAUTIVA, *aprobada por el Ordinario Eclesiástico, pidiendo licencia para su impresión;*

Que ha desistido de la pretensión de imprimirla y suplica á V. E. se sirva mandar se le devuelva para conservarla, pues la aprecia como fruto del trabajo que ha emprendido en obsequio de la causa más pura.

—

Junio 17.

Que se le devuelva.

NOTA—*En* 18 *íd. se entregó á D. Francisco Laya esta solicitud para el cumplimiento de lo que se previene, según así lo dispuso S. E.*

—



SANTA FE CAUTIVA

POEMA

que contiene la historia de la entrada del tirano Simón Bolívar, y establecimiento del titulado Congreso en esta capital del Nuevo Reino de Granada, con noticia de su libertad por las victoriosas armas del Rey Nuestro Señor, que Dios guarde, por D. José Antonio de Torres y Peña, Cura de Tabio—1816.

ADVERTENCIA Y PROTESTA

EL motivo de escribir esta obrita ha sido el siguiente:

Hallándose esta ciudad de Santa Fe de Bogotá, en el Diciembre de 1812, afligada por las facciones interiores que dividían á todo el Reino, como consecuencia necesaria de la funesta revolución que trastornó el legítimo gobierno: cuando todavía la provincia de Santa Fe reconocía á nuestro católico Monarca, se halló acometida de las armas del Congreso establecido en Tunja, que comandaban Baraya y Ricaurte, y no teniendo mayor resistencia, cuando temía que los partidarios de los más peligrosos revolucionarios, que componían aquella reunión, la sometiese á las deliberaciones más odiosas y perjudiciales de los que intentaban llevar al último extremo el plan de trastorno general; en medio de las aflicciones y

zozobras que causaban tan justos temores, sin omitir los prudentes medios de defensa, puso toda su confianza en la invocación del Dulcísimo Nombre de Jesús.

Un religioso franciscano, limosnero de la recoleta de San Diego, Fray Ramón Rodríguez, distinguido por su humildad, retiro y sencillez, comenzó á excitar privadamente la devoción, y á repartir algunas cifras del Sagrado Nombre de Jesús: y la piedad del pueblo de Santa Fe, animada de algunos sacerdotes celosos, hizo que se propagase con rapidez en toda la ciudad, y que se recurriese con edificación á implorar los auxilios de la Religión en una devota procesión á la preciosa imagen de Nuestra Señora de la Concepción del Oratorio.

El riesgo se desvaneció como todos saben, con la victoria del 9 de Enero de 1813; siendo de admirar que siendo los contrarios dueños de Monserrate, no habiendo querido aceptar las vergonzosas capitulaciones que Nariño les propuso, y teniendo francas otras entradas en la ciudad, se dirigieron por dos puntos contrarios á reunirse los unos en la plaza de San Victorino, á tiempo que los otros acometían por aquella entrada, donde estaba la batería; sin duda por dejar cortados á trescientos y treinta hombres del *Auxiliar*, que fueron los que los derrotaron completamente. Pero lo cierto es que todos atribuyeron la victoria á la protección de Dios, que alcanzó su confianza en la invocación del Nombre de Salud, que desde entonces quedó muy radicada en los vecinos de Santa Fe.

Pero como la malicia abusa de las cosas más santas, quiso aprovecharse de estas disposiciones, aun después que se arrojó á la loca temeridad de desconocer al Rey Nuestro Señor, para llevar adelante las más funestas empresas. Con todo eso no logró que le produjese ningún fruto, hasta que en la segunda agresión del Congreso cometida á Bolívar, se vio renacer esta tierna confianza inspirando los sentimientos de compunción á las gentes, para disponerse con el auxilio de los Santos Sacramentos, y para tomar la resolución de proclamar á nuestro amado Soberano, si alcanzaban la victoria, combatiendo con aquel ardor extraordinario, que hizo necesarias las intrigas y alevosías para entregar la ciudad.

Se admiró en ella que Bolívar no desplegase toda la inhumanidad y fiereza de su carácter, ni cumpliese todas las órdenes que traía del Congreso; no siendo extraño que pereciesen muchos á manos de este genio feroz y sanguinario, sino que escapasen otros de los mismos que llevó deportados, é iban rodeados de asesinos, y muchos más que dejó en Santa Fe, y otros que quedaron ocultos.

Todo esto, y muchos sucesos particulares que se refieren en el discurso de esta historia, y los elogios que se tributan á algunos de los que murieron, protesto en cumplimiento y observancia de los decretos de la Iglesia, en especial los de la Santidad de Urbano VIII, que de ningún modo intento calificarlos por milagros, ni notas de virtud ó santidad, ni pretendo que se les dé otro ascenso que el de la credulidad piadosa de la fe humana, que es siempre falible. Y si en todo lo escrito hay alguna cosa que en lo más mínimo desdiga de nuestra santa fe, ó no sea conforme á la piedad y buenas costumbres, desde luego lo retracto y doy por no escrito, sujetándolo todo al examen y juicio de nuestra Santa Madre Iglesia, en cuya fe y obediencia deseo, y es mi voluntad, vivir y morir.

He dado á esta composición el nombre de poema, por acomodarme al título que corresponde á este género de obras, no porque crea que lo merece, ni que carece de todos los defectos que no intento disculpar, pues ni soy capaz de otra cosa, ni la poca comodidad con que se ha escrito la mayor parte, permite que se haya hecho mejor. Lo que he intentado es que no se pierda la memoria de estos sucesos, que el verso haga menos desagradable la narración, y que conozcan los efectos de una rebelión. Lo que se dice de algunas personas particulares es demasiado público, y debe tenerse presente la advertencia que sobre esto hace el sabio Marqués de San Felipe, en su prólogo, á los comentarios de la guerra de sucesión (1).

---

(1) Las notas que contiene este poema son de su mismo autor, Dr. Torres y Peña.

SANTA FE CAUTIVA

INVOCACIÓN Á NUESTRA SEÑORA DE CHIQUINQUIRÁ

¡Oh criatura sublime cuya gracia
sobre todos los seres te ha elevado
que Dios produce, y con la cual se sacia
del mismo Dios el inmutable agrado!
De su poder y amor á la eficacia
su saber infinito te ha formado
Virgen sin mancha y Madre sin segunda,
de quien la dicha á todos les redunda.

De Ti el Eterno en tiempo nacer quiere,
el Verbo toma carne, Dios se humana,
te eleva á ser su Madre, y nos adquiere
adopción de hijos tuyos tan cercana.
Todo bien que á los hombres concediere,
como sólo de tu Hijo nos dimana,
así también por mano de su Madre
nos quiere distribuir piadoso el Padre.

Virgen María, Madre y protectora
del Imperio español y su Corona;
Chiquinquirá en tu imagen, gran Señora,
en nuestro suelo su dominio abona.
Aquí tu auxilio maternal implora
quien de tu amparo como fiel blasona,
cuando el orgullo del impío abate,
y á tu imagen dispones que rescate.

Chiquinquirá feliz, mansión dichosa
del consuelo y la paz que en ti se prueba,
cuando esa insignia de la paz preciosa,
aunque deshecha, el cielo la renueva.
Si en nuestra edad la rebelión, furiosa,
de su altar la derriba y se la lleva,
de la impiedad sacrílega en despojo,
tal audacia se cubre de sonrojo.

Las armas del Católico Fernando
á su rescate corren tan seguras
del auxilio, que pocos avanzando,
triunfo á ellos repites y procuras.
Y á las tropas rebeldes derrotando,
los reduces á tales estrechuras,
que tu imagen sagrada las ahuyenta
y á la lealtad el triunfo le presenta.

¡Trofeo de piedad esclarecido,
indicio de justicia sacrosanto,
de nuestra paz blasón restablecido,
que nos cubres piadosa con tu manto!
Ya del triunfo mejor el gran sonido
alienta de mi musa el débil canto
para expresar el duro cautiverio
de Santa Fe substraída de tu Imperio.

¡No invocaciones vanas, no invenciones
del delirio pagano, yo os detesto!
Chiquinquirá le ofrece á mis canciones
el jugo en la verdad por Dios dispuesto.
Chiquinquirá con dulces expresiones
de la verdad el numen me ha propuesto,
único autor del orden y armonía,
á quien invoco sólo por María.

Si Madre Virgen del Eterno Verbo,
que en esta imagen del amor el trono
has conservado, aun en el tiempo acerbo
del trastorno, de la ira y del encono;
si del estrago entonces me preservo
por tu sagrado amparo, cuando entono
cantares que me acuerdan fui cautivo,
á ti recurro por quien libre vivo.

Chiquinquirá en tu imagen me demuestra
en tus brazos el Niño, cuyo nombre
de triunfador eterno con su diestra,
lo expresa Autor de la salud del hombre.
Aquí se cifra la esperanza nuéstra,
donde la dicha es justo que se asombre

de la que tiene en su Hijo soberano
de la salud los dones en su mano.
 Y aquí yo el nombre de salud invoco,
aquí á Jesús en tu regazo clamo,
mi esperanza en tus manos la coloco,
y humildes llantos á tus pies derramo.
Aquí la esfera de las luces toco,
donde en el fuego del amor me inflamo,
para evitar tropiezos con su brillo
en el poema más rústico y sencillo.
 Alcánzale á mi espíritu el acierto,
inspírale vigor y aliento suave,
infúnde pura luz que mi concierto
á la verdad arregle, hasta que acabe.
Y si en tus manos mi salud advierto,
haz que su nombre en mi canción se grabe,
con los destellos de la hermosa luz,
que nos salva en el Nombre de Jesús.

Fin de la invocación.

VIVA JESUS

SANTA FE CAUTIVA

CANTO PRIMERO

 ¡Días de horror! ¡Momentos tenebrosos!
¡Con qué pavor os miro, con qué espanto
mi corazón palpita, y mil sollozos
interrumpen el curso de mi llanto!
¿Mi patria al fin cubierta de destrozos,
donde la paz fijó su asiento santo?
¿dónde á su corte, con su nombre ha dado
la santa fe tan apacible agrado?
 ¡Quién creyera que el hombre de *la unión*
tánto mal nos hubiese producido!

¡Mas este nombre sólo fue ficción
ó disfraz de un Congreso fementido!
Y así sobraba á Santa Fe razón
para tenerle un odio decidido,
pues hoy de unión con apariencias fieras
le estruja entre las garras carniceras.
Jamás produjo el suelo americano
en sus selvas ó breñas más espesas,
ni en sus diversos climas un tirano,
ó caribe de entrañas más aviesas:
No vio monstruo más fiero é inhumano,
ni tigre, ni dragón, que en sus sorpresas,
igual estrago le haya ocasionado
al que Simón Bolívar le ha causado.
¡Y á esta fiera, que aborta Venezuela,
después que de su patria, á quien destruye,
y á la justa venganza, que recela,
de los valientes que le acosan, huye!
¡Cuando la fama á todas partes vuela
de este genio infernal, que sólo influye
el desorden y el rastro, tras sí lleva
de sangre y mortandad horrible y nueva!
¿A esta fiera, repito, la destina
el Congreso, la llama y la acaricia,
para que traiga á Santa Fe la ruina,
y en ella colme su mortal sevicia? (1)
¡A tal extremo de crueldad inclina
la ingratitud, la envidia, la malicia,
de aquéllos mismos á quien dio acogida
el suelo noble en que la paz se anida!
Incauta Santa Fe auxilió la empresa,
aun repugnándolo los más prudentes,
que á Caracas destruye, y ya confiesa
el error con que expuso á sus valientes.
Aquel candor genial, y la fineza
de sus hijos, los hizo delincuentes,

(1) Apenas supieron que había arribado este pirata derrotado á Cartagena, dicen le escribió llamándolo Camilo Torres y J. Miguel Pey.

yendo á auxiliar, por sólo complacer,
los mismos que acababa de vencer.
¡Oh cuán infiel unión la que no funda
en la justicia y religión su enlace!
Siempre en desgracias se verá fecunda
la que con un traidor y aleve se hace.
A Santa Fe su ruina le redunda
por la mano de aquél á quien complace,
y el Congreso, á quien caído levantaba,
este golpe ya entonces preparaba.
Armas sacó, soldados y oficiales,
de aquéllos de que sólo unos trescientos,
á más de cinco mil de sus rivales
derrotaron, matando á setecientos (1).
Ya en el nueve de Enero vio que iguales
no eran en esfuerzo ni en alientos
millares de los suyos á los nuéstros,
que sólo en trato amable creía diestros.
Mas el bravo escuadrón que le dirige
de Santa Fe Nariño, al cruel Congreso,
se afrenta con Bolívar, y se aflige,
cuando ve de esos monstruos el exceso.
Se dispersa su gente, y no se rige,
sino con tiento, en el fatal suceso,
para escapar de entre la vil canalla
ó manada de tigres donde se halla.
Mas perecen los más, porque es de suerte
que nada perdonó el estrago horrendo,
y pocos, que dejó la guerra á muerte,
á sus patrios hogares van viniendo.
Bien se concibe qué impresión tan fuerte
las noticias harían, que esparciendo
contra Bolívar el horror más justo,
ya el daño prevenían con el susto!
Cuando ya derrotado y fugitivo,
huyendo á la venganza merecida

(1) Más de setecientos quedaron tendidos en San Victorino el 9 de Enero de 1813. Nariño procuró ocultarlo después de la acción, poniendo guardias que no permitiesen registrar el campo. Vean los pueblos los efectos de una revolución, para que no se dejen seducir.

de su patria, se escapa, y á su arribo
á Cartagena turba el parricida, (1)
Temimos que viniese, con motivo
de falsa paz ó de amistad fingida,
á producir en nuestro suelo horrores
que la tierra anunciaba con temblores.
Tan fuerte terremoto el diez y nueve
de Noviembre repite, que aquel día
por él presagia su agresión aleve
un valiente oficial de artillería.
Este en Caracas ve que se conmueve
la tierra por su infausta cercanía,
y volvía del auxilio horrorizado,
que le llevó de Santa Fe forzado. (2)
La religiosa Santa Fe recurre
al Señor, cuya sabia providencia
al golpe la prepara, y así ocurre
á aplacarle con llanto y penitencia. (3)
La piedad de sus hijos no discurre,
como el deísta insensato, que sin ciencia
la mano no conoce á que obedece
cuanto á la tierra mueve y estremece.
Ocupados en estos ejercicios
de paz y de salud, que á nadie ofenden,
tramaban entre tanto sus perjuicios
los que á causarnos males sólo atienden.
Manejan, pues, villanos artificios
que en la agresión eleve que pretenden
dejen del todo á Santa Fe destruído
cogiéndolo de paz en el descuido.

(1) La facción de los Piñeres le quiso dar el Gobierno.

(2) Este fue D. Mauricio Alvarez, á quien habían dejado aun sin sueldo, porque no quiso tomar partido en la revolución. Pero vino á hallarse como otros muchos realistas en la defensa del 9 de Enero, y después lo obligaron á ir á Caracas contra su voluntad y sufriendo mil vejaciones.

(3) Después de un novenario devotísimo, se hizo la víspera de San Andrés una procesión pública de penitencia á que concurrió el clero y el pueblo.

A los Jefes sangrientos y brutales
de los más fieros cafres caraqueños
llama el Congreso, con promesas tales
que de su suerte quiere hacerlos dueños.
Bolívar, Urdaneta, y otros tales
con aplausos se ven tan halagüeños
que cuando huyen, después de sus derrotas,
de vencedores se hallan con las notas.
Los restos de los negros asesinos
que huían del valor venezolano,
el cobarde Urdaneta en los caminos
va reuniendo con cruel y diestra mano.
A miles de homicidas da destinos
y á miles de ladrones inhumano
el Congreso, que quiere hacer revista
de horribles nombres, de que forma lista.
Cerca de dos mil negros bien armados
no eran bastantes y el Congreso piensa
agregar cuantas tropas de malvados
de Tunja tiene la provincia extensa.
De bandoleros nueve mil soldados
no quieren dejar tiempo á la defensa
de Santa Fe, sino embestir de lleno
á quien de amigo le acogía en el seno.
Cuando en estas aleves prevenciones
la perfidia se ocupa del Congreso,
ve Santa Fe las nuevas elecciones
de sus pueblos viciados con exceso.
Los traidores que acoge en sus cantones
fueron la causa de este mal suceso,
que le mostró ser farsa y juego vano
el que llaman Colegio soberano.
El honor de sus hijos no tolera
se burle así la noble sencillez
de su gobierno propio, de quien era
conservar la quietud el interés.
La Junta se congrega lisonjera
en su plan opresor, pero esta vez

de soberano usó su privilegio
el pueblo, disolviendo aquel Colegio.
Sabiéndolo el Congreso, luégo incita
la zaña de Bolívar, y á la espada
más criminal y fiera solicita
con mil pompas triunfales á su entrada.
Así del cruel la fantasía excita
y aventura la guerra preparada;
mas con sangre inocente se le halaga
porque de otro presente no se paga.
El bárbaro Urdaneta en Santa Rosa
al noble y pío Don Josef Jover
con muerte consumó, mas tan preciosa,
cuanto él dura se la hizo padecer (1).
A esta canalla infame y alevosa
ni las canas pudieron contener
de Don Francisco Vilches, ni el candor
de Larrarte. ¡Tal era su furor!
Huye de Tunja aceleradamente,
á prevenir del riesgo el fiel Amaya,
cuando ve que el Congreso alevemente
los asesinos lleva á nuestra raya (2).
Mas en este peligro tan urgente,
jamás el brío en Santa Fe desmaya,
y su piedad lo llena de ardimiento
que á la defensa lo arma en el momento.
Don Manuel Bernardo Alvarez tenía
en Santa Fe el Gobierno y Presidencia,

(1) D. Josef Jover se hallaba en su hacienda de *Soconsuca:* todos le respetaban por su conducta é instrucción. Había sido Corregidor de Tunja. Le avisaron dos hombres que fueron enmascarados á su casa, del riesgo en que se hallaba. Se retiró á Sotaquirá, pero volvió al siguiente día con el P. Fray Francisco Lara, religioso franciscano, á quien el Dr. D. Juan Nepomuceno Niño había enviado de Tunja á acompañarlo. Este religioso, luégo que lo vio preso, lo confesó y le dijo misa y le dio la sagrada Comunión al siguiente día, en su oratorio, y luégo se marchó á Santa Rosa y se arrojó á los pies de Urdaneta, suplicándole por la vida de Jover. El malvado Urdaneta lo sosegó, y entre tanto lo degolló en el camino el oficial caraqueño que lo conducía y era un arriero. En Tunja y la Villa de Leiva salieron las gentes dando alaridos por las calles luégo que lo supieron. Vilches había sido Corregidor de Tunja, y D. Francisco Larrarte, de Casanare.

(2) D. Miguel Amaya había ido á traer á su entenada, la Srita. Rivas, mujer de D. J. María Castillo, y no habiéndolo conseguido, huyó de Tunja con la noticia.

anciano á quien incauto conducía
á su ruina la infiel condescendencia.
La paz con Tunja tolerar le hacía
adictos al Congreso, cuya influencia
á Santa Fe le ha sido tan funesta
como el suceso triste manifiesta.

Arréstanse unos, y otros se fugaron
con muerte aleve de una centinela;
de algunos inicuamente se confiaron
los puestos, que tenían sin cautela.
Muy pocos de éstos la lealtad guardaron,
y los más, de que menos se recela,
mostraron al Gobierno con su daño
que fiar de los traidores es engaño.

El veintisiete de Noviembre un bando
á la defensa general convoca,
la invasión repentina declarando,
cuya suerte común á todos toca :
vida, fortuna y libertad librando,
sólo en vencer á quien así provoca
infiel á la amistad con tal injuria,
que concita contra ella la peor furia.

Quedaban restos aún del valeroso
Batallón *Auxiliar*, que provinciales
llamaba ya el lenguaje revoltoso,
con otro que nombró de *Nacionales*.
Un tercio de patriotas vigoroso
dirigido por bravos oficiales,
y el cuerpo que quedó de *Artillería*,
con los pocos que había en caballería.

Las *Milicias* y muchos voluntarios
tan alegres al choque se disponen,
que de la guerra los sucesos varios
ni la muerte los turba á que se exponen.
El número inferior á los contrarios
su brío no acobarda, porque ponen
su confianza en Jesús, que sólo tiene
en su mano la suerte que conviene.

Cuando al Congreso llega la noticia
que Santa Fe se apresta á la defensa,
á descubrir su dolo y su malicia
con una inicua intimación comienza.
La muerte de Jover, cuya injusticia
debía cubrirlo de mortal vergüenza,
y otros siete inocentes. (¡Qué maldad!)
viene diciendo fue casualidad.

Pero mi estéril musa no halla riego
que la fecunde, ni el Parnaso entero
cosa la ofrece que le de sosiego
para seguir un rumbo lisonjero.
¡Acciones negras del furor más ciego!
¡extremos viles del encono fiero,
que perturbáis aún la mansión preciosa,
donde la paz y la virtud reposa!

¿Cómo podré pintaros sin zozobra,
si tiembla el pulso, si la vista excusa
esa reunión de sierpes que recobra
el tósigo insensible de Medusa?
¡Al pasmo y estupor que ya me sobra,
quien lo disipe no hay, porque no hay musa
que como furia del Averno inspire,
ó sólo sangre y mortandad respire!

¡Exagerad de la conquista horrores
y del supuesto Casas las quimeras!
Amontonad errores sobre errores
de maliciosas plumas extranjeras!
Y veréis en dos meses cosas peores,
escenas de furor tan verdaderas,
que el alma noble toda se resiente
cuando sólo el Congreso nada siente.

¡Nula para él la sociedad amable,
la paz y la amistad sin atractivo,
aun la cultura le es desagradable,
y de las ciencias y artes es esquivo!
¡Enlaces, conexiones, trato afable,
para él no tienen causa ni motivo!

¡Los pactos y fe pública en los hechos
vulneran, como todos, los derechos!
¡La gratitud y honor se desconoce!
¡Nada la Religión les interesa!
Ni quieren que el mutuo amor se goce
de esposos, que más casto se profesa.
La patria misma tratan se destroce
cuando invocan su nombre á toda priesa.
¡Piedad filial y tierna compasión
al mísero, para ellos es traición!
¡Congreso duro! ¡Tus vicios no exagero,
que bosquejan apenas tu pintura!
¿Qué agrado puedo hallar si considero
este mapa de horror y desventura?
¡Despavorido al verlo, ya no quiero
cantar la destrucción, en que asegura
consolidarse el más fatal imperio
con sangre, muertes, ruina y cautiverio!

Pero en este momento mi alma siente
una impresión tan suave, que arrebata
todo el sentido, y hace que me aliente
al transportarme la visión más grata:
Un Nazareno alado y refulgente,
cuya belleza al corazón dilata,
coronado de rosas entre espinas,
se me ofrece con formas peregrinas.
Su rostro y talle de mancebo hermoso,
vestido de un ropaje rozagante
con vista amable y vuelo majestuoso
y con la paz cifrada en el semblante:
Yo lo veo acercar con alborozo
y un temor respetuoso en el instante
se apodera de mí, mas sin turbarme
cuando á su vista quiero ya postrarme.
Brilla en su diestra la preciosa cruz;
como un sol en su pecho resplandece
el sacrosanto Nombre de Jesús,
y en su siniestra un cáliz aparece:

Tanta es su gracia, majestad y luz,
que mi espíritu cuasi desfallece ;
mas lo conforta el conocer que ve
al Angel Tutelar de Santa Fe.

"Dispónte á ver los hechos de más gloria
(así el Angel me dice con misterio)
que Santa Fe registra en larga historia,
con honra siempre del hispano Imperio.
De Santa Fe trocada la victoria
verás en un aleve cautiverio,
donde su brío y su valor resalte,
donde el heroísmo á su virtud esmalte.

"Si esta ciudad piadosa se extravía
yo romperé de su ilusión la venda,
pues en el Nombre Altísimo confía
que le ha de descubrir la justa senda.
Sí, yo le mostraré que se desvía
de las sendas de paz, para que entienda
que cuando iba á destruirla su pecado,
sólo el nombre que invoca la ha salvado.

"El nombre de Jesús, santo y terrible
es quien siempre la salva, y quien agora
contra todos los tiros invencible
la deja más gloriosa vencedora.
Pero permite pruebe ¿cuán horrible
es esa independencia destructora,
por cuyo vano nombre al Sacrosanto
le hizo su error que profanase tanto!

"La Independencia en una guerra injusta
la juventud expone más gallarda,
y la experanza de la paz augusta
y de la unión legítima retarda. (1)
Del Pastor desterrado ya no gusta,
porque la paz lo sigue y lo resguarda,
y viene á descargar contra la Iglesia
la tempestad horrible, la más recia.

(1) En el auxilio que pereció por la mayor parte en Venezuela y en el Ejército que triunfó en Calibió, y fue á perecer en Juanambú y Pasto, cuando se trataba de la conciliación más útil por el Sr. D. Toribio Montes.

"Mas no destruída al golpe más horrendo
quedará Santa Fe, porque la ampara
el Nombre de Jesús, que disolviendo
su ilusión del engaño, la separa.
La fatal opresión que está temiendo
un castigo piadoso la prepara,
que la haga conocer con el rigor
la suerte que merece por su error.

"No el exterminio entero, no la ruina
total de Santa Fe á sus manos crueles
ha de lograr el odio que combina
en su daño las tramas más infieles.
Jesús, á quien invoca, la encamina
por el clamor de muchas almas fieles
á la noble y heróica resistencia
que al Congreso quebrante la insolencia."

Dice el Angel; entonces yo me atrevo
á pedirle que mire condolido
á la ciudad amada, en que no es nuevo
ver el valor á su piedad unido.
Así le habla mi llanto, así le muevo:
el error le confieso en que ha incurrido
cuando la senda de la paz le cierra
la general borrasca de la tierra:

"Mis pecados, le digo, son muy graves:
muchos los de otros son, pero también
hay muchas almas justas, y bien sabes
que lloramos los males que se ven.
No la esperanza de una vez acabes
que nos sustenta en medio del vaivén,
que al temor, al destierro, á toda pena,
porque no lo avivamos nos condena.

"Si tú las miras del Señor conoces
(así nuestro Angel Tutelar prosigue),
el perdón de las culpas más atroces
la penitencia sabes que consigue.
La contrición le aplaca con sus voces
y al humilde no es justo que castigue;

pero suele con gran tribulación
producir tan feliz disposición.
"A la virtud del justo así aquilata,
al iluso conduce al desengaño,
al penitente enmienda y lo recata,
y al pecador advierte de su daño.
A las fieras que deja entrar las ata
el Nombre Santo, aquel furor extraño
que á muchos abre del honor la senda
en que al heroísmo su virtud ascienda."
"Vén á verlo," me dice, y se me eleva
á la cumbre del alto Monserrate
por invisible mano, y se renueva
mi vista que al campo hace se dilate:
¡Más que de lince ó de águila! ¡Qué nueva
extensión descubrí donde el combate
objetos mil presentará sin velo,
muchos de horror, algunos de consuelo!
El día tres de Diciembre se contaba,
cuando un impulso nuevo me transporta
á la espaciosa sala donde entraba
tanto concurso, que para él es corta.
El convento Agustino la encerraba (1)
y entre sus muros santos nos conforta
el Nombre de Jesús que se venera
para oír allí la intimación severa.
Los padres de familia congregados
de todo estado, condición y clase,
con los Jefes del clero y los prelados
la intimación presente se les hace:
"Que á Bolívar le sean entregados
pertrechos y armas, sin que nada pase
de seis horas de término, y sea vuelto
á reunir el Colegio ya disuelto."
Tál es la intimación en que asegura
no violar los derechos é intereses
de cada uno el Congreso, que procura

(1) La sala de Capítulo de San Agustín, en cuya iglesia se venera la devotísima efigie de Jesús Nazareno y se hace la fiesta del Dulcísimo Nombre.

disculpar su perfidia tantas veces.
¿Y tántos cuya suerte se aventura
al odio vil y manos de hombres soeces,
expondrá Santa Fe tan fácilmente
á que digan mataron casualmente?
¿Y á los que unen los lazos más estrechos
de Religión, de sangre y conexiones,
separar se pretende con los hechos,
qué horror serán de todas las naciones?
Si al español no guarda sus derechos
que de Europa pasó á nuestras regiones,
porque los llaman estos necios *godos*,
sepa Bolívar que lo somos todos.
¡O bárbaro asesino! ¡qué maligno
el que al puñal aleve nos expone!
¡Qué cruel el que fingiéndose benigno
ajuste y paz contigo nos propone!
¡Qué traidor á su Patria tan indigno
el que tu entrada en Santa Fe dispone!
¡Mas ay! ¡A cuánto mi tristeza llega
cuando preveo tan dolosa entrega!
La discordia en la Junta se insinúa,
y en tono liberal contienda mueve,
porque en finos discursos no se actúa
en pro y contra la causa como debe.
La manzana ocultó, pero su púa
me atreví á descarnarle muy en breve,
haciendo ver que la verdad desnuda
más impresión hará á la gente ruda.
Satisfice al sujeto respetable,
con lo urgente del riesgo que nos gana
los momentos preciosos, y no es dable
que nos distraiga la disputa vana:
Y del sabio Vergara es bien notable
la breve decisión que el caso allana:
"Yo les digo, señores (así habló)
que pasos largos, pico corto, y nó" (1)

(1) D. Felipe Vergara, aquel anciano tan recomendable por su virtud y literatura, como realista, sin que por serlo haya dejado de servirles.

Protesta el Presidente que la intriga
y sus tortuosas sendas aun ignora.
Su candor es notorio, aunque más diga
el dolo que al Congreso deshonora.
Porque se sepa la maldad que abriga
y la envidia feroz que lo devora,
Figueroa lo pinta allí quejoso
porque es nuestro Gobierno religioso. (1)

Tan cierto es esto, que no duda alguno
que es justa la defensa en el conflicto:
lo dicen, y lo afirman uno á uno;
y aun del Congreso firma algún adicto.
La Junta se disuelve, y oportuno
el Gobierno eclesiástico un edicto
publica en que declara interesada
la Religión en guerra tan sagrada.

Prohibe dar auxilio á los contrarios
con la pena eclesiástica, que llena
de autoridad en casos necesarios,
tan justamente al contumaz condena.
¡Ojalá que mil juicios temerarios
no interpretasen por rigor la pena
de que confiesan ahora la justicia,
al probar del Congreso la malicia!

De la Junta salí, y al Angel veo
el escuadrón reunir de ángeles buenos
que de guardarnos tienen el empleo
de paz, agrados y hermosura llenos.
A mi alma colman del mayor recreo,
y en la forma de alados Nazarenos
expresan todos, cada cual más bello,
de Jesús Nazareno el nombre y sello.

En sus manos Jesús resplandecía
en millares de cifras relucientes
que á sus clientes cada uno repartía,
para adornar los pechos y las frentes.

(1) El célebre pintor D. Pedro Figueroa expuso que había oído á los Congresistas, que no era bueno el Gobierno de Alvarez, porque era muy religioso.

Y en Santa Fe tan apacible día
nueva luz esparció sobre las gentes,
para que el pueblo, en la opresión más dura,
no pierda de Jesús la lumbre pura.

No ruinas de Sagunto y de Numancia,
ni tumbas de sus héroes desgraciados,
Santa Fe se propone por ganancia,
ni algún furor conmueve á sus soldados.
De Zaragoza sí la fiel constancia,
sus ínclitos varones esforzados
quieren los nuéstros imitar con gozo,
aunque su Patria sufra igual destrozo.

La vanguardia enemiga nuestra raya
había pasado en Chocontá, viniendo
cual huracán furioso que se ensaya,
la tempestad horrible previniendo.
De Monserrate vuelvo á la atalaya
donde me lleva el Angel, descubriendo
en la extensión del suelo bogotano
motivos que al dolor no lo hacen vano.

Descubro allí los campos anchurosos
que recorre el engaño y la mentira,
con cuantos genios fieros y alevosos
la vil traición en sus empresas gira.
A congregar perdidos y tramposos
de pueblo en pueblo van, con que se mira
de Bogotá fugar la infiel partida
á engrosar el ejército homicida.

Al peso de canalla tan grosera
se reciente lo bello y ordenado,
que graciosa cultura dispusiera
en tres centurias que se habían contado.
Nada perdona la barbarie fiera
de cuanto el hombre tiene acomodado
á los diversos usos y ejercicios
de la vida social y sus oficios.

La gente se dispersa, y los convida
Santa Fe á la defensa: muchos vienen

prefiriendo este asilo á la guarida
que en los páramos otros se previenen.
Ni en la choza más pobre y escondida
seguridad los campesinos tienen,
y la indolencia estúpida no quita
la zozobra en el riesgo que la agita.
Santa Fe, sin turbarse, se dispone
á resistir, sin muros ni baluartes,
aunque su bella situación la expone
á un riesgo, que es igual por todas partes.
Mas en el Nombre santo se propone
de la prudencia no omitir las artes;
pues el Señor no quiere temerarios,
que desdeñan los medios ordinarios.
Abrense fosos, fórmanse trincheras,
ya en Las Nieves, y ya en San Victorino (1),
para cubrir las calles y carreras,
expuestas á un asalto repentino.
Empeñado vi entonces, muy de veras
al modesto ingeniero Cebollino,
que antes lo deja todo, y se retira,
cuando el desorden de las cosas mira.
Mas ahora nó: lo veo que entre todos
iguala en el afán á las mejores,
que cada uno procura de mil modos
á la Patria servir de defensores.
Y aquí la ínclita estirpe de los godos,
que nos dio cuna, reune los valores
del europeo al fiel americano
contra la ira del vándalo africano.
Así los veo yo sin distinciones,
que tratándose todos como hermanos,
no más de criollos, ó de chapetones,
quieren usar los distintivos vanos.
El recíproco amor en las acciones,
tan vivos los conforma, que sus manos

(1) En la Calle Real de Las Nieves, con tres cañones de á ocho, en la salida del chircal, con dos pedreros, y lo mismo en la Alameda, y en San Victorino con cuatro cañones de á ocho.

sólo en servirse mutuamente emplean
en los oficios que útiles les sean.
De unos y otros hay jefes y oficiales,
y en todo cuerpo, y clase de soldados,
ya que en el número no sean iguales,
lo son en lo demás por todos lados.
Sus conexiones veo, que son tales,
que sin romper los lazos más sagrados
de religión, piedad, naturaleza,
ni fuerza los divide, ni destreza.
Mas ¡ay dolor! ¡Que veo con disgusto
que si á los buenos se confían los puestos,
también se fían de quien sólo es justo
recelar los abusos más funestos !
¡Su aparente lealtad nos causa susto,
porque á toda traición están dispuestos:
y en sus manos se pone sin consejo
en el más arduo caso el peor manejo!
Los nobles oficiales de patriotas,
de que es Santamaría Comandante,
le miran con recelo por las notas
de adhesión al Congreso, que es constante.
Las ideas bastardas creen remotas
de su Jefe; mas esto no es bastante
cuando con velo honesto se disfraza
en las guerras civiles la peor traza.
¿Y qué harán Núñez, Pardo, Ley, Salcedo, (1)
que en el encuentro de tumultos varios,
si mantuvieron firme su denuedo
tampoco fueron revolucionarios ?
Mas á la intriga ya le tienen miedo
del Congreso y sus viles partidarios,
que manejan el dolo más infame,
para que el pueblo por su Rey no clame.
Vén que á Miguel Pey se le respeta,
y se conserva el grado militar,

(1) D. Pedro Núñez y D. Bernardo Pardo, santafereños; D. Lorenzo Ley y D. Ignacio Salcedo, españoles, oficiales antiguos del *Auxiliar*.

que Ayudantes á Piter y Urdaneta
hacen con Ayala y Somoyar.
La conducta más torpe é indiscreta
que á tántos sospechosos da lugar,
hace temer al bueno de la intriga
que el General taimado sólo abriga.

Su disimulo es tal que no recela
el Gobierno que abuse del empleo
de General en Jefe, cuando él vela
por el bien y quietud del europeo.
Pero á este pienso yo que desconsuela
notar en Santa Fe el común deseo
de unir los vivas de Jesús con gloria
con los vivas del Rey por la victoria.

Así lloraba yo con pesadumbre,
cuando un amigo anciano se me agrega
de Monserrate en la escabrosa cumbre,
y su vista apacible me sosiega.
En su semblante traía la vislumbre
de su candor genial con que se allega
á decirme no tema, pues se ve
el brío más heroico en Santa Fe,

"La tropa no se rinde (así me dice),
su piedad es igual á su ardimiento
y si algún Jefe del deber desdice
difícil le saldrá cualquier intento."
"Yo temo (digo) un éxito infelice
si reflexiono bien por un momento
que el cuidado del campo dan á Pey,
y es General el más contrario al Rey.

"D. Josef Ramón Leiva, Secretario
del último Virrey, ¿quién tal creyera
que tan tenaz y duro partidario
de la revolución funesta fuera?
De la causa del Rey el más contrario
yo lo vi, y en sus manos no pusiera
una cosa, cuyo éxito feliz
reduce á Santa Fe de su desliz.

"Mas nó (dice mi amigo): el noble empeño
tan general se ve, que nos promete
un éxito sin duda más risueño
si al valor el suceso se somete.
¿No vez á cada uno qué halagüeño
á las duras fatigas se somete?
¿No vez que el riesgo esperan con despejo
el joven, el varón, el niño el viejo?

"¡Qué honor! ¡Qué concordia! ¡Qué piedad!
á cada uno dispone á que trabaje
según sus bríos, según su agilidad,
la sencillez usando hasta en el traje!
Deponen el ornato y vanidad
por vengar á su Patria del ultraje:
y el noble, el jornalero, el artesano
se igualan al soldado veterano.

"Aun el clero concurre á la tarea,
y hasta sus sacras manos el ungido
con las del vulgo mezcla y las emplea
en el duro trabajo complacido.
Su presencia por todos se desea,
y cada uno á su vista compungido
se conmueve á la voz con que le exhorta,
y con besar su mano se conforta.

"¿No vez en todo caso que expeditos
quieren estar para morir gustosos
confesando humildes y contritos
en medio de concursos numerosos?
Ni sus bríos se ven así marchitos,
antes nuevos los cobran, y piadosos
tan alegres se muestran que es un pasmo
ver tan noble y legítimo entusiasmo.

"Por dondequiera se oyen con encanto
los religiosos himnos y cantares
que se entonan festivos á Dios Santo
en las rondas y estancias militares.
Los vivas á Jesús resuenan tanto
que acreditan en todos los lugares

que de su cruz ninguno se avergüenza
y por ella se emprende la defensa.
"¿No ves que en la defensa los empeña
el más caro interés para cada uno?
Que el padre por el hijo no desdeña
y el hijo por su padre riesgo alguno?
¿Qué la lealtad al fiel amigo enseña
á combatir cuando lo cree oportuno
por conservar la vida y la existencia
del que ama cada cual con preferencia?
"¿No ves á la matrona generosa
que al hijo y al marido cuando mira
que á la lucha se exponen peligrosa
nuevo valor y aliento les inspira?
Las armas les alarga cariñosa
la mano misma que tan sólo aspira
á libertarlos de la mano injusta,
del que de sangre y muertes sólo gusta."
Así me habla el candor; mas si al heroísmo
el vasto campo del honor se le abre,
donde ya el verdadero patriotismo
guirnaldas mil es justo que se labre.
Y al insensato y terco fanatismo
del odioso Bolívar descalabre;
su esfuerzo, empero, lo mologra el fuerte
si la traición decide de la suerte.
Esto respondo, y veo allí pararse
aquel ave que todo le es de estorbo,
y aun de su especie rehusa acompañarse,
feroz de aspecto y de mirar muy torvo.
Con las rapaces sólo gusta emplearse
en mortecinos, con su pico corvo,
negro el plumaje, el cuello ceniciento,
orlado de un relez sanguinolento.
Es un *carraco* cuyo nombre bronco
á sus toscos resabios le conviene,
y expresa bien con su graznido ronco
el hambre de cadáveres que tiene.

Recuerdo al verle en un podrido tronco
del congresista el símbolo, que llene
del claro poeta toda la expresión
que formó con más arte y discreción (1).
O si el aire tuviera y la elegancia
del Homero del suelo bogotano,
distraería su dulce consonancia
el horror que suavizo, pero en vano.
Mas puede ser acaso de importancia
que el desatino de mi verso llano,
más bien con la dureza en que se explica
se acomode al asunto á que se aplica.

CANTO SEGUNDO

Tan claro el horizonte aparecía
estos días de horror, que más risueña
la hermosa Santa Fe se descubría
sin que mostrase de temor ni seña.
Tan alegre la gente discurría
en las faenas de honor, que no desdeña
morir en la defensa con más gloria,
que no dar al tirano la victoria.
Ya las furias veloces dirigían
el curso del ejército enemigo:
la zaña, el odio, la crueldad, venían,
y el vil encono, todos á su abrigo:
El fraude y la traición allí tenían
á cada cual por su mayor amigo:
lo mismo la venganza y la perfidia,
la ingratitud y hasta la soez envidia.
Las destructoras bandas de asesinos
de Chocontá pasaron, donde un pobre, (2)

(1) En una fabulita que publicó el Dr. D. Juan Manuel García de Castillo, los simbolizó en el carraco, y desde entonces les quedó este nombre.

(2) Este fue un miserabla peón, que supusieron espía, y fusilaron, aunque allí lo confesó el P. Fr. Emigdio Camargo, á quien insultaron los que venían atrás, porque lo había sepultado en la iglesia.

sus tiros estrenó, porque mezquinos,
su albergue en sangre quieren que se cobre.
Las dehesas y rebaños tan sin tinos
devastan, que no quieren que le sobre
á la posteridad ningún viviente
que dé producto al hombre y lo sustente.

Al desgraciado médico Lorite,
europeo ya viejo y achacoso,
su profesión lo lleva á que ejercite
sus oficios con un menesteroso.
Va sin temor, y esto hace que se irrite
más de la soez canalla lo alevoso,
que prende al que baldado no resiste
y en tales hechos su valor consiste.

El sangriento Bolívar al pillaje
de los negros bandidos, que acaudilla,
añade en todas partes el ultraje
de exigirse el respeto á su gavilla.
Aunque sean oficiales en el traje
no son más que asesinos en pandilla
que de arrieros, esclavos y hombres vagos,
Bolívar adiestró con sus estragos.

Los aposentos de Sopó saqueados,
á echarse vienen sobre las salinas;
y de Zipaquirá los desterrados
exigen su Gobierno en estas minas.
Destínanse partidas de malvados
que se dispersan á llevar las ruinas,
á dondequiera que la fuerza alcanza,
mientras el resto á Santa Fe se avanza.

Zipaquirá ve entonces á Acebedo
de Jefe ó Dictador, que todo junto
menos sería, que el terror y miedo,
con que toda opresión subió de punto.
Principio tuvo desde aquí el enredo
del tres por ciento, que tocó al conjunto
de miseria en terrenos y aun en muebles,
sin perdonar los indios más endebles.

A Tabio van, mi amada residencia:
mis domésticos huyen y se libran;
y á La Mesa dirigen la violencia,
que contra tántos europeos vibran.
Y erran éstos, confiando en su inocencia,
pues al furor demente no equilibran
en estos antropófagos tan fieros
de la justicia y religión los fueros.

Al anciano D. Pedro de Bujanda,
de Cajicá tan respetable cura,
una cuadrilla zafia le demanda
regalos, que les brinda su cordura.
Llega luégo Bolívar, que le manda
á Tunja preso con cruedad tan dura,
que el día de la Virgen ni la misa
se le permite, ni mudar camisa.

Otro español que á sus expensas vive,
y otro que hallan, no pueden libertarse
del tigre cruel que apenas se concibe
¡cómo de sí no baste á horrorizarse! (1)
No hay europeo bueno á quien cautive
que con los vivos deba ya contarse,
pues sólo cuenta el vándalo insensato
por hazañas tan vil asesinato.

En las casas de *Tíquisa* acometen
á la familia de don Lucas Santos;
matarle por su acento le prometen
que en nuestro suelo le es común á tántos.
Sus hijas á las breñas se entrometen,
y el furor se desahoga en los quebrantos
de un criado que atormentan porque muestre
dinero y joyas y en ladrón se adiestre.

La hermosa posición de *Hierbabuena*
saquean y se roban sus ganados:
Baraya y Torres ven allí con pena
con Castillo, los daños comenzados.

(1) El primero era un mozo del difunto Oidor D. Josef Barco, por nombre Josef Pérez, que se había dementado, y el otro no se ha sabido el que fue.

Así se hacen testigos de la estrena
de la obra de que son comisionados;
y en la casa ya lóbrega se hospedan
en que restos de muebles sólo quedan.

En Santa Fe el estruendo militar
el cinco de Diciembre por la tarde
por todas partes se oye resonar
para que todo puesto se resguarde.
Bajo del monte yo para notar
el valor religioso de que alarde
hacen entonces los guerreros nobles,
que de brío y piedad dan pruebas dobles.

De Antioquia muchos nobles desterrados
que el dulce seno de la paz acoge,
en Santa Fe le muestran esforzados
los frutos del asilo que ahora coge.
A los nuéstros se reúnen denodados,
y algunos de sus jóvenes escoge
que á la Patria común aquí le rindan
la estrena de guerreros que le brindan.

El conjunto de mil demostraciones
de humildad y confianza que enternecen,
á los nuéstros conduce á las acciones
en que á morir por Santa Fe se ofrecen.
Tan penetrados van sus corazones
por la causa sagrada, que merecen
que sus nombres la muerte no sepulte
aunque hoy el fanatismo los oculte.

¡Oh necio fanatismo! ¡Quién pudiera
abatir el orgullo y frenesí
con que insultas al justo en la carrera
de su ilustre virtud! Mas ¡ay de mí!
¡Aunque tan loco el fanatismo fuera
que no pudiese conocer á sí,
se podría disculpar; mas no hay excusa
cuando al fiel de fanático lé acusa!

Esta es la nota que les pone á todos
los católicos fieles que conservan

la piedad de sus padres, por los modos
que inalterables en la Iglesia observan.
Dicen son musarañas de los godos,
esos idiotas que el vigor enervan,
que la verdad le da para lo bueno
al hombre que del bien no se hace ajeno.
    Mas como tal barbarie desconoce
aun de la humanidad los sentimientos,
á Bolívar lo lleva á que destroce
y los suyos de sangre estén sedientos.
No hay seña de piedad con que se roce
el que siguiendo á monstruos tan violentos
sólo el robo y los llantos saborean,
sólo muertes y ruinas lo recrean.
  Mas la piedad en Santa Fe tremola
en sus insignias el mejor contraste,
y los escudos de la fe española
sólo permite que su tropa gaste.
Los estandartes de la Fe enarbola,
y los adorna del brillante engaste
ó del nombre sagrado y adorable
ó de la cruz preciosa y saludable.
    Nuestra esforzada tropa marcha luégo
á cubrir las entradas, y el escudo
de Jesús se conduce hasta San Diego
entre pompa marcial á que yo acudo.
A la Virgen del Campo allí lo entrego
con el Cura, (1) mi hermano, á quien ayudo
con Marchán y Benito, franciscanos,
que el aliento tenían de Capistranos.
    ¡Oh amados compañeros! ¡Qué gran día
vosotros habéis dado á Santa Fe,
cuando entre pompa y voces de alegría
el estandarte de Jesús se ve!
¡Cuándo el guión de tan santa compañía
al Cura disponéis que se le dé!
¡Mas ya el infierno dicta que os separe
á los dos el Congreso si aquí entrare!

(1) Dr. D. Santiago de Torres, cura de Las Nieves.

Por los dos la bandera se previno
porque otra no tenían los artilleros,
y la recibe el Coronel Cancino
de la Iglesia estimando los esmeros.
Con otra igual honró en San Victorino
el celo de eclesiásticos obreros
á los que resguardaban este puesto,
y todo por Jesús quedó dispuesto.

Al escuadrón valiente que formaron
de á caballo los fuertes europeos,
con roja y grande cruz lo resguardaron
donde tuvieron fijos sus deseos.
A don Ramón Infiesta la entregaron
para que aquí fenezcan sus empleos,
cuando ya un fin glorioso lo corone
y su conducta por la cruz se abone.

Era el seis de Diciembre; ya este día
y á Monserrate vuelvo en el siguiente
en que la soez canalla recogía
cuanto en el campo halló que se apaciente.
Las carnes medio crudas se comía,
robaba los caballos impaciente,
que destinaba sólo á su montura
el ladrón que la fuga se asegura.

Entre tanto yo siento en Monserrate
el alarma que dan á los rumores,
que los contrarios por aquí al combate
se acercan como diestros salteadores.
Mas libre me hallo, sin que yo lo acate,
al disparo de algunos voladores,
y al toque de campanas que ahuyentó
la tropa que hacia acá se dirigió.

Este punto dejó desamparado
el General, con ser tan importante,
y quedara también por este lado
el enemigo en puesto más pujante.
El modo con que Leiva se ha portado
sus intentos indican lo bastante,

que en esta parte el miedo los destruye
pues la canalla con el ruido se huye.
La División que mandan á ocuparlo
oye el relato; creese descubierta;
teme al contrario: no osa provocarlo,
y á la cobarde fuga sólo acierta.
Así el punto se queda, sin pensarlo,
abandonado, sin que nadie advierta
en el descuido, que no surte efecto
al intento, si obró con tal respecto.
En Fontibón, al fin los salteadores
se reúnen con sus dignos capitanes,
continuando el saqueo y los horrores
que caben sólo en sus villanos planes.
Nada perdona el hambre y los furores
de los dientes rabiosos de estos canes,
que al cura roban su desierta casa
y el odio sus papeles despedaza.
Aun de la iglesia un cáliz y ornamento
los sacrílegos hurtan y no vale
al buen cura de Pey el miramiento,
hermano que tan caro así le sale. (1)
Este esperaba sólo que el momento
de entrar los asesinos se señale,
para poder hacerse á tan ruin bando,
que en Santa Fe le aseguraba el mando.
Mientras lo logra emplea el artificio
y Brigadier se llama en nuestra tropa,
un abogado que le ha dado indicio
de que otro más inepto no se topa.
¡Oh ruin condescendencia! ¡Oh qué perjuicio
al daño que revela, así lo arropa!
Mas el Gobierno en falso se sostiene
cuando por base á la inconstancia tiene.
Ya en este tiempo el bárbaro asesino
su negra hueste á *Techo* encaminaba,
y el rastro de fiereza en el camino

(1) Servía el Curato D. Joaquín Pey, cura de Sutamarchán.

con inocente sangre señalaba.
A Lorite y los otros aquí vino
á darles la cruel muerte que intentaba,
y el Congreso á que es bueno se persuade
si atrocidad á su injusticia añade.

Los cadáveres dejan insepultos
en el puente de Aranda, cuasi á vista
de Santa Fe, pero le son ocultos
porque á la vil entrega no resista.
La humanidad lamenta sus insultos
sin que el Congreso todavía desista
de dar elogios al tirano infame
y aun lleno de virtudes lo proclame.

Tal era en suma la proclama necia
que llena de promesas y de halagos
circulaban al tiempo que tan recia
tempestad publicaba sus estragos.
Mas el fatal Congreso no se precia
de mostrar de ternura, ni aun amagos,
ni tiene honor, ni guarda consecuencia,
ni del pudor conoce aun la apariencia.

En las campiñas fértiles de *Techo*
destrozan las copiosas montoneras
y el afán laborioso ve deshecho
el depósito rico á manos fieras.
A las bestias exponen sin provecho
las doradas espigas, que en las eras
de sus granos recogen el abasto,
que á brutos nunca le sirvió de pasto.

En Santa Fe la noche más festiva
la fiesta anuncia de la Virgen pura
concebida sin mancha, en que se aviva
el regocijo y la filial ternura:
No creía verse Santa Fe cautiva
en días tan alegres; mas depura
así el ultraje de la real corona
que amorosa castiga su Patrona.

Los repiques y alegres luminarias

al enemigo aturden y deslumbran,
y recurre á las trazas ordinarias
que siempre los aleves acostumbran.
Se acercan avanzadas temerarias,
pero apenas los nuéstros las columbran:
"Viva (gritan con voces de alegría)
la Concepción en gracia de María."
A estas voces los negros se amedrentan,
y antes que tiro alguno se dispare
los ecos santos sólo los ahuyentan
porque el genio que traen se repare.
La cuadrilla infernal, que representan
el maligno es preciso desampare....
ó si el Nombre sagrado allí lo liga
la empresa estremeciéndose prosiga.
La noche se pasó sin más recelo
y á todos dio lugar para el reposo
que asegurado estaba en el desvelo
del que la guardia hacía cuidadoso.
Las rondas se alternaban con gran celo
y á cada centinela vigoroso
lo hallaban en su puesto, hasta que el día
octavo de Diciembre amanecía.
En este día se mostró la aurora
tan clara y tan risueña, que amanece
como de fiesta de la gran Señora
que la oliva de paz al mundo ofrece.
A Santa Fe la brinda; pero ahora,
porque su error conozca, bien merece
que de la independencia coja el fruto,
vistiendo de cautiva el triste luto.
En este estado la hará que experimente
su protección, cuando con llanto amargo
sin ver la ruina, su opresión lamente,
para volver mejor de su letargo.
Y Santa Fe se admira cuando siente
que en pie la deja el golpe sin embargo
que destruirla se quiere, y no se puede

porque hay fuerza invisible que lo vede.
¡Oh día claro! cuya luz convida
á todos al santuario á celebrar
á la que siendo en gracia concebida
es Virgen siempre y Madre singular.
Concurren á las fuentes de la vida
todos los fieles á quien da lugar
el tiempo de lograr la buena gracia
del sacramento con que Dios nos sacia.

Los templos y sus bóvedas resuenan
con música y con cánticos de gloria,
que en el culto legítimo se ordenan
á celebrar la más feliz memoria.
Al pueblo fiel de regocijo llenan,
dando gracias á Dios que la victoria
por Jesucristo á todos nos ha dado,
y María en su origen ha logrado.

Este día los negros arredrados,
como lobos hambrientos que á la presa
que defienden mastines denodados,
desde lejos preparan la sorpresa.
Como el tigre que asecha los ganados
el asta teme, que en torno se atraviesa
de los toros valientes que bramando
con sus puntas le están amenazando:

Así esperan cobardes, que la entrada
la más negra traición les facilite,
sin que al diente voraz resista nada
que el sangriento destrozo le limite.
Sin riesgo suyo quieren sea entregada
la ciudad á que en ella se ejercite
su mano atroz, su cruel libertinaje
en matanza, en estupros, en pillaje.

Tales son del Congreso los regalos,
y el General que lleno de virtudes
blasfemos apellidan, pues tan malos
la mortandad reputan por saludes.
Sólo les debe contestar á palos,

quien de estragos contando multitudes
oye aprobar á tales insensatos
esa conducta ruin, y asesinatos.
    El inicuo Bolívar se encamina,
como el tigre mañoso que se acerca
blandamente á la presa que destina,
destrozar á su salvo más de cerca.
Asegurado en la traición maquina,
mientras que nadie con su voto alterca,
ejecutar el plan que le han propuesto
los que la venta infame le han dispuesto.
    Abocarse con ellos le conviene,
y á la noche en silencio se conduce
y se asegura que á la casa viene
de cierto Jefe que á ella le introduce.
La trampa prevenida así se tiene,
y hasta el fin del suceso no produce
desconfianza en la tropa que se admira,
cuando el engaño descubierto mira.
    En aquellos momentos reposaba,
y un suave sueño todo mi sentido
con varias ilusiones embargaba,
cuando despierto al eco de un gemido.
Me acelero á indagar lo que pasaba
y la cima rondé despavorido;
cuando escucho de nuevo un triste canto
que á veces interrumpe tierno llanto.
    Oigo el acento, y al lugar me llego,
y veo sobre un risco recostada
una Matrona, que al copioso riego
de su llanto quedaba desmayada.
Al rededor estaba sin sosiego
numerosa familia, que enlutada,
expresaba sus ayes lastimeros
del dolor los extremos verdaderos.
    Un hermoso mancebo allí cercano
con donaire cantó tan triste verso,
tocando á la sordina un forte-piano

que al dolor no resisto aunque me esfuerzo.
Vuelvo á ver al candor en el anciano,
que ya con sentimiento muy diverso,
con energía explica muy sincera
la catástrofe triste que se espera.
La visión me consterna, mas al punto
desaparece todo, y sólo queda
el anciano conmigo y le pregunto:
"¿Qué juzga, en fin, que á Santa Fe suceda?
De penas (dice) llorará el conjunto
sin que destruirla su contrario pueda:
este es todo el misterio que se encierra
en la triste visión que nos aterra.
"Esa noble Matrona representa
á Santa Fe cautiva y á sus hijos,
familia numerosa que lamenta
la serie de ajamientos más prolijos.
Con detestar lo malo se contenta,
teniendo siempre sus deseos fijos
en la conducta santa, á que la obliga
la Religión sagrada que la abriga.
"Sin aliento se queda cuando mira
que la sangre inocente se derrama,
y lavarla con lágrimas le inspira
su piedad, en la suerte de los que ama.
Esa música lúgubre respira
la expresión de su honor con que reclama
los derechos que tiene la inocencia,
que agravia la malicia y la violencia.
"El honor es el músico que tañe
y al clarín de la fama le encomienda
que en las exequias que hace le acompañe,
por los que mueren, y su nombre extienda.
Su memoria no quiere que se dañe
por la calumnia con que la hoz horrenda
sus vidas corta, y dice así la letra
de la canción que el alma te penetra:
"Ya la ciudad ilustre conculcada

ha de verse por plantas homicidas,
de su esplendor y arreos despojada
por las manos más viles y atrevidas.
En paz cautiva, presa, encadenada,
mirando sus riquezas esparcidas,
para servir en todo como esclava
al negro soez que de vencer acaba.

"Fenecieron los días de placer,
el tiempo de su lustre ya expiró,
el período comienza en que ha de ser
escarnio del cobarde á quien venció.
La perfidia lo hará prevalecer
que al Congreso fatal entronizó,
y mientras llena á Santa Fe de queja
al atroz enemigo lo festeja.

"¡Oh dolor! ¡Si á lo menos se cumpliesen
los tratados que sirven al disfraz
de tan dura opresión harían que cesen
los males que la abruman más y más.
¿Quién creyera que infieles se profesen
al pacto mismo, y que volviendo atrás
no sólo sean perjuros, sino exhorten
á que sólo perfidias mil se aborten?

"¡Los edificios públicos ajados
no sirven al decoro que solían;
del asco y suciedad contaminados
de sus destinos serios los desvían!
Los archivos se ven despedazados,
monumentos preciosos que servían
á la posteridad de fiel memoria
de lo que cuenta ó calla nuestra historia!

"¡Oh qué funestos lutos arrastrando
á las familias veo! ¡Qué aflicción!
¡Las doncellas y jóvenes llorando
de sus padres la cruel deportación!
¡La viudez de sus madres lamentando,
horfandad y total desolación
los oprime; y sin fruto se querellan
cuando á sus padres ven que les degüellan!

"Los inocentes vienen maniatados!
Se rediman á costa de un rescate
que á los demás se impone; y aun robados
no quedan libres de que el cruel los mate!
¡Oh tirano Bolívar! ¡Qué malvados
los que de ti no quieren se recate
el europeo, el pueblo americano,
cuando á todo destruye tu impía mano!

"¡Ay! valientes y nobles defensores
que con su cola envuelve y arrebata
el dragón, á quien rinden los traidores
la fuerza militar que los recata!
¡Oh soldados valientes! ¡Qué dolores
causa ya vuestra suerte cuando trata
el tirano de uncir á su carroza
esa fuerza robusta y vigorosa!

"¡Los pobres y sencillos jornaleros
de los campos se arrancan! ¡Qué rigor!
¡Reemplazan á los negros carniceros,
que murieron á golpes del valor!
¡Qué pena causaréis *Alabarderos*,
que militando siempre con honor,
en la cadena de la muerte os atan
los que inermes y presos sólo matan!

"Mas ¡ay dolor! ¡Tiranos infernales
á Santa Fe profanan, y en su suelo
al Santuario conculcan criminales,
y al sacerdocio ultrajan sin recelo!
¡Pero enmudezco al recordar los males
que quisiera cubrir con denso velo!
¡Mas viva la memoria de los buenos,
y los malos de oprobio queden llenos!"

Tal era en suma la canción funesta
que cándido el anciano repetía,
y en la florida cumbre se recuesta
porque ya un tierno llanto lo oprimía.
La tristeza que entonces me molesta
á tan pesado sueño me rendía,

que sin poder vencerlo ó divertirlo
dormido me quedé sin advertirlo.
Pero aun estos momentos de quietud
fantasmas melancólicas turbaban,
fingiendo con viveza y prontitud
la serie de traiciones que tramaban.
Me parecía que veía en actitud
de conversar dos hombres que cerraban
la pieza por de dentro, y no sé dónde
oía lo que se habla y se responde.
El uno parecía en lo mesurado
á un viejo, que yo he visto; el otro mozo
con aspecto feroz y amulatado,
de pelo negro, y muy castaño el bozo:
inquieto siempre y muy afeminado,
delgado el cuerpo, y de aire fastidioso,
torpe de lengua, el tono muy grosero,
y de mirar turbado y altanero.
Este Bolívar era, según dicen,
los que al infame monstruo conocieron.
Infausta suerte á Santa Fe predicen
al punto que encerrados estuvieron.
Mas pide el viejo á todos garanticen,
que al fin es noble, y sus designios fueron
de asegurarse siempre en el partido
en que se hallaba ya comprometido.
Era uno de los muchos que se reían
de que tanto al Congreso se temiese,
y que interés de religión no creían
la guerra defensiva que se hiciese.
Tan ilusos estaban, que no veían
el ejemplar que Tunja nos ofrece,
cuando en sus calles tristes alaridos
sus moradores dan despavoridos.
Cuando en sangre se tiñe su terreno,
de Jover y los otros europeos,
allí y en Leiva sienten más de lleno
asesinatos de que no son reos:

Porque todo católico es ajeno
de consentir en crímenes tan feos,
y en vano de católicos se precian
los que la Religión así desprecian.

Mas sigo con mi sueño; si no es cierto,
será á lo menos débil conjetura
del resultado que después advierto,
y la licencia poética aventura.
O fuese ya que de pesar cubierto,
mi triste fantasía me asegura
el suceso que teme, cual si oyese
al tirano Bolívar, y lo viese.

Pregunta, pues, al viejo: "¿en qué consiste
que si ellos son en opinión conformes
tan obstinada Santa Fe resiste
y están todos contra él tan uniformes?
¿Cómo es que de la empresa no desiste
cuando á riesgos expuestos tan enormes,
si no reunen las fuerzas, les aguarda
una suerte infeliz que ya se tarda?"

¡Oh vil alevosía! que así lleva
por sostener caprichos é interés
de muy pocos, los pueblos á una leva
en que todo se arruina de una vez!
¡Oh pueblos engañados! Ya la prueba
vuestros agravios son, de que sólo es
una farsa, que os burla la violencia,
que apellida el traidor Independencia.

Ved los campos desiertos, sin cultura,
el comercio sin giro y los talleres
entorpecidos, cuando fuerza dura
sólo escombros nos deja por enseres.
¡Oh libertad funesta! ¡Qué locura
sólo deja baldados y mujeres!
Así discurro: el sueño se prosigue
y Bolívar hablando al viejo sigue.

"Mi pretensión (añade) se reduce
á sacar gentes, armas y dinero,

para el intento que á mi plan conduce,
y hacer lo mismo en Cartagena espero.
Y si el efecto que antes me produce (1)
y tomo á Santa Marta, el derrotero
seguiré por Ocaña como debo,
para dar á la guerra impulso nuevo.
"A Cúcuta, con fuerzas, Urdaneta
ha de ir á reforzar á Santander,
que el enemigo por allí me aprieta
y sus golpes son siempre de temer.
Si Santa Marta no se me sujeta
marchar toda la fuerza podré hacer
que la guerra en Caracas introduzca
y otra vez á mi mando la reduzca.
"Bien conoces lo mucho que te importa
el auxiliarme con industria y arte,
ni te queda recurso si se corta
la Independencia en que tuviste parte.
Y si ahora tu talento no se porta
con gran destreza, ya podrás contarte
por perdido, si Boves aquí viene,
lo que á tu suerte ves que no conviene.
"Ni por ser europeo se te exime
si triunfa tu nación del mal suceso
que tan cercano vemos ; si reprime
Santa Fe los esfuerzos del Congreso.
El europeo menos se redime
de la pena, pues creen mayor exceso
en él, que en cualquier americano
que la traición promueva por su mano."
Aquí al viejo le ofende, que tan clara
mencione la traición en que lo incluye,
porque cuando otra nueva se prepara
la primera sin duda en esta influye.
Le replica por tanto "que repara
su expresión, pues con ella se le arguye,

(1) Con Labatut entró este pícaro á Santa Marta, y de allí vino á Cúcuta por Ocaña, y á esfuerzo de mil traiciones llegó hasta Caracas.

que mancha su carrera cuando quiere
esclarecerla cuanto más pudiere.
"No es traición (le repite) acomodarse
al sistema del país donde se vive,
el hombre que no gusta incomodarse
por lo que indiferente á sí concibe.
Es cierto que no puede disculparse
si la injusticia clara se percibe;
mas viendo de la Europa el gran trastorno
no creía yo tuviese un buen retorno.
"El error lo conozco, cuando veo
si lo enmiendo, que arriesgo mi fortuna
y que ni aquí tendré como europeo
acogida, ni allá pensión alguna.
No sucede lo mismo, según creo
á otros europeos que ninguna
influencia en los sucesos han tenido,
y de opinión contraria siempre han sido.
"No sólo estos aquí, más cuasi todos
suspiran por unirse con España,
y si triunfan, no veo que haya modos
de impedirlo si el cálculo no engaña.
Mas si quieres tratarlos como godos
por un deseo que jamás nos daña,
y la ciudad se rinde, quedo expuesto
á ser blanco del odio más funesto."
Así el viejo confiesa que el egoísmo
lo indujo ál riesgo, que ahora precipita
su conducta y honor en otro abismo,
en donde nueva tempestad lo agita.
¡Quién abriera á sus ojos el guarismo
de las tragedias que su error excita!
¡Que si el registro de ellas antes viera,
sin duda en la maldad se contuviera!
Mas aunque infiel al Rey y á la Nación
á probar á Bolívar se dedica,
no debe perseguirse la opinión
que al plan traidor en nada perjudica.

"Murmuran cuando más de la opresión
y á su negocio cada cual se aplica,
mas la sangre española en ellos clama
por venganza, si ven que se derrama."

Bolívar para todos le asegura
conservarles los bienes y la vida;
lo promete y después aunque lo jura
nada cumple el aleve y homicida.
Y lo que al viejo persuadir procura
es el que toda resistencia impida,
y el ímpetu en los nuéstros se contenga,
que algún daño á los suyos les prevenga.

"Yo quisiera (prosigue) se acabase
sin un tiro la guerra, porque temo
que una tropa con otra peligrase,
si de batirse llegan al extremo.
¿Y qué haríamos al fin si nos faltase
la fuerza militar, que el duro remo
de la guerra sostiene y disminuida
la Independencia quedaría destruida?"

Aquí el viejo suspira y le responde:
"Bien quisiera evitar calamidades,
mas decirte también me corresponde
que en este punto hay mil dificultades.
Si nuestro plan á todos no se esconde
los riesgos son de tales calidades
que de pensarlo sólo me estremezco
porque sin duda veo que perezco.

"Sobre mí se descarga la venganza
si tropa ó pueblo alguna cosa entienden:
los Ayudantes ven con desconfianza
porque Urdaneta y Piter les ofenden.
Y á Núñez, en quien tienen esperanza,
hacer segundo General pretenden,
y todo se malogra con este hombre
si consiguen al fin que se le nombre.

"El Presidente Alvarez es noble,
tan ajeno del dolo, que imposible

es que promesa ó interés lo doble,
y á todo medio lo hallo inaccesible.
Aun en el riesgo, su valor inmoble
para él será la cosa más terrible
que la ciudad se entregue, y si supiera
quién lo trata, del todo lo perdiera.

"Ni puedo descubrirme con alguno
si no es Santamaría, si no es Pey;
pero su influjo el más inoportuno
porque de ellos recelan siempre crey.
No cuento entre los otros ni con uno,
pues ó son decididos por el Rey
ó se inclinan á ser sus partidarios,
pero siempre al Congreso son contrarios.

"Lastra, los Vargas, Carbonell y Rizo,
con otros, sabes que los tienen presos,
y no puedo ni darles un aviso
del estado que tengan los sucesos.
Un arbitrio sólo hallo, y tan preciso,
que otros medios no veo, y si con esos
el tiro no se logra, ya no hay modo
y es necesario abandonarlo todo."

Se asusta aquí Bolívar y le dice:
"Ya el grande riesgo veo que nos cerca,
mas de mi nombre y opinión desdice
no reducir á la ciudad más terca.
Díme: ¿qué medio encuentras que precise
á Santa Fe á rendirse? pues se acerca
de retirarme hacia mi campo la hora,
antes que me coja aquí la aurora.

"Créeme (responde) que jamás excusa
el combate Bolívar, mas yo haré
con la inacción de que á mi edad se acusa
que la tropa se quede en Santa Fe.
Ella de su ardimiento nunca abusa
y la ciudad por tuya dejaré,
replegando las fuerzas á la plaza
porque no hay de rendirlos otra traza.

"Mas tu tropa es preciso se contenga
y á Santa Fe no irrite demasiado,
porque no habrá quien su ímpetu detenga
y el choque fuera duro y arriesgado.
Y que á acción decisiva no se venga
siempre lo tendré por acertado,
dando de rendirte algún indicio
y que para ello pides armisticio.
" Entretanto se dice y se hace creer
que toda ruina en la ciudad intentas,
y el Presidente causa viene á ser
del estrago, por ver si lo amedrentas.
Por prevenirlo puedes disponer
un oficio con cláusulas violentas
que los arredre, y con honor te saque
enviándolo poco antes del ataque.
"¡Ilustre amigo! (exclama aquí Bolívar)
"¡así lo haré!" Le da un estrecho abrazo;
y con palabras dulces como almíbar,
de su amistad le ofrece el duro lazo.
Para mí más amargas que el acíbar
las ofertas me son, y llega el caso
en que quiero increparles su traición;
mas despierto, y se acaba la ficción.
Si fue ilusión, que la aprehensión me excita,
ó es acaso presagio misterioso
del suceso, cierto es que no me evita
un sobresalto vivo y azaroso.
El continuo llorar me debilita
sin desahogarme, siendo tan copioso,
porque la pena más y más se aviva
cuando contemplo á Santa Fe cautiva.

CANTO TERCERO

El nueve de Diciembre amanecía
con una luz tan clara y tan hermosa,
que entre el llanto fatal que me oprimía
mi triste vista en Santa Fe reposa.

Parece que lo claro de este día
arguye la perfidia, que alevosa,
cuando no se halla sombra que la cubra
no teme que haya luz que la descubra.
¡Oh día en que comienzan los amagos
de la negra traición! ¡oh día triste!
¿Tan á lo claro los amargos tragos
me brindas, que mi espíritu resiste?
¿Principio quieres dar á los estragos,
cuando tan lindo y bello apareciste?
¿O pretendes acaso que esos brillos
de Santa Fe trasciendan á los grillos?
Ya con efecto el Escuadrón contrario
sobre el campo de *Techo* se formaba,
y el estilo brutal y sanguinario
con nueva intimación amenazaba.
"En que de no rendirse al cruel contrario,
las primeras cabezas que cortaba
serían (dice el tirano desalmado)
al Presidente y á D. Juan Jurado.
Era éste su compadre con quien tuvo
amistad, por ser hombre muy urbano,
en Caracas, el tiempo que allí estuvo,
y de un hijo el padrino fue el tirano.
A este Ministro en Santa Fe sostuvo
siempre el Gobierno por su juicio sano,
sin que partirse nunca le dejase
ni el costo de su viaje habilitase.
En Santa Fe miraron con desprecio
la vil intimación, y se contesta
con dignidad que del orgullo necio
estar lejos su crianza manifiesta.
Bolívar se creyó que hablando recio
abate á Santa Fe, y la deja expuesta
á que someta el cuello á la cadena,
por no sufrir si él vence dura pena....
Contaba él en su campo por extraño
de Rafael Urdaneta el furor ciego,

de Miguel y Fernando Carabaño
la impavidez para arrojarse al fuego.
Y del francés Serviez en el tamaño
de su alevoso y cruel desasosiego,
y sobre todos fiaba en un tal Salas,
que ni temía, ni murió de balas. (1)
Carlos Montúfar, que se había fugado,
con Mariano París se había reunido
y con Telmo Manrique habían logrado
en toda la Sabana gran partido.
Este Luis Rubio se lo había aumentado,
por el Congreso siempre decidido,
y que creía sin tino que era en vano
cuanto de él se temía y del tirano.
El fiel y noble D. Domingo Serna
había ya muerto, y de pesar muriera
si desmintiendo la lealtad paterna
á Pepe su hijo con Bolívar viera.
¡Mas que un joven los daños no discierna
que ha de causar de admiración no fuera;
mas siempre lo es que los que tienen seso
¡se dejen embobar por el Congreso!
Mas ¡ay dolor! ¡Que todos son capaces
de incurrir en tan graves ilusiones
en un sistema que fijó por bases
el desorden de todas las pasiones!
¡Pero que se pretenda dar disfraces
de virtud á lo ruin de las acciones
sólo cabe en el plan de la mentira
que adoptar al Congreso se le mira!
¡Tú sola cubres, Religión Divina
en el riesgo mayor á quien te sigue,
y halla norte seguro en tu doctrina
con qué llegar á salvación consigue!
Ninguno con tu luz se descamina,
como á seguirla siempre fiel se obligue,

(1) Este comandaba los cuarenta negros que mataron á lanzadas en la puerta del hospital diez y siete lanceros mandados por D. Buenaventura Ahumada y D. Ramón Lagos.

y sólo salva en tempestad tan recia
la católica nave de la Iglesia.

¡No permitas que nunca se separe
Santa Fe de ese rumbo que le muestras,
aunque el fraude á desviarla se prepare
por las manos que en ello son tan diestras!
¡Mas al fin haz de hacer que se repare
que no hay fuerzas que puedan con las nuéstras,
pues al nombre invencible nos diriges
y todo error en Santa Fe corriges!

¡Ya los momentos críticos nos instan
que á Santa Fe amenazan y á su cuello
la cadena preparan en que avistan
los instrumentos del fatal degüello!
¡Al Congreso y los suyos no contristan
los males que autoriza con su sello
y su asesino ejecutar previene
con los que al sueldo de la muerte tiene!

Cuando los nuéstros miran que se forman
los asesinos todos en batalla,
unánimes los votos se conforman
en salir al encuentro á la canalla.
El General lo impide aunque le informan
los bríos de la tropa, que ésta se halla
dispuesta á quebrantar con su ardimiento
el orgullo contrario en el momento.

La acción pretende Núñez se decida
como pide el honor en la campaña,
mas no se quiere que el valor se mida
porque al intento del traidor le daña.
Y aunque la tropa en general lo pida,
con arte y disimulo se le engaña,
permitiendo salir los escuadrones
de á caballo con grandes precauciones.

Piden éstos se lleven dos violentos,
que ellos, puestos en ala, cubrirán,
y estando á tiro harán sus movimientos
y á uno y otro costado se abrirán.

El General recela sus intentos
y teme que la acción empeñarán,
que quedará concluida muy en breve
y responde: "que á tánto no se atreve."
No obstante avanzan ellos hacia afuera
y esperan á pie firme al enemigo,
que si á tiro se acerca á la trinchera
es sólo á ser de la inacción testigo.
Ni un tiro se permite hacer siquiera,
y sólo un centinela da el castigo
matando al que la línea le pasaba
del puesto de avanzada en que se hallaba.
Se desvían los otros y retira
los de á caballo el General adentro:
la canalla alevosa que lo mira
entrada busca donde no halle encuentro.
Nuestra tropa siguiéndole le tira
tres cañonazos con que hiere el centro
del escuadrón contrario, y paralela
al curso que tomaban siempre vuela.
Como el fiero caimán que á la carnaza
cuando el colmillo hambriento le dispone
con el duro tramojo se embaraza
que escondido entre el sebo se le pone,
y al tiempo que con él se despedaza,
lanzarse á lo más hondo se propone,
mas preso queda siempre con la soga
que á la orilla le saca cuando se ahoga.
Así herido el Ejército contrario
el embarazo ve que se atraviesa
para fijar el diente sanguinario
sin riesgo suyo en la deseada presa.
Alejarse juzgó por necesario
el que no halla lugar á la sorpresa,
conduciendo sus muertos y estropeados
hasta que otros arbitrios sean logrados.
Desamparan á *Techo* por temor
que los nuéstros de noche los sorprendan,

como saben hacerlo con primor,
sin que los suyos el designio entiendan.
Y si allí dan impulso á su valor
es de temer que mucho más emprendan,
y al recordar la rota de Usaquén
á Fontibón marcharon con su tren.

Temen que como entonces vio Ricaurte
su campo con gran pérdida deshecho,
así la tropa al General se le hurte
y ejecute lo mismo sobre *Techo.*
Y si el efecto como allí les surte
ya no queda lugar sino al despecho,
y no logran los suyos el concierto
que en todo caso los ponía á cubierto (1).

En Santa Fe minaban los traidores,
que aunque pocos, son siempre peligrosos
los trabajos de ilustres defensores,
que á su Patria guardaban valerosos.
Las mujeres, que son para esto peores,
procuraban con modos insidiosos
darle de todo al enemigo aviso
y al Gobierno impedirlo ya es preciso.

La mujer de París, que con sus hijos
seducido tenían aun á su padre,
mensajes le mandaba los más fijos
á Mariano del que era buena madre....:
Y la Baraya informes muy prolijos
de cuanto hallaba que al intento cuadre
á Antonio, dirigía el buen hermano
que en comisión venía con el tirano.

Otras dos redoblaban y esta guerra
en que infieles á todos perjudican
y el conducto á las tales no se cierra
aunque bandos para ello se publican.

(1) La noche del 7 de Enero de 1813, cuando Nariño había propuesto ya las capitulaciones más vergonzosas para la entrega, y ni éstas se le habían admitido, los oficiales y soldados del *Auxiliar* y otros jóvenes valerosos, se arrojaron sobre Usaquén y les tomaron un cañón desalojándolos de allí con gran pérdida.

Y ni la pena capital aterra,
pues tales son las gentes que se indican
que en sus casas disponen el fomento
que á la traición dará su complemento.
Una quinta tenían en la Alameda
los Parises, nombrada *Sanfasón*,
donde aseguran que de noche queda
de los contrarios buena prevención:
y es necesario que por fin suceda
á un lugar de continua diversión,
el desastre común á los lugares
donde puso el desorden sus hogares.
El Capitán Ahumada la registra
con diez hombres valientes que conduce,
y el enojo común la tea enristra
que á pavezas del todo la reduce.
Su material al fuego suministra
un pábulo tan propio que produce
el incendio, que á todos les avisa
que los gustos acaban muy aprisa.
De allí sale erizada de serpientes
la cruel venganza dando mil ahullidos,
y rechinando los horribles dientes
á los negros dejó despavoridos.
Más atezada que ellos, tan ardientes
sus ojos cual carbones encendidos,
respirando volcanes les da cuenta
que *Sanfasón* quemado se lamenta.
Cuando Bolívar en su campo escucha
la relación del hecho, se enfurece,
y si la gana de vengarse es mucha,
la vista del peligro le estremece.
Entre crueldad y miedo allí se lucha,
mas como la venganza prevalece
para el siguiente día se decreta
que todo el campo á Santa Fe acometa.
El sábado amanece, que se cuenta
diez de Diciembre, día muy aciago

en que al feroz contrario se presenta
el teatro del furor y del estrago.
Manchado nuestro suelo se lamenta
con los horrores que le dan en pago,
cadáveres de fieros asesinos
por la injuria de todos sus vecinos.

De Fontibón salieron de mañana
trayendo palas, picos, hachas, barras,
que las salinas y la gran Sabana
por desgracia confiaron á sus garras.
La prevención ya saben que no es vana,
pues si son nuestras tropas tan bizarras,
las suyas rompen casas y almacenes
por resguardarse y por robar los bienes.

Su numerosa hueste la dirigen
por la hacienda nombrada *Chamicera*,
como otra vez Baraya, y no corrigen
lo que un error en esto se creyera.
Con más tiento no hay duda que se rigen
introduciendo allí la fuerza entera
para atacar de golpe todos juntos
y evitar dispersión hacia otros puntos.

Saben que aquellas cercas allanadas
no hay allí más reparo ni defensa:
que nuestras tropas se hallan ocupadas
en cubrir otra línea más extensa.
Y los campos que están á sus entradas
si se retiran dejan indefensa
la ciudad en sus calles espaciosas,
que sin ellos, no fueran peligrosas.

Ni podrían conducir la artillería,
en especial la gruesa en este caso,
y la ciudad por suya quedaría
y la podrían saquear sin embarazo.
Y así se calculaba que este día
todo debía concluirse sin atraso,
y ya casas tenían donde alojarse
si la cosa pudiera retardarse.

A los suyos avisan que en sus puertas
Congreso escriban, que llegado á ver,
aunque á los negros quedarán abiertas
no tendrán de su rabia que temer.
Ni pueden ser las señas descubiertas
por los nuéstros debiéndolas hacer
al tiempo del afán en que pelean
y en registrar letreros no se emplean.

Entretanto prosiguen la maniobra
por la *Estanzuela* y *Chamicera*, abriendo
tan amplia entrada que le fue de sobra
al escuadrón que se iba descubriendo.
Y para más facilitarse la obra
todos habían montado, previniendo
nueva fuerza en el ímpetu y carrera
que á los nuéstros á raya los tuviera.

Ya en efecto del grande Observatorio
los partes se repiten, y se expone,
que el enemigô llega y es notorio,
que entrar por Santa Bárbara dispone:
Que es allí urgente el riesgo, y perentorio,
si al momento á su paso no se opone
considerable fuerza que resista
al escuadrón contrario que se avista.

Leiva con gran calma le previene
al Coronel González que destine
de las *Milicias* que á su cargo tiene
tropa que al Noroeste se encamine.
Por el Suroeste el enemigo viene;
¿ Quién, pues, será capaz que lo combine ?
¿ Que á la Alameda vayan estos sesgos,
si son en Santa Bárbara los riesgos ?

D. Manuel Vásquez Posse, Capitán
de *Milicias*, ve que esto se le ordena:
su compañía lleva, pero el plan
con interior disgusto lo condena.
Cien lanceros le siguen, pero van,
aunque sumisos, con la misma pena

pues ociosos, en punto tan distante
á la plaza se vuelven al instante.
D. Pedro Núñez, Coronel valiente
del *Auxiliar*, situado en un repecho,
al enemigo espera con su gente,
y algunos voluntarios de gran pecho.
El Capitán Estévez, diligente
á Núñez acompaña, y con provecho
opone al enemigo dos violentos
con artilleros diestros y de alientos.
De Santa Catarina al puente llegan
los contrarios, á la una de la tarde,
en que el paso conocen que les niegan
los nuéstros, donde no hay que los resguarde.
Su furor al momento los despliegan
y el batallón de *Barlovento*, que arde,
el horrible coraje rompe el fuego
á que los nuéstros corresponden luégo.
Desalojar al *Auxiliar* pretende,
que pocos tiros entre tanto pierde:
rechaza á los contrarios y los tiende
manchando la vil sangre el suelo verde.
La metralla destroza y los suspende
haciendo que la muerte les recuerde
á los que quedan vivos que muy presto
les amenaza el término funesto.
El batallón que llaman de *Valencia*
á *Barlovento* acude, y los dragones
de Caracas le envisten con violencia
al *Auxiliar* con nuevas municiones;
mas tal estrago obró su resistencia,
sin que lo hagan dejar sus posiciones,
que aunque ya se les reúne el de *La Guaira*,
á tal brío ninguno lo desaira.
Las tropas del Socorro y muchas más
de Santa Rosa, Tunja y Sogamoso
un grueso forman de rodear capaz
aquel puñado de hombres valeroso.

Sólo su aliento en resistir tenaz
sostiene allí dos horas vigoroso
tan vivo fuego que les da el diseño
de lo funesto y arduo del empeño.
Con siete mil contrarios combatiendo,
y entre ellos dos mil negros desalmados,
dos horas incesantes estoy viendo
menos de cuatrocientos esforzados;
y el ímpetu rabioso suspendiendo,
como muro de bronce rechazados
mil veces los contrarios nunca pueden
ver que un palmo de tierra ya les ceden.
Mas si el brío de Núñez es tan grande,
si su esforzada tropa no flaquea,
auxilios ya es preciso que demande,
cuando el pertrecho al fin se le escasea;
y el General no piensa en que se mande
ni un hombre de refuerzo al que pelea
con los que adentro él quiere ni que lleve
la munición que se le acaba en breve.
El esforzado D. Bernardo Pardo,
Teniente Coronel del *Auxiliar*,
en la Alameda manda, mas no es tardo
en socorrerle desde aquel lugar.
Toma un cañón, que lleva de resguardo,
y buena tropa, y se le ve acercar
hiriendo á los contrarios por la izquierda,
sin que uno solo de los suyos pierda.
Los pone en confusión, y ya yo cuento
cinco mil fugitivos que persigue
hasta el puente de Aranda; cuando siento
que á retirar á Núñez se le obligue.
Sobraba aún en los nuéstros el aliento;
mas los tiros se acaban y no sigue
al resto que quedó, cuando fugaron
los que Pardo y los suyos derrotaron.
Núñez se halla en la dura precisión
de abandonar el puesto, cuando tiene

al enemigo en tánta confusión
que á esfuerzos de sus Jefes se detiene.
Deja allí sin recámara un cañón
y por cobrarlo Estévez se entretiene,
Y le hieren un pie desde una casa
mientras Núñez marchaba hacia la plaza.

Esta es la casa del infiel enredo,
guarida de traidores que hacen fuego
por la espalda á los nuéstros y sin miedo
que los ofendan, pues se encierran luégo.
Una armonía escucho entre el denuedo
de los nuéstros, que entonan con sosiego
en la plaza postrados el Dios Santo,
y en coro la convierten con su canto.

Así reciben al herido Estévez
y á perseguir los negros se destacan
que á esfuerzos de recursos tan aleves
cuasi dos mil que dentran nos atacan.
Las sospechas no pueden ser ya leves
de la traición que á muchos les achacan,
si en la plaza detienen con pretextos
los que á tomarlos luégo están dispuestos.

Una niebla funesta y denegrida,
en medio de una tarde limpia y clara
por donde entran los negros esparcida,
en el momento mismo se repara (1).
Nuestra tropa en la plaza enfurecida
para salir contra ellos se prepara,
y el General con dilaciones varias
la entretiene con órdenes contrarias.

Todo lo manda Leiva vagamente,
de todo lo que ocurre se le avisa,
mas ni puestos asigna, ni envía gente,
ni una orden terminante da ó precisa.
Hacen fuego á la plaza y vanamente
la tropa aquí suspensa é indecisa,

(1) Esto no pudo ser efecto de polvareda, pues las calles que pisaban eran todas empedradas.

el tiroteo sigue si no avanza
y enviste á los contrarios sin tardanza.
Don Lorenzo Fernández de Arellano
y escuadrón de europeos voluntarios
de que ayudante fue, consigue ufano
todo el cordón romper á los contrarios.
Mas le disparan del balcón cercano
de la Robledo, junto al cual con varios
estaba descuidado de tal hecho,
que tiro cierto aseguró á su pecho.
Aunque á parte tan noble con acierto
dos balas despidió el aleve trato
herido logra verle, mas no muerto,
el traidor que le halló tan inmediato.
De la insignia del Carmen va cubierto
Arellano, que al plomo más ingrato
cuando toca la cinta de que pende
la fuerza debilita y se suspende.
El anciano don Juan de Uricoechea
andaba á pie, pero el vizcaíno noble
seis tiros hace y todos los emplea
en seis negros que mata, y queda inmoble.
Tan penetrado está de que pelea
por la causa más santa, que es al doble
el aliento que muestra valeroso
al de un joven robusto y vigoroso.
Un soldado hacia Egipto corre á pie
y á pecho descubierto sigue el tiro
que hacer sobre los negros se le ve,
que fugitivos ya de allí los miro.
Los sigue el voluntario, mas él cree
facilitarse más para este giro:
viene á la plaza y un caballo pide
y al punto á perseguirlos se despide.
Su nombre yo lo ignoro que debiera
en el bronce esculpirse, mas advierto
que si á la tropa largan, llegado era
el día de adquirir un triunfo cierto.

Mas no permiten sino á pocos fuera
de la plaza seguir al descubierto,
á los que huían en todas direcciones
buscándose escondrijos y rincones.
Los tiros de la plaza que alcanzaban
y los que salen de ella los arrojan
á La Peña y *Los Laches*, y aun tomaban
por precipicios sin que senda escojan.
En travesías muchos se ocultaban
y los más bravos en Belén se alojan
donde la Pacha Guerra, aquí se fija
la bandera infernal que los cobija.
A caballo subía por esa calle
Miguel Pey, Abogado Brigadier,
para dar á Bolívar donde lo halle
las pruebas de su honrado proceder.
Bolívar de Pardo huía, y el detalle
hasta la noche no llegó á saber,
pero á los suyos halla y da el abrazo,
y en llevarles licores no anda escaso.
El grande Observatorio abandonado....
¡qué omisión, si descuido fue culpable!
¡qué traición, si de intento se ha dejado
sin una guardia bien considerable!
Aquí los negros vienen y han hallado
un fuerte donde el riesgo es ya palpable,
que á nuestra tropa ofrece, pues domina
á la plaza y el tiro la encamina.
A un cabo que en el pecho da una bala
sobre la cifra de Jesús que trae,
al tocarla, desde ella se resbala,
pierde la fuerza y á los pies le cae.
Apenas levemente lo señala
con lo que el golpe y la fricción le rae,
por memoria, sin duda, de un prodigio
en que ilusión no cabe ni prestigio.
El fuego en Santa Bárbara se aviva,
y lo demás en la ciudad estaba

sin que temor alguno se perciba
de la traición atroz que se intentaba.
El designio es forzoso se conciba
cuando á toda la tropa se trataba
retirar á la plaza y sin abrigo
dejarle la ciudad al enemigo.

El valeroso Pardo persiguiendo
á los que huían, á Aranda había llegado,
y la orden que los siga estaba oyendo
hasta Tunja que Leiva le ha mandado.
La tramoya conoce allí sabiendo
que á Santa Fe los otros han entrado,
y á su campo volvió, en San Victorino
á donde cerca de la noche vino.

Da Leiva entonces orden terminante
"que á la plaza retiren toda fuerza
que el campo de las Nieves se levante,
pues no conviene tropa allí dispersa."
D. Feliciano Otero en el instante
obedece, y de Pardo es bien diversa
la conducta, pues se halla en situación
de conocer más presto la traición.

Volvían los fugitivos con aviso
que en el camino presuroso alcanza,
y á Bolívar no deja ya indeciso,
que á Santa Fe regrese sin tardanza.
Venir en derechura le es preciso
por el camino real en la confianza
que ya la entrada es franca y expedita
sabiendo hay orden que embarazos quita.

Pero lo siente Pardo y le previene
tan fuerte resistencia, que amanece,
y el vivo fuego sin cesar sostiene
que al contrario rechaza y estremece.
Entrada libre por San Diego tiene:
lo sabe Pardo, y justo le parece
retirarse, no sea que vea cortada
allí su tropa noble y esforzada.

Toda la noche el fuego sostenido
aquí y en Santa Bárbara tenía
el designio fatal entretenido,
que hasta las ocho logran de este día. (1)
A Bolívar habían introducido
por Las Cruces: Montúfar conducía
como traidor á todos al tirano
hasta la casa del Marqués Lozano.

Sufre el insulto que la soez conducta
de los villanos Jefes le prepara,
cuando sus tropas entran sin disputa
y rompen la pared de Santa Clara.
El monasterio santo no se inmuta,
y el Capellán en riesgos no repara; (2)
va en buscas del tirano y á su imperio
ileso logra ver el monasterio.

Ya D. Bernardo Pardo estaba dentro
de la plaza, y García del Castillo (3)
con todos los demás, que el duro encuentro
la noche antes sostienen con tal brillo.
Instan de nuevo por salir del centro
á pelear con los negros; y al caudillo
que no saben la casa en que se hospeda,
perseguirlo cada uno como pueda.

Pero Leiva se opone y no permite
sino algunas guerrillas, que no bastan
para concluir la acción, y que se evite
el pillaje, y los tiros que se gastan.
El pretende que todo se limite
á entretener, por ver si se contrastan
con la pausa y cansancio los alientos,
para tener pretexto á sus intentos.

Los nuéstros, dondequiera que divisan
el grupo de contrarios, los persiguen,
y á fuga vergonzosa los precisan

(1) Domingo 11 de Diciembre de 1811.

(2) El Capellán era el Dr. D. José Manuel Castillo.

(3) D. José María, sobrino del antecedente.

ó á buscarse lugar donde se abriguen.
Aún de un soldado nuéstro se horrorizan,
y se vuelven atrás, si no consiguen
reunirse muchos aunque sea contra uno
que sin auxilio miren de otro alguno.
Entretanto ya Serna introducía
por la espaciosa calle de Las Nieves
una gruesa cuadrilla que venía
sin tropiezo, cual guiada por aleves.
Saquear las casas ricas pretendía,
y aprovecharse de momentos breves,
para huír en todo caso bien provistos
cuando ya por los nuéstros fuesen vistos.
Después que roban la indefensa casa
de D. Tirso González, que se hallaba
con otros voluntarios en la Plaza,
la furia en la de Páramo se acaba.
La piedad de su viuda aquí embaraza
todo el fin que á su casa los llevaba,
pues de la iglesia parroquial ha traído
la efigie de Jesús con la cruz caído (1)
A su vista se postra la canalla:
un temblor reverente la suspende,
se llena de terror y ya no se halla
en aptitud de hacer lo que pretende.
Despavoridos salen, y una valla
tan fuerte á todo el barrio lo defiende,
como que el Buen Pastor guarda este aprisco,
y á la plazuela van de San Francisco.
Apoderarse intentan del convento,
que fortaleza hacerlo se procura;
mas la puerta por dentro, en el momento,
con bien pesadas trancas se asegura.
Ni de forzarlas logran el intento,
pues nuestra gente tánto los apura,
que por fuera los viene ya siguiendo
que dejan el empeño y van huyendo.

(1) Esta bellísima imagen se hallaba depositada en casa de esta viuda de Mateo Páramo, que cuida del altar, por estarse refeccionando la iglesia parroquial.

Mas vuelvo á Santa Bárbara los ojos,
allí veo esparcir al fiero Salas
el estrago y horror que sin sonrojos
no pudieran sufrir aun gentes malas.
En las cuadras de Egipto con enojos
lamentan, no los tiros de las balas,
sino rapiña cruel á claras luces,
que sigue desde Egipto hasta Las Cruces.

D. Vicente Vidal se ve asaltado
de una cuadrilla que forzó las puertas,
donde el gusto inocente bien logrado
á todos en la paz las tuvo abiertas.
Le dan muerte después que lo han robado,
y hasta expirar les dio señales ciertas
de la noble piedad y devoción,
que al retiro lo lleva en la ocasión.

D. Francisco Carrasco, que distante
retirado vivía en San Victorino
acometido se halla, y al instante
para el lance tremendo se previno.
Miguel Irao, que herido está delánte,
por las tapias huyó del asesino,
que mil veces escapa de su mano
cuando armada la tuvo y se vio sano.

Este barrio corrido había primero
con los negros dragones que mandaba
un Luzón, que en Caracas fue barbero,
y ya por cruel de Capitán se hallaba.
A su lado soberbio y altanero
el traje capuchino deshonraba
otro negro, en un macho muy retinto,
si no es furia infernal el que ya pinto.

Una barba muy luenga y encrespada
cubría el pecho á fantasma tan extraña,
la vestimenta toda ribeteada
como con cintas de color de caña.
Con sable y con montera colorada
de que pendía la trenza, que es tamaña,

de color amarillo que á su cabo
tras muy largo capuz parece rabo.
La gente que lo ve á Jesús invoca
y á la virtud del Nombre sacrosanto,
aquel disforme negro se disloca,
al suelo cae y huye con espanto.
A Luzón y sus negros no les toca
sino sentirse todos con quebranto
en el necio furor que les inspira
el padre del error y la mentira.
Pero esos hombres torpes y brutales
poseídos del espíritu homicida,
aparecen cual furias infernales
amenazando siempre á toda vida.
Ni el demonio se aparta de hombres tales
que trastornar intentan la medida,
la regla y orden de la Ley que impuso
Dios al hombre que al mérito dispuso.
El orgullo insensato que se obstina
en no tener más ley que el desenfreno,
á los malvados siempre los inclina
á turbar el sosiego porque es bueno.
La sociedad conoce que se arruina
cuando esta falsa libertad de lleno
ellos logran sin duda por castigo
del que es de injusta libertad amigo.
Santa Fe lo conoce cuando amaga
á destruir la zaña que implacable
ni del anciano don Ignacio Arriaga
perdona la canicie respetable.
La pena de su error así la paga
cuando llora el estrago lamentable
de inocentes pacíficos vecinos
que degüellan tan viles asesinos.
Lo sagrado del día se profana,
y el domingo del gozo así se pena; (1)
ni abrirse puede templo, ni campana
desde la tarde antecedente suena.

(1) Era la dominica *Gaudete*.

Mas la gente que pudo de mañana
á la iglesia se acoge como buena,
don Manuel Núñez de Balboa sale
pero el asilo santo no le vale.
Era un noble gallego, que quiteño
reputan otros, y á la iglesia llega
de La Tercera, cuando vio el cruel ceño
del escuadrón contrario á quien se entrega.
Ni cuando huyen desiste del empeño
la cuchilla asesina que al fin siega
la vida del anciano en la Alameda
donde el cadáver mal cubierto queda.
Mas á los cinco días el sagrado
que vivo frecuentaba apeteciendo,
incorrupto y flexible le han hallado
sepultura eclesiástica pidiendo.
Del sayal franciscano amortajado
en la iglesia presente descubriendo
mientras dura la misa y funeral,
del asesino está lo criminal.
Orando estaba don Joaquín Quintana,
anciano el más amable y real Ministro, (1)
cuya conducta mil laureles gana
cuando por todas partes la registro.
Y el llanto tierno que á su muerte mana
es el riego mejor que suministro
cual debido tributo á la memoria
del que muriendo se adquirió tal gloria.
Por no jurar la infiel independencia
pidió una y otra vez su pasaporte,
y sufre los ultrajes é indigencia
sin que lo noble de su honor se acorte.
No lo rinden promesas ni violencia
hasta que dio la vida al fiero corte
de aceros criminales, que combinan
los que por tales medios lo asesinan.
Buscan su casa y no faltó traidora,
de las que albergan á los negros fieros,

(1) Era Tesorero oficial Real.

que se la indique, porque cerca mora,
y al momento afilaron los aceros.
El anciano no teme ni desdora
sus canas venerables, ni los fueros
de su lustre mostrándose inmutable
á la agresión aleve y detestable.

Rodeaba su familia numerosa
al amoroso padre que en su seno
la acoge siempre y en su digna esposa
de su consuelo hallaba todo el lleno.
Esta suplica y clama cariñosa
por un esposo que miró sereno
al asesino, y sólo le enternece
la pena que á los suyos le recrece.

Sacerdotes apóstatas venían
haciendo su papel de Capellanes,
que por el traje y armas parecían
más bien de bandoleros capitanes.
Aunque tan duro el corazón tenían
cuando uno de ellos vio los ademanes
de los negros, á lástima se mueve
y al tirano les dice se le lleve.

Mas apenas salieron á la calle
les ofende el semblante y el respeto,
y no sufren que vivo los acalle
invocando á Jesús en tal aprieto.
La muerte allí le dan para que se halle
en su viudez doña Josefa Prieto,
y en orfandad sus hijos lamentando
lo que todo virtuoso está llorando.

A sangre fría veo degollados
la mujer é hijos tiernos del valiente
Rojas, que saben ser de los soldados,
que combatir no osarán frente á frente.
El completó después los desgraciados
que con sangre señalan inocente
la huella de brutales asesinos,
desde Guaduas hasta Honda, en los caminos.

Manos viles no cesan entretanto
de robar cuantas casas y lugares
ven libres á los negros, del espanto
que les dan nuestros bravos militares.
Las mujeres, desnudas, con su llanto
por su despojo muestran más pesares,
que por ver que les roba en más cuantía,
cuanto el ladrón cargar en sí podía.

Un hombre solo en una casa vive,
prevenido de tiros y un fusil,
y á morir combatiendo se apercibe
aunque la calle ya ocupaban mil.
A forzarle las puertas los recibe
con bayoneta, y la canalla vil
que al fin le mata de los suyos cuenta
tendidos quizá cerca de cincuenta.

La calle acometió de la Carrera,
una porción de negros atrevida,
que de D. Pedro Groot en esta acera
la casa quiso darse por guarida.
De la Plaza los ven, y á la ligera
un cañón se dispara, que tendida
dejó la tanda, de que sólo han huído
cuatro no más de veinte que han venido

De Santa Bárbara el ilustre cura,
D. Juan Martínez Malo, cruel insulto
en su casa é iglesia, mano dura
le causa con el saco y el tumulto.
Mas al salir de allí su desventura
el sacrílego cuenta por resulto;
pues de su vida ve el postrer desmayo,
de una bala que viene como rayo.

Al cementerio allí, metían sus muertos,
y algunos medio vivos, que arrastraban
entretanto que estragos aun más ciertos,
á manos de los nuéstros se buscaban.
Sitios eligen donde estar cubiertos,
viendo que pecho á pecho se escapaban

de los nuéstros, que en medio de la calle
desafían al cobarde que batalle.

Las barras, picas y otros instrumentos
que cargaron de toda la Sabana
facilitaban mucho los intentos
con que toda pared se les allana.
Bolívar dirigió los más violentos
al Seminario, porque cree, si gana
edificio tan fuerte, que al instante
la Plaza rendirá, que está delante.

La puerta falsa que á la espalda queda
de la cuadra derriban, sin ser vista,
y al interior entraron, sin que pueda
precaverse, pues no hay quién les resista.
Juzgan ellos que todo les suceda
como pensó el tirano, y que consista
la suma de su triunfo en la sorpresa,
que fue sin duda su mayor empresa.

Mas luégo que los nuéstros los columbran,
á disputarles van el edificio
de que dueños ya son; y si se encumbran
á su altura serán de gran perjuicio.
Abren, pues, con el brío que acostumbran
la puerta delantera, y á un indicio,
del Capitán Castillo, Roche dentra
sesenta fusileros que allí encuentra. (1)

De todo el edificio los ahuyentan,
y las balas que luégo les arrojan
á los que en otras casas se aposentan
de la de Mutis presto desalojan.
Los negros fortaleza ya no cuentan,
cercana al Seminario, en que se acojan
pues del tiro de su alta galería
ni el fuerte Observatorio los cubría.

Lo abandonan después que de su ingreso
dejan el rastro, que les es más propio

(1) Estos sesenta fusileros eran de los que tenían encerrados en la Plaza del *Auxiliar* al mando del Capitán Castillo, maracaibero, y D. José María Roche.

despedazando allí cuanto al progreso
del sabio Mutis deja por acopio.
La barbarie frenética en exceso
no perdona ni un solo telescopio;
y cuando zafios lo destruyen todo
muzarañas dirán que son de godo.

Bolívar más frenético se irrita,
pues la ventaja que le dan de sobra
el valor de los nuéstros le limita,
y á su favor con brío la recobra.
Si su fiereza á la crueldad lo excita,
teme al fin del suceso con zozobra,
y en todo caso asegurar le importa
la salida, si el riesgo no se corta.

Manda ocupar las calles y que cargue
la fuerza de la gente que le queda
por todo el Hospital, y que se alargue
el cordón á la casa en que se hospeda:
De modo que á los nuéstros les embargue
el cortarle, reuniendo en la Alameda
nuestra tropa, y dos tiros que volantes
el destrozo le aumentan por instantes.

La orden se obedece, y al momento
hacia esas calles corren los ladrones,
y los nuéstros, que ignoran el intento,
los siguen en algunas direcciones.
Mas sin Jefes, sin orden, sin aumento
de más gente, que en tales ocasiones
la falta de gobierno supliría,
si un grueso competente se reunía.

Los nuéstros á las veces prisioneros
de un cuerpo de contrarios se juzgaron,
y auxiliados de pocos compañeros
de en medio de los negros escaparon.
Algunos á los Jefes altaneros,
resueltos á morir los esperaron:
mas á un puñado de hombres que disparan
escuadrones enteros no les paran.

Cinco á caballo al puente franciscano,
á tiempo llegan que á subir la calle
de los Carneros desemboca ufano
un grueso de doscientos que batalle.
Dar un paso adelante ya es en vano,
mientras mi gente sobre el puente se halle;
y cuando la orden llega de que vuelvan
preciso es que sin ella lo resuelvan.

Porque los nuéstros á morir dispuestos
no cuidan de las balas que les vienen,
sino tan sólo de guardar sus puestos
y no errar en los tiros que previenen.
Mas los contrarios que á ellos son expuestos,
todo el conato en escapar lo tienen
ó en buscarse lugar que los resguarde,
porque todo asesino es muy cobarde.

Al contrario, los nuéstros aún heridos,
si no caen, del riesgo no se alejan;
y por fuerza á las veces detenidos
á las armas se vuelven, si los dejan.
Algunos, al morir, entre acecidos,
alegres, de su suerte no se quejan,
y su vida la ofrecen, siempre fieles,
porque á Jesús se rindan los laureles.

A uno la frente hieren, y de muerte,
y al expirar consuela al compañero,
que cercano le acude, y de esta suerte
á todos los anima á lo postrero:
"No hay que afligir, muchachos, si se advierte
de esta lid el motivo verdadero;
peleamos por Jesús, y desde el suelo,
el que muere da un salto para el Cielo."

De la Plaza se escapan por momentos
á engrosar las guerrillas cuantos pueden,
y oponer al traidor impedimentos
que á sus infieles trazas no le ceden.
Los de la fuerza principal violentos
si á la mitad tan sólo le conceden

salir por la ciudad, ó se amotina
al tirano amenaza total ruina.
Al artificio y dolo se recurre,
se presentan de amigos con semblante,
les lloran á los nuéstros, y si ocurre
algo simple, se cambian al instante.
La sencillez que un medio no discurre
á la razón y honor tan repugnante,
cuatro auxiliares lleva, cuyo daño
evita á muchos otros el engaño.
Cual buio que con su hálito atrayendo
la res incauta cuando ya se arrima,
el diente fija y se la va engullendo
sin riesgo de que la asta fuerte esgrima.
Así les preparaba el lance horrendo
quien cobarde al combate no se anima,
con dos á quienes cortan la cabeza
y otros dos que escaparon con presteza.
Ya don Ventura Ahumada, sorprendido
con muerte libra del que asió su rienda,
y á otros jinetes se le ve reunido
para volver á la fatal contienda.
Don Juan de Uricoechea allí cogido
admira que de tántos se defienda,
y á pie los atropelle el buen anciano
esgrimiendo el fusil cual asta en mano.
Pero luégo que libre ya se mira,
y á la distancia se halla competente,
á todos los detiene, pues les tira
y dos negros derriba desde el puente.
Entonces paso á paso se retira
á tiempo que ya Ahumada con su gente
á tiros y lanzadas no dan paso
que al contrario no cueste algún fracaso.
A este tiempo uno y otro Carabaño
habían reunido su escuadrón horrible
de la Alameda al Hospital con daño
que la fiereza cruel hacía sensible.

San Victorino siente el peso extraño
de la canalla que ya no es posible
que un choque con los nuéstros formalice,
sin que á otras calles luégo se deslice.
Este cordón extienden á la esquina
que sale hacia la calle de Florián,
oculto tiro desde allí se inclina
á los que frente del Palacio están.
Por medio de las balas encamina
su curso nuestra tropa, donde van
de viejos coraseros una hilera,
y el negro vuelve atrás á la ligera.
Se retiran los nuéstros y queda uno
observando, á quien luégo por detrás
tres hacen tiro sin lograr alguno,
y él vuelve y uno tiende allí no más.
Corre al otro: se apea, y oportuno
con el fusil del muerto faz á faz
de un golpe lo desnuca, y al tercero
atravesaba entonces un lancero.
Mas al fin pocos hombres un pedrero
conducen, y de modo los acosa,
que al cordón que ya tienen delantero,
aunque heridos los nuéstros los destroza.
Los otros se dispersan, y ligero
el parte da la gente mentirosa,
afirmando á Bolívar que este mal
un tiro le causó del Hospital.
Frenético el impío exclama ciego:
"Id y pasad al filo de la espada
á todo el Hospital; no valga ruego
para que allí con vida quede nada."
El fiero Salas se le brinda luégo,
y pide que una fuerza le sea dada
de cuarenta dragones escogidos,
los más crueles, feroces y atrevidos.
Párte con ellos, y á las puertas llega,
prorrumpiendo el furor en amenazas,

conmueve al Hospital, y no sosiega
buscando de forzarlo nuevas trazas.
Mientras él se ocupaba en esta brega,
los religiosos tiemblan en sus casas,
al Angel San Rafael las encomiendan
y al grande Juan de Dios, que las defiendan.

El Provincial la santa imagen pone
que con luces dejó en la portería,
y á la iglesia se van, donde se expone
al que nos hace grata compañía.
Jesús sacramentado les dispone
quien á librarlos corra en su agonía,
porque se vea lo que siempre alcanza
la fe de Jesucristo y su confianza.

El fuerte Ahumada y D. Ramón de Lagos
ven los negros: rodean la manzana;
acometen, y queda en sólo amagos
la comisión sangrienta é inhumana.
Diez y siete lanceros, ¡qué de estragos
producen, con que el cielo le allana
las armas de cuarenta á quienes postran
cuando los riesgos de la muerte arrostran!

Los embisten por uno y otro lado,
los que en número no eran la mitad,
y en los contrarios no les da cuidado
de las armas la gran desigualdad.
Entre el humo y las balas no hay costado
que no penetre allí con mortandad
la lanza que blandea y que no afloja
el que á morir intrépido se arroja.

Mas no perece alguno que acomete
al sacrílego Salas: Dios preserva
de los tiros aquellos diez y siete
que á la gente destruyen más proterva.
Heridos de las lanzas se comete
cada negro á la fuga, mas le observa
diligente el lancero en la contienda
y de su golpe no hay quién se defienda.

Sólo es herido Lagos en un brazo,
del resto de los que huyen y persiguen
en una tienda, donde de un balazo
herido no permite que se abriguen.
Dispuestos á morir en todo caso
atroz matanza los lanceros siguen,
que sin temor de sables ni de balas
á ninguno perdona, ni al cruel Salas (1)
Noticioso Bolívar de la muerte,
del más cruel de los suyos, se consterna
y su aflicción explica la más fuerte,
pues no cabe en su pecho que sea tierna.
Los raptos de furor son ya de suerte
que manifiestan que la zaña interna
á Santa Fe á cenizas redujera,
si como quiere hacerlo, así pudiera.
Yo miraba los grupos de su gente
que en la ciudad quedaban tan medrosos,
que su derrota estaba bien patente
á tiros de muy pocos valerosos.
Si de la Plaza un grueso competente
sale á las calles, y los cortos trozos
que dispersos se ven, persigue y lanza
todo queda concluído sin tardanza.
A la Plaza llegaba en este punto
otra noticia cierta, que interesa,
más que ninguna, y que les da el conjunto
de gustar todo el triunfo sin sorpresa.
Saben, pues, que Bolívar se halla junto
con su Plana Mayor, y con gran priesa
se trata de ir en busca del tirano
que aún existe en la casa de Lozano.
En ella sin pertrechos ya se hallaba
con poca gente y con terror de sobra;
y la demás que en la ciudad quedaba
sus oficiales busca con zozobra.

(1) Sólo Ahumada llevaba arma de fuego, pero descargada. Bolívar decía, que si hubiera sabido que había de perder á Salas, nada hubiera intentado contra Santa Fe: ¡Tál era éste!

No saben unos de otros, y les daba
notable pena ver que no recobra
el tirano su pérdida, aunque al fin
le rinda la ciudad el trato ruin.
Partidas de los que huían ya llenaban
de Fontibón las sendas anchurosas,
y los negros que entre ellos escapaban
las armas ya las tienen por ociosas.
Contentos con lo mucho que robaban
llevaban los ladrones tántas cosas,
que les duele dejar la infame carga
porque temen se pierda si se larga.
Unos de éstos se llegan á Baraya,
que en Fontibón espera, y viendo que huyen,
cuando logrado el triunfo cree que se haya,
en que él, Castillo y Torres tánto influyen.
Ni á preguntar acierta, pues desmaya
viendo que al fin sus planes se destruyen;
mas se recobra con llegarle un posta
que municiones pide á toda costa.
Los fugitivos trata que se vuelvan:
de algunos lo consigue; otros repiten
"que no es fácil que á tánto se resuelvan
cuando el peligro es justo que ya eviten:
Y es fuerza que sus tropas se disuelvan
cuando conocen ya que no compiten
con los nuéstros, pues uno les ahuyenta
á doce de los suyos de más cuenta."
Bolívar, que esperaba los pertrechos,
la dilación con su peligro mide,
y de la paz brindando los provechos
á pedir un ajuste se decide.
Sus fieros escuadrones ve deshechos,
y el infiel armisticio que ahora pide
cual rendido, es por ver si logro tienen
las tramas que á este tiempo se previenen.
Era esto en el momento que apurando
nuestros fieles soldados y oficiales

por dar fin al combate van marchando
á la casa que alberga sus rivales.
Los leales al católico Fernando
creían ya que pisaban los umbrales,
donde cogiendo al fementido preso
el Nombre real aterraría al Congreso.
Disponen los cañones á la empresa,
que seguros los guía á la victoria:
alegres van, cuando á quitar la presa
corre el que indigno se hace de memoria.
Tánta es la desazón que Leiva expresa,
que su intención se hiciera bien notoria,
si no usara del frívolo pretexto
de la paz que Bolívar ha propuesto.
La suspensión fatal que se estipula
el triunfo les arranca de la mano,
y los esfuerzos del valor anula
que lograrse debieran tan temprano.
A la lealtad los riesgos acumula
por dejar libre de ellos al tirano,
que á las doce se rinde ya cobarde
y tres horas le dejan de la tarde.
Eran dos las que pide, y le concede
la necedad sin repugnancia alguna,
mas el reloj á la destreza cede:
que á las dos de la tarde toca la una.
Aun el tiempo que nunca retrocede
se disfraza en la lid en que importuna,
se viste de amistad á la perfidia
y humanidad se finge la decidia.

CANTO CUARTO

¡Oh silencio funesto! ¡Ya me anuncias
el pavoroso término á que lleva
esa inacción fatal que me denuncias
y el orgullo al tirano le renueva!
¿Por qué ciudad ilustre no renuncias

de la obediencia que tu honor reprueba,
al General infiel que la ha negado,
al Rey y la nación que lo han honrado?
Mas ¿qué he de hacer? ¡Mi llanto no aprovecha!
¡Cautiva voy á verte y sumergida
en la opresión más dura y más estrecha
al criminal Congreso sometida!
¡Tu fuerza militar será deshecha
y cual rebelde, ajada y sorprendida,
cuando algún resto de los tuyos obre
para que el real dominio se recobre!
¡Mi suerte no la sé! si sobrevivo
á la horrenda catástrofe, si el cuello
he de rendir al asesino altivo
que condena los leales al degüello!
O si la serie del suceso escribo
entre cadenas, que serán el sello
menos atroz de la barbarie dura
con que piensa el traidor que se asegura!
No suceda que plumas mentirosas
con bello estilo den en apariencia
otro barniz á tan horribles cosas,
la rebelión llamando independencia.
Que disfrazando acciones tan odiosas
libertad apelliden la violencia
y engalanen de celo y patriotismo
á su brutal y torpe fanatismo.
Ya vemos publicadas unas cartas
que imprime en Londres con obscura mano
el que de absurdos las dejó tan hartas
con injuria del nombre americano.
¡Oh genio sedicioso! ¡Tú descartas
de la dicha á la paz! Pero es en vano
que repitas y clames: que *peleemos* (1)
los que la guerra injusta aborrecemos.

Así concluye su segunda carta el *Americano*, cuyos absurdos he puesto en claro en
a imparcial sobre el sermón predicado el 20 de Julio de 1815. Este es el autor de
a sobre la revolución de México, que trajo el Conde de Casavalencia á esta ciudad.

El se atarea en escribir la historia
que al mexicano imperio: aquella tierra
tan noble, rica y de lealtad notoria
la discordia introdujo la cruel guerra. (1)
Su patriotismo recobró con gloria
los timbres de la paz, que no destierra
esa pluma que escribe con envidia
del celo que destruye á la perfidia.

Que diga todo aleve: ¿cuáles bienes
puede darnos la espada destructora?
Que muestre los dichosos, entre quienes
uno solo se cuente que no llora.
Que prevenga laureles á las sienes
del que venciendo no maldice la hora,
en que abrasando el delincuente empeño,
á su fortuna ya miró con ceño.

Que señale, quién es quien se asegura
del Gobierno, que inquieto y vacilante
con la violencia resguardar procura
su autoridad precaria é inconstante
¿Quién no gime, por fin, la desventura
que perturba el sosiego á cada instante,
y á ninguno lo deja sin insulto
entre sustos y riesgos de un tumulto?

¿No llora ya la noble Santa Fe
sus pacíficas gentes divididas,
y del furor poseídas no las ve
á Caracas y Pasto conducidas?
Su decoro y su lustre ajado fue;
y sus mejores armas ya perdidas,
á las lanzas recurre en la defensa
más justa y racional en que ahora pi

¿No ha visto en *Paloblanco* las
que á sus hijos se han hecho allí rei
¿Y no han vuelto del hambre y las
de donde quiera siempre consumid

(1) Este autor nos han dicho ser un Dr. D. Josef Guerra, homb
y literatura, que aquí también hemos visto prostituídos á la pasión

¿Qué utilidad les dieron esas furias,
que á Venezuela y Popayán destruídos
los llevan sólo por cebar la llama
de la guerra civil que nos infama?
¡Oh rebelión funesta! ¡Ya yo veo
que has de acabar con todo, si otra mano
el remedio no pone al fiel deseo
que lo espera de sólo el Soberano!
¡Mas de un Rey tan piadoso jamás creo
que abandone sus tierras al villano
empeño de destruir aun lo más santo
si Dios su trono real protege tánto!
¿De qué sirvió triunfar con tánto brío
dos años há del infernal Congreso
si con él no se rompe: si el desvío
de su plan no es el fruto del suceso?
¿Si la traición y horror de *Calibío*
manifiesta después el cruel exceso,
que degolló rendidos inocentes
maldiciendo tal crimen los valientes? (1)
¡Oh monstruos sanguinarios! ¡Quién creyera
que siendo del estrago los autores
tánta sangre y desdicha no pudiera
templar la sed de estragos y de horrores!
¡Que tan osada la impudencia fuera,
que causando á las gentes mil dolores
repitieseis que dicha y libertad
les daba vuestra bárbara impiedad!
¡Que después que invocando el Dulce Nombre
del Salvador en la defensa justa
la victoria se logra, no se asombre
quien lo vulnera en la agresión injusta!
¿Quién no se irrita cuando ve que hay hombre
que de cubrirse con la capa gusta

(1) Allí fue donde á pesar de todos los disfraces, se asegura haber muerto, por traición, el valeroso D. Ignacio Asin; y de los rendidos haber escapado sólo veinte con el Capitán Dupré, por haberse sublevado ya la tropa en su defensa. Los horrores del maldito francés Serviez, nadie hay que los ignore con los prisioneros del Palo, de que sólo escaparon algunos de Cabal y Montúfar, y éste es hoy el General del Congreso.

de la piedad al tiempo que la ofende
y la funesta rebelión enciende? (1)
Así explicaba yo mi pesadumbre
al tiempo que dos jóvenes robustos
de Monserrate llegan á la cumbre
causándome su vista nuevos sustos.
La sorpresa que se hace ya costumbre
al repetirse males tan adustos,
me dispone á escuchar de boca de éstos
anuncios de pesares más funestos.
No traían otras armas que sus sables
que las tupidas ruanas les cubrían,
y en sus semblantes, que eran agradables,
el interior enfado no encubrían.
Tan tristes los notaba, que aunque afables
saludarme siquiera no podían,
cuando acabando de subir la cuesta
á mi lado uno y otro se recuesta.
Yo les hablo lloroso, y les pregunto
de su fuga y tristeza la razón.
Y ellos me dicen: "que ha llegado el punto
de cerciorarse bien de que hay traición:
Que de triunfar había llegado el punto
mil veces detenidos en la acción,
cuando embarazo nuevo les opone
la mano del traidor que se interpone.
"Los oficiales obran ya sin tino,
y á la tropa y milicia desagrada
el que al grueso se tenga sin destino
y la fuerza en la Plaza retirada.
Si á prender al tirano se previno
cuando la acción estaba ya ganada;
el General astuto se lo veda
con ficción de un ajuste que ahí se queda.
"Pero, señores, digo, ¿en qué consiste
que tan fácil otorgue el Presidente

(1) Así lo hicieron los necios promotores de la independencia y jefes de las empresas de *Calibío*, Juanambú y Pasto, que fueron contra el Sr. Sámano y el Sr. Aymerío.

una tregua á quien ve que no desiste
de mantenerse dentro con su gente?
Si á nuestra tropa atajan cuando embiste
al cuartel enemigo, si es valiente
que se defienda allí, ó que salga fuera
si por piedad le dan alguna espera.

"A un enemigo injusto que provoca
y que la guerra á muerte nos declara,
no sólo repeler á todos toca,
mas perseguir la casa en que se ampara.
El que á la hidra, pudiendo, no sofoca,
¡qué de males á todos les prepara,
nutriendo las gargantas pestilentes
que devoran mil vidas inocentes!

"Yo, me responde Marcos, que es el uno
de aquellos dos, mis nuevos compañeros,
haré ver del ajuste inoportuno
las trazas y artificios verdaderos.
Pues no las sabe bien quizá otro alguno,
sino los dos, testigos bien sinceros,
que hemos sido con Juan, que me acompaña,
del modo vil con que el traidor engaña.

"Usted conoce al Presidente anciano,
en quien ficción no cabe ni falacia,
y que aborrece el proceder villano
que con vengarse juzga, no se sacia.
No quisiera perder ni al inhumano
que por sus manos busca su desgracia,
y conociendo su carácter noble
de su candor abusa un pecho doble.

"Ya en el choque juzgaban imposible
el adquirirse la menor ventaja,
y este golpe les era muy sensible
con que al orgullo del Congreso se aja.
Al tirano que aclaman invencible
de cobarde lo ven con la rebaja,
y la astucia otro medio no discurre
si al fraude y la mentira no recurre.

"Bolívar carecía de municiones,
y los más de los suyos dispersados,
los restos en pequeños escuadrones
no eran más que de sólo amedrentados.
Estos huían en todas direcciones,
los nuéstros los persiguen denodados,
y cuando á ellos no pueden resistirlos
menos logran que lleguen á embestirlos.

"Para entregarse pide garantía
el cruel Bolívar, y halla su partido
la ocasión oportuna que tenía
motivo al armisticio que han fingido.
Con nosotros el pliego se le envía
concediendo al traidor lo que ha pedido,
mas don Lorenzo Ley el riesgo advierte:
nos detiene y nos libra de la muerte.

"Este oficial valiente no tolera
nos exponga al puñal del asesino
el mensaje fatal, que considera
como confianza necia y desatino.
Mas el pretexto, tal cual era,
de capa al armisticio se previno,
mientras reunen su tropa y traen pertrechos
violando aleves todos los derechos.

"Nosotros que mil veces expusimos
al riesgo nuestras vidas por salvar
las de padres ancianos, no quisimos
el remate más trágico esperar.
A ocultar sus personas ocurrimos
y á esta cima venimos á observar
cuál sea el fin del suceso que amenaza
del honrado y del fiel á toda casa.

"Ya la horrible cuchilla se previene
para cortar las vidas más amables
de amigos, padres y cuanto uno tiene
de relaciones caras y apreciables.
Si el valor á la intriga no detiene
¡qué orfandad! ¡Qué de lutos lamentables

arrastrará la hermosa Santa Fe
donde nadie sin susto ya se ve!"
Mientras Marcos así habla, Juan observa
á Santa Fe por un pequeño anteojo
que su cuidado traía de reserva,
cuando el peligro se nos viene al ojo.
Tan perspicaz mi vista se conserva
y la de Marcos lo es, que con enojo
á un tiempo divisamos lo que advierte
el compañero, que habla de esta suerte:
"Ya llegan (dice) negros con cajones
que á los traidores traen el surtimiento,
para enseñar con nuevas agresiones
que con aleves no hay comedimiento.
¿Y habrá trazas, prestigios é ilusiones
que lo exijan después cuando el momento
del combate les haga conocer
que tramar no es lo mismo que vencer?
"Pero las dos han dado, aunque las tres
de la tarde son ya, y en lo que resta
los nuéstros se preparan, y poco es
lo que vencer medrosos á ellos cuesta.
¡Oh! ¡si el valor midiesen de una vez!
¡Se desharía la traición funesta
y no lloraran fines tan diversos
los que malogran ahora sus esfuerzos!
"De la plaza sin duda ya lo vieron,
pues lo anuncian los tiros y aun alcanzan
á las mulas que al paso las hirieron
y sobre ellas muchísimos se lanzan.
Más cercanos los negros recogieron
los tercios, y los nuéstros más no avanzan,
pues los llevan corriendo en el instante
y el sitio en que los cogen es distante."
Le interrumpe aquí Marcos y señala
un cañón que los negros asestaron
en Egipto al Palacio, y una bala
de la pieza de á cuatro dispararon.

Por la ventana dentra y á la sala
donde algunos con Alvarez se hallaron,
y aunque daño no causa, no se duda
que algún inteligente les ayuda.
Tres cañones tenían que sin uso
hasta este tiempo los habían tenido,
y el Presidente se quedó confuso
cuando tiro tan diestro fue advertido.
Ni era de creer que á ciegas se dispuso
el cañón, cuando viene dirigido,
y la distancia mide con acierto
para lograr el golpe en punto cierto.
El anciano prudente se retira
á una pieza cerrada, así se aleja
del peligro, mas libre no se mira
del insidioso ardid que se maneja.
Sobre ficción y fraude todo él gira
á entretener la tropa que se queja
de la inacción, hasta que falso amago
al Presidente rinde de un estrago.
Valientes tiros un soldado hacía
que á la casa de Rivas se introdujo,
de que al dueño el peligro que temía
con su familia á retirarse indujo.
El soldado escapó, mas su porfía
á dos criados la muerte les produjo,
que inermes encontró la ruin venganza,
que al soldado que busca no le alcanza.
Nosotros alcanzábamos á ver
los combates parciales con disgusto,
y en la plaza todo era entretener
lo grueso de la fuerza el plan injusto.
Carabaño corría á recoger
aquí y allí los negros que con susto
esparcidos estaban, y él reuniendo
en escuadrón los iba disponiendo.
Matáronle el caballo con un tiro
y un orejón al punto se desmonta

á darle el suyo, que admitir le miro,
y el caso pide cortesía pronta.
El *orejón* á pie tomó su giro,
corriendo como gente que no es tonta,
á escapar del peligro á Bogotá
donde no es éste solo el que se va.

Ya el valiente Baraya aquel camino,
con Camilo de Torres y Castillo,
corrían presurosos, pues convino
que adoptasen el medio más sencillo.
Temían fenecido ya el destino
que el Congreso les dio de tanto brillo:
Baraya dice: "Duda no se admite
que otro nueve de Enero se repite."

Con tiempo, pues, de retirarse tratan,
pues los nuéstros no ceden á la fuerza,
que entera no bastó, y si se dilatan
podría caberles suerte muy adversa.
Los más valientes saben que les matan
que su restante tropa está dispersa
en los caminos; poca entre las calles;
y aguardar ya no quieren más detalles.

Entretanto los Jefes sanguinarios
sus asesinos reúnen y recogen,
los animan, y á fuer de temerarios
sobre los nuéstros mandan que se arrojen.
Con la rabia que agita á los contrarios
una partida de diez y ocho escogen,
que una hilera formando en Santa Clara
á la Plaza y Palacio le dispara.

Dos muchachos lo ven, y en el momento
á la azotea suben de Palacio:
su destreza en el tiro y su ardimiento
uno á uno tienden en bien corto espacio.
Pero por más que veo tal aliento,
que de admirar por tierno no me sacio,
concibo que el valor que se anticipa
de la traición que se urde no emancipa.

Ocho tiran á un negro muy certero,
que apenas asomaba, y siete ha muerto
pues dispara, y se oculta traicionero
y los nuéstros van siempre al descubierto.
Un tiro le dirige aquel postrero
que la frente le pasa, y cuando advierto
que cae del caballo muerto el negro,
al ver libre al soldado de él me alegro.

Pero viene otra bala que le hiere;
y se agrega á sus fuertes compañeros,
que ni en la muerte separarlos quiere
el que los hizo amigos verdaderos.
Y la muerte el descanso les adquiere
á los que son piadosos y sinceros,
pues quedan libres del malvado imperio
del Congreso y su duro cautiverio.

El valiente Artillero D. Mauricio,
que en el veinte de Julio desgraciado
tan noblemente cumple con su oficio,
quedando por entonces retirado.
A detenerse aquí por su perjuicio
se halló de conexiones obligado
de su familia, que por fin le obliga
á que al destino que le dan no siga.

Marcos ve que le hiere por detrás
una bala que viene con violencia
á la Plaza mayor, donde quizás
no faltó quien temiese su presencia.
El joven que lo nota no es capaz
que á su dolor oponga resistencia:
"¡Qué compasión, que un hombre (así me dice)
por huír de los pesares sea infelice!

"Usted conoce á D. Mauricio, y sabe
su noble condición, su fiel lealtad;
que no es posible que con él se acabe,
que se acomode al plan de iniquidad.
Que del veinte de Julio no le cabe
reprensión, pues con tal tenacidad

insta, clama, pide órdenes, repite
y sola la orden de su Jefe admite.

"Que entregada por fin la Artillería,
cuando él era nombrado Comandante
de Puerto Rico, ve llegado el día
que le ofrece carrera allí brillante.
De su lealtad aquí se desconfía,
y él no sufre la injuria que al instante
sin sueldo lo dejó y sin ejercicio,
retirado en un todo de servicio.

"La detención le daña, pues concibe
que á su esposa y familia dará pena
una marcha, que si á ella se apercibe
no puede ser de la escasez ajena.
Por defender á Santa Fe recibe
contra el Congreso un puesto que cadena
le forma, que al Congreso mismo le ata
cuando á invadir á Venezuela trata.

"Nariño, que tan mal á todos paga
el triunfo que le dan sobre el Congreso,
á éste auxilia en su crimen y lo halaga,
por repararlo de tan mal suceso.
Poco á poco procura que deshaga
la reunión de realistas, pues con eso
no tienen que temer los medios ruines,
que cada cual dirige á iguales fines.

"A D. Mauricio de Alvarez intima
que parta presuroso hacia Pamplona,
á auxiliar á Bolívar, que iba encima
de la patria infeliz que no perdona.
El Capitán incauto no se anima
á negarse del todo al que blasona
de la empresa cual quiere se conciba
la más falaz y suave, persuasiva.

"De tal modo Nariño compromete
al Oficial honrado, que creyendo
le sea fácil fugarse, se promete
al campo real, pues senda va teniendo.

Mas ¡qué dolor al ver que se somete
desde Pamplona al monstruo más horrendo,
que en estragos y muertes que decreta,
ni religión, ni humanidad respeta!

"Allí se halla entre fieros asesinos,
que de horror el exceso se disputan,
tan cobardes, tan soeces y mezquinos
que por valor la atrocidad reputan:
La sorpresa les abre los caminos,
y los peones bandidos que reclutan
forman el grueso que llegó á Caracas
á destrozar sus fuerzas ya muy flacas.

"D. Mauricio se queda hacia Barinas,
donde ya los realistas irritados
no sufren que su patria en tales ruinas
sus blasones los deje sepultados.
¡Oh Providencia santa! Tú destinas
á la gloriosa lid los esforzados,
que dan impulso al fuego y á la espada
de Boves, de Morales y Calzada.

"A sus golpes las huestes más atroces
que devastaban el hermoso suelo
son deshechas: los restos más feroces
se acogen á Barinas sin recelo.
Mas vienen á sitiarlos tan veloces
los realistas que dejan sin consuelo
á D. Mauricio, pues de muerte guerra
el paso de su fuga se lo cierra.

"El malvado Bolívar la declara
al empezar sus bárbaras conquistas,
ni en ancianos ni en débiles repara
para formar de proscripción las listas.
De este modo á los suyos les prepara
represalia muy justa en los realistas,
contra todos los cuales la promulga
cuando lo suave de éstos se divulga.

"Por serlo Monteverde le franquea
el pasaporte, de que infiel abusa,

cuando más voluntades se granjea
por la clemencia que con todos usa.
Cuando Cúcuta logra de Correa
la piedad de que pérfido le acusa
y en agresiones viene á darle el pago
de haberlos libertado del estrago.

"Cuando Ceballos y otros Generales
con Cajigal se saben conducir
de un modo noble, que á las armas reales
la paz y el orden hacen producir.
Entonces es cuando estos caníbales
á los realistas quieren reducir
á que no usen ya más condescendencia
con los traidores á la real clemencia.

"Los rigores es cierto se limitan
contra el que hallan con armas en las manos,
al tiempo que usar de ellos los incitan
unos contrarios fieros é inhumanos.
Pero el encono y zaña aquí militan
y Barinas encierra de tiranos
cuantos soldados cuenta que pelean
y al infeliz Mauricio allí rodean.

"Con ellos se halla incluído en la derrota
que allí sufren, y en Mérida pretende
que le den su licencia, en que ya nota
que el criminal Gobierno condesciende.
La infame ligazón entonces rota
de tales asesinos se desprende,
y al regreso desnudo se resuelve
cuando á todos el luto nos envuelve.

"La independencia declarada encuentra
Nariño prisionero en la fiel Pasto,
después que daño tánto reconcentra
haciendo de su patria tan gran lasto.
Ahora con gusto don Mauricio dentra
en la defensa, donde todo el gasto
es del honor que en premio sólo busca
que la bandera real aquí reluzca."

Aquí llegaba Marcos con su historia
que con dolor escucho, pues no ignoro
que oficiales bien dignos de memoria
ven ajado su honor y su decoro.
Por más que sea su lealtad notoria
sufre la honra y valor un gran desdoro
si al terrorismo injusto al fin se rinde
ó á cualquier conveniencia que se brinde.

Vimos luégo correr á Carabaño
con los negros que reune en su camino,
y que evitando el choque con engaño
dando vuelta salió á San Victorino.
Recoge allí más negros, que sin daño
iban volviendo ya, con que previno
enderezarse al punto á la Alameda
buscándose sin riesgos la vereda.

Las calles de cadáveres cubiertas
en el horrible cuadro que presentan
retratan la hoz que dejará desiertas
las Provincias que unidas ellos cuentan.
Libres las nombran, porque están abiertas
á las furias y errores que violentan
á cambiar por la infame rebelión
la paz santa, la dulce sumisión.

Aparecen los miembros destrozados
de los negros desnudos, que despojan
sus mismos compañeros olvidados
del pudor que de sí también arrojan.
Los caballos se ven despedazados
y entre el ruido á los vivos no acongojan
los estragos que aumentan combatiendo
por causa del tirano más horrendo.

Dos caballos Serviez había perdido,
y en el tercero huyendo de un soldado
tras una esquina se le ve escondido
de un grupo de los negros escoltado:
Como los tiros de éstos no han podido
herir al nuéstro, ya se ve obligado

á correr; pero el nuéstro logra el tiro
con que caído y herido ya le miro.
El caballo lo pierde, y ya no puede
montar otro, pues vemos que se lleva
en brazos de los suyos donde quede
sin riesgo del fusil que ya se ceba:
Y temen que asegunde quien no cede
á tiros que no logran que se mueva
el que su vida expone de una vez,
por quitarla al más bárbaro francés.
Una litera forman, donde ponen
al cruel Jefe los negros que comanda,
que aunque herido ventajas se proponen
si un asesino tál con ellos anda.
Los asesinos es preciso abonen
al que contaban en su negra tanda,
y aun los incita á la fatal empresa
cuando la herida el muslo le atraviesa.
Carabaño salía en este punto
por la Calle del Arco á la Plazuela
con cuatrocientos hombres, que por junto,
bien armados llevaba con cautela.
No quiere retirarse, y es difunto
á sus golpes un fuerte centinela
que protesta su fe con voz muy clara
y su defensa al tiempo que dispara. (1)
Retíranse otros diez carabineros
en derechura por la Calle Real,
y en la Plazuela los contrarios fieros
se aperciben al dolo más fatal.
Francisco Parra, de los fusileros,
se mira solo y para dar señal
que el feroz Carabaño no le aterra
le dispara, y el tiro se lo erra.
Le acometen los negros con sus sables
y sin herirle prisionero le atan,
único á que perdonan implacables,

(1) Este estaba junto á La Veracruz, y era correo de Chiquinquirá.

porque al ardid conviene que recatan.
Mas él invoca en riesgos tan palpables,
no dudando que luégo allí le matan,
á la Virgen María de las Nieves
que lo guarda entre manos tan aleves.

Al fin escapa, y á los nuéstros llega
más osado y valiente en el combate,
y á mayores peligros no se niega
sin esperar tan infeliz remate.
Mas llegaba el momento que la entrega
que no quieren traidores se dilate,
disponen medios viles que combinan
los que á su patria envilecer maquinan.

Carabaño con ellos ya de acuerdo
apariencias de paz manifestando
la plazuela ocupaba, y el recuerdo
de su furor estaba disfrazando.
Sufre que un desarmado poco cuerdo
de su artificio infame desconfiando
les grite no dan trazas de rendirse
los que tan mal él veía conducirse.

Y en efecto tal era la ficción
que requería grande insensatez
para creer era sana la intención
que á Carabaño guiaba en su altivez.
A la plaza camina en dirección
juzgando lograría su intrepidez
entrar allí de amigo en apariencia
y apoderarse de ella con violencia.

Su inteligencia estaba muy secreta
con tal cual confidente que allí tiene,
y es necesario que usen buena treta
para evitar el riesgo que previene.
Idea tan falaz como indiscreta
si á los nuéstros el fraude no contiene
y no hubiera enemigos más internos,
muy útil en verdad pudiera sernos.

Echa voz que resuelve ya rendirse

con los restos de tropa que le quedan,
y con bandera blanca introducirse
se le ve, sin mensajes que precedan.
Así falsos los vemos dirigirse
porque los nuéstros á su vista cedan,
cuando situados en la Calle Real
ocupan el estrecho más fatal.

Nuestra tropa conoce la perfidia,
convencida que debe recelarse,
mas del engaño infiel con que se lidia
que de fuerzas que pueden contrastarse.
No quiere tolerar que por decidia
llegue el combate cruel á prolongarse
cuando tiene al contrario en el estrecho
de rendirse en verdad ó ser deshecho.

Las armas se preparan y ya el fuego
se iba á romper: tres sacos de metralla
en tres cañones iban á dar riego
que al punto decidiese la batalla.
Corre Leiva con tal desasosiego
que vuela desde el puesto donde se halla:
sobre el cañón se monta de más grueso,
acusando á los nuéstros de un exceso.

Ellos claman se intime á los contrarios
rindan las armas, si evitarles quieren
rechazar, como deben temerarios,
que vienen á burlarse á lo que infieren.
Santamaría con esfuerzos varios
que violencia y enfado ya requieren,
ayuda á Leiva, que llegó á situarse
ante el cañón que ya iba á dispararse.

Parlamentan al fin con Carabaño,
y la ira de los nuéstros no permite
realizar el escarnio más extraño
que al valor puede hacerse si se admite.
No quiere que los nuéstros le hagan daño
sin que dejarlos á ellos solicite
en paz, cuando rendirse ya debiera
si un Jefe justo Santa Fe tuviera.

Propone que lo admitan en la plaza
armado su escuadrón, cual si los nuéstros
tan estúpidos fuesen que tal traza
no adviertan lleva fines muy siniestros.
A propuesta tan torpe, le embaraza
el retorno, tener amigos diestros
que á la ira de los nuéstros se la ocultan
por no exponer á los que así la insultan.

Trabajan entretanto en contenerla
mientras logran que salve aquellos restos
Carabaño; y al fin entretenerla
consiguen artificios tan molestos.
En la ilusión procuran mantenerla
que los contrarios tienen ya propuestos
preliminares de una entrega honrosa
que á unos y otros les fuese decorosa.

Los enemigos, cuando ven frustrada
con tal riesgo la vil estratagema,
tan brutal como suya y desusada,
rabiosos siguen su genial sistema.
El escuadrón que quiso hacer entrada
en la Plaza, sin que haya quien lo tema,
escapa por merced de los engaños
que á todos les recrecen nuevos daños.

La carrera con que huyen del enojo
con que claman los nuéstros es tan grande,
que á todos la ficción se viene al ojo,
sin que haya medio que á la tropa ablande.
Piden ya los que ven aquel sonrojo,
que un grueso competente se les mande,
con dos tiros ligeros en su alcance,
y de todos los puntos se les lance.

Algunos que sin órdenes siguieron,
aunque pocos tras ellos los atacan
en la Calle del Arco, donde hicieron
matanza horrible, con que no se aplacan.
Los restantes dispersos de allí huyeron;
pero á pocos momentos se destacan

partidas cortas, que corriendo tiran,
y á galope al momento se retiran.
    Poco daño nos hacen, pero cansan,
mientras los nuéstros con enfado piden
que los dejen salir, y no lo alcanzan,
porque con mil pretextos se lo impiden.
Tales son los arbitrios en que afianzan
un triunfo que las armas no deciden
los que por darlo al ruin, que lo apetece,
lo arrancan al valor que lo merece.
    El General, por realizar la entrega
al esfuerzo miró con tal enfado,
que las armas á Butio le deniega
veterano el más viejo y esforzado. (1)
Su ardor extraordinario no sosiega
y al combate se arroja desarmado,
donde ha rendido á dos carabineros,
que al General condujo prisioneros.
    Se irrita éste, y le dice no maltrate
aquellos dos, mas Butio le responde
que al que armas no se dan para el combate
ganarlas por sus manos corresponde.
De su vida llegaba ya el remate,
porque al riesgo mayor él no se esconde,
y herido fue de muerte en la mañana,
cuando nuevos trofeos él se gana.
    A morir se le lleva al Hospital,
donde recibe el viático de vida
y la unción que en la lid espiritual
á los cristianos arma en su partida.
Así evitó deportación mortal,
donde socorro no hay á quién se pida;
donde sufren la muerte maniatados
los que traidores rinden desarmados.
    La noche viene y el fatal período
que da fin al combate del cruel día;

(1) Francisco Butio, soldado viejo de caballería, de grande aliento y extraordinaria fuerza, que conservó hasta el fin.

suspensión se publica, que es el modo
con que la vil traición se disponía.
Leiva y Bolívar lo allanaban todo:
Bolívar con instançia la pedía,
para rendirse al fin; Leiva procura
que se otorgue, diciendo que es cordura.

Algunos de los nuéstros, con despecho,
abandonan coléricos la empresa,
mirando sus afanes sin provecho,
y Leiva los despide sin sorpresa.
El quisiera del todo ver deshecho
el grueso que subsiste y no le pesa,
que el pretexto á la entrega contribuya
de que la fuerza así se disminuya.

Mis compañeros se despiden luégo,
y apenas quedo solo, cuando asalta
á mi quietud tan gran desasosiego,
que ya el tino parece que me falta.
A contemplarme como aislado llego;
tan encumbrada me parece y alta
la cima que ocupaba, que la miro
de toda sociedad como un retiro.

Mientras inquieto y triste así vacilo,
mi turbación calmando poco á poco,
reflexiono, que acaso es un asilo
la eminencia en que entonces me coloco.
Con esto ya me siento más tranquilo,
y al Nombre de Jesús con fe lo invoco,
cuya cifra en la cumbre me parece
que como sol brillante resplandece.

Con sus luces descubro gran terreno,
donde los negros torpes deslumbrados
andan á ciegas, y les es ajeno
todo tino en sus locos atentados.
A Santa Fe lo miro como lleno
de murciélagos feos y atezados,
que acá y allá tropiezan y no atinan
cuando chupar su sangre determinan.

Con ellos se unen otros, que aunque ocultos
enemigos nos eran, que viviendo
en Santa Fe aguardaban los resultos
que la perfidia estaba disponiendo.
Unos y otros previenen sus insultos
contra la cifra santa que están viendo,
que el Nombre de Jesús les manifiesta
como señal de paz, que los molesta.

A todos éstos veo que conspiran
á borrar su memoria y acometen
á la alta cumbre en que brillar la miran
y el sacrilegio sin horror cometen.
Mas cuando ellos frenéticos deliran
los fieles el castigo les prometen,
que quien la insignia de salud desdeña
de su ruina está dando cierta seña.

Tan ofuscados luégo los reparo
que ellos mismos á sí se desconocen;
y les impide resplandor tan claro
á estas furias que todo lo destrocen.
El daño que ocasionan no es lo raro,
sino que en medio de ellos aún reposen
vidas, honras y bienes de hombres fieles,
que dondequiera destruyeron crueles.

Oigo una voz entonces que decía:
"no pueden porque no se les permite
que la furia que á todos dirigía
en Santa Fe del todo se ejercite.
Mas tiene que sufrir aún todavía
la cabeza de horror á que remite
su despique el tirano, que ahora cede,
porque destruir á Santa Fe no puede."

En el mismo momento vi que á tientas
Bolívar y los suyos ni acertaban
á ejecutar la órdenes violentas
que agentes del Congreso les llevaban.
De su inacción quedaban descontentas
las comisiones viles, que mezclaban

con sus instancias vivas aunque vanas,
las lisonjas más soeces y livianas.
El Congreso reuniendo genios peores
á Bolívar parece le disputa
las ventajas en todos los horrores
que el tirano más bárbaro ejecuta.
El suspende algún tanto los rigores
que decreta el Congreso, y los reputa
á lo menos, siquiera con algunos
ó excesivos ó acaso inoportunos.

Al fiero tigre veo que halagando
se blandea y parece que lo encanta
Jesús en Santa Fe, quien invocando
este Nombre las garras le quebranta.
Con tiento á todas partes asechando
á veces da un bufido con que espanta
á todo amante de la fe española,
que el traidor amenaza con su cola.

A esta cola el Congreso le arrebiata
la cadena que forma de inocentes
sacerdotes, y nobles que arrebata
inválidos, ancianos y otras gentes.
A todos éstos con crueldad los ata
y los pone á las uñas y á los dientes
de los tigres, que el rastro van siguiendo
del Jefe más brutal y más horrendo.

Cuando esto veo, cruel pesar me oprime
y mi voz tartamuda entre gemidos
desahogarse procura, y la reprime
el corazón inquieto con latidos.
A Santa Fe contemplo, donde gime
todo sexo y edad á sus queridos
padres, hijos, esposos, directores,
sus hermanos, amigos, bienhechores.

Una sorpresa sin igual los deja
de la maldad atónitos, y el curso
que la dan es tan rápido, que aleja
para darles auxilio aun el recurso.

Ocurren sólo al llanto y á la queja,
y algunos pueden con mejor discurso
ocultar los que libran, cuando se urde
felonía que á todas los aturde.

"A perecer los llevan: ¡Qué dolor!
¿Quién entre tántas bestias carniceras
podrá escapar, si lo entregó el furor
á que sea devorado de estas fieras?
¡Sola tu mano puede del rigor
¡oh buen Jesús! librar á los que quieras
¡A tu amable conducta yo consagro
del que salve la vida el gran milagro!

Así llorando digo, cuando cesa
la visión y la noche se obscurece,
y una remisa luz á mi tristeza
motivo de más pena le parece.
Me consolaba sólo en la promesa
que Santa Fe del todo no perece,
y aunque cautiva llore por traición,
algún día verá su redención.

CANTO QUINTO

La noche melancólica cubierto
el horizonte deja, y se percibe
la soledad de un lóbrego desierto
donde nada parece que ya vive.
Como si á un golpe todo hubiese muerto,
es la idea de horror que se concibe
en la calma y silencio que sucede
al estruendo del día que precede:

Ningún rumor ya se oye de combate,
ni una voz se percibe que consuele,
ni movimiento de que alguno trate
de sorprender de noche como suele.
La noche se pasó sin que se acate,
aunque en ella todo hombre se desvele,
que se tramaba á todos el perjuicio
con pretexto de un útil armisticio.

Bolívar en el día había perdido
sus mejores ladrones y asesinos,
que muertos unos, otros habían huído
sin saber cuáles fuesen sus destinos.
Mas cuando en fuerzas se halla destituído
la perfidia le allana los caminos;
y un artificio nuevo se discurre
por medio de Jurado á quien se ocurre.

Se pacta el armisticio con pretexto
de rendirse, quien antes derrotado,
aunque lo mismo tuvo ya propuesto
fue para ser de nuevo reforzado.
Y si al Gobierno le era manifiesto
el dolo del traidor que lo ha burlado,
el General parece que lo allana,
aunque la tropa nada en ello gana.

La suspensión funesta se estipula
hasta las nueve del siguiente día,
y el tirano el peligro disimula
que en volver á las armas él corría.
A Jurado amenaza, quien calcula
según la suerte infausta que tenía,
si la traición que tánto se notaba
la ciudad á Bolívar entregaba.

La carta le dirige, y con la muerte
otra vez á Jurado se amenaza,
si el negocio no allana de tal suerte
que volver á las armas se embaraza.
La verdad de los hechos se pervierte,
y el tirano sus pérdidas disfraza,
de modo que se crea que ciertamente
arruina la ciudad al día siguiente.

Que al Seminario y Hospital cada uno
cien fusileros mandará ocupar,
que hagan fuego á la Plaza, en que ninguno
podrá ya nuestras tropas auxiliar.
Pues por privarlas de recurso alguno
el resto de las suyas á matar

se esparcirán á grandes y pequeños
por toda la ciudad de que eran dueños.

Mas nuestra tropa ocupa el Seminario,
desalojarla fuera empeño duro,
y que los nuéstros, antes que el contrario
al Hospital ocupen es seguro.
Que al soldado se deje al voluntario
de la plaza salir, y yo aseguro
que los muertos sean ellos, si más tardan,
y á que fenezca el armisticio aguardan.

En tal baladronada consistieron
esos riesgos y débiles temores,
que aunque más abultados sólo fueron
escarnio de sus ruines inventores.
El Gobierno se aturde y no supieron
nada de esto los fuertes defensores,
que al contrario esperaban ver rendido
ó á sus golpes hubiera perecido.

Mas ¡ay dolor! Después de mil esfuerzos
que cada uno consagra á ver triunfante
la Religión, y cuando ve dispersos
los que en la lid no han muerto más brillante.
Todo tiene remates tan diversos
que al vencido los venden al instante
sin que al valor consulten, que notorias
contaba ya ganadas tres victorias.

El tigre fiero, transformado en zorra,
á Jurado con arte lo intimida,
porque entre miedo y esperanza corra
ó de perder ó conservar la vida.
En su aprieto así logra lo socorra
y se fíe más bien del homicida
el que su muerte cuenta, si la entrega
á ejecutarse de otro modo llega.

Se le ofrece si logra que se acorte
el término á la guerra, garantía
para todos y un amplio pasaporte
para sí, con el coste que quería.

Le promete Bolívar que su porte
tan distinto será, que le ofrecía
los españoles proteger él mismo
moderando al Congreso el despotismo.

Jurado en medio de ocurrencias tales
las consecuencias tristes reflexiona,
que á Santa Fe le fueron tan fatales
cuando de más laureles se corona.
Teme que si ahora vence, sean iguales,
y si al realista la lealtad se abona
en el peligro, fuera de él infieles
ya le persigan como entonces crueles.

Que se ofusque la voz de los valientes,
que deshagan los cuerpos vigorosos
como Nariño lo hizo, y delincuentes
sean premiados en vez de valerosos.
Que al pueblo fiel y á sus ilustres gentes,
que á Santa Fe sostienen generosos,
á jurar los obliguen como él lo hizo
con la fuerza y engaño cuanto quiso.

Entonces Santa Fe reconociendo
al Monarca legítimo, esperaba
que su triunfo le fuese ya rompiendo
la cadena opresora que lo ataba:
Que la senda á la unión se fuese abriendo
con la grande nación á quien miraba
como madre común y como centro
que á todos debe contenerlos dentro.

Mas apenas triunfo con tánta gloria
cuando la astucia procuró con maña
el fruto dirigir de la victoria
á lo que más á Santa Fe le daña:
A borrar del Monarca la memoria
suponiendo perdida á toda España,
y á dar auxilio á Santa Fe se obliga
al Congreso traidor con quien se liga.

Planta el árbol funesto y aparece
en nuestra plaza el gorro jacobino,

insignia del desorden que le ofrece
libertad al puñal del asesino (1)
Finge ignorarlo, y aunque á todos pese
una solemne farsa se previno
en obsequio del árbol, que maldito
á nuestro suelo lo dejó marchito. (2)
¡Arbol funesto, en maldición fecundo,
que la muerte produces tan temprano
al que intenta plantarte, y moribundo
lo dejas, sin tener para ello mano!
Aunque se cabe hasta lo más profundo,
por afianzar tu raíz, todo es en vano,
pues antes de sembrarte das por frutos
de falsa libertad, horror y lutos.
¿No basta que cortada (porque á tánto
no se atreva) su mano en Haití viese
Antonio Bailly, para que haga cuanto
á tu plantío piensa que interese? (3)
Y el pueblo fiel lamenta con su llanto
que el fanatismo celebrar quisiese
con festejo, con pompa y con adornos
de Santa Fe la burla y los bochornos.
¡Arbol fatal! Por más que te destina
el orgullo fanático por signo
de salud que anunciaba con la quina
de tu palo te cambias en maligno.
Por ti el negrillo á Bailly lo asesina,
que así de libertad se juzga digno;
y muerto el amo acompañó al indicio
de libertad el palo del suplicio. (4)

(1) El 3 de Marzo de 1813, que fue Miércoles de Ceniza, amaneció en la Plaza plantado un palo enramado, de sauce, con el gorro colorado.

(2) El 29 de Abril dispuso Nariño, con el francés Bailly esta farsa, mandando por bando adornar las calles.

(3) Bailly había perdido en la isla de Santo Domingo la mano derecha.

(4) El 28 de Abril, al medio día, introducían con bulla, para la Alameda, un árbol de quina, que fue el primero que plantaron; cuando el francés Bailly, que con Nariño era interesado más que ninguno en la farsa, fue herido peligrosamente por un negro, muchacho que le servía, é iba á castigar. El negrillo se acogió á la casa de Nariño, que viendo á su amigo muerto á las 24 horas, cuando se plantó el árbol, hizo fusilar al negro.

¡Oh árbol ominoso y detestable!
¡Qué opaco día el que te vio plantar!
¡Qué noche tan deseada y memorable
cuando este pueblo te logró cortar!
¡Agüero al fanatismo lamentable
que aun en impresos lo llegó á contar!
Y porque tinta de tu tronco saque
sustituye á la quina el nuevo jaque.
¡Oh árbol cuyo jugo es negra tinta,
que el fanatismo piensa que asegure
la libertad que tan hermosa pinta
mas tampoco consigue que le dure!
Cuando más lo engalana con la cinta
del tricolor, sólo halla que madure
la ira del pueblo, que de noche corta
al simulacro que el error aborta.
¡Arbol ya seco de marchita oliva,
que al otro al fin repone y se resguarda
con fuertes rejas, mas la furia esquiva
en explicarse aquí tampoco tarda!
Si esa oliva sin jugo no derriba
arroja entre la cerca, donde guarda
el fanatismo su árbol tutelar
lo que antes arrojaba al muladar. (1)
¡Aún te veo plantado todavía
tan seco, cual arista de una zarza,
que creía en Santa Fe quien te ponía
que á todos en tu espina los engarza! (2)

(1) Cortado que fue una noche el primer árbol, plantaron otro de jaque, que tuvieron con centinela algunas noches, y fue arrancado luégo que éstas faltaron. Entonces se le formó un triángulo alto y abultado de cal y canto que contenía la tierra en que plantaron el olivo, y cercaron de maderos muy fuertes por una circunstancia proporcionada: y éste fue desde entonces el lugar común donde de noche iban á parar las heces de todos los que moraban inmediatos. Aún existía éste cuando se escribió esta relación.

(2) Este era el que existía cuando entró el Congreso y cuando se escribía esta canción, interrumpida por un año y cuatro meses, hasta hoy 9 de Diciembre de 1816; y lo anterior escrito algunos dos ó tres meses antes. Después plantaron un arrayán que consiguieron que arraizase; pero pocos días antes de la entrada de las tropas reales, á pesar del terrorismo de Serviez, que venía de retirada para Santa Fe, una noche hicieron pedazos la cerca y lo arrancaron y metieron en el zaguán del Cabildo. El 6 de Mayo de este año, al entrar el ejército real, no dejaron ni rastros de la obra de los liberales.

Con qué pena recuerdo el triste día
que los fieles sufrieron esta farsa
que anunciaba el engaño y la violencia,
que después proclamó la independencia.

Llegando de la paz el buen período,
Nariño la desecha desatento;
el gran Montes contesta del peor modo
y con Sámano viene á rompimiento.
El frenesí que lo devora todo
á Santa Fe compele al juramento,
de que se traza el impío formulario
más bárbaro, insensato y temerario.

Con la opinión, los bienes y la vida
de aquellos á quien nada les importa
la independencia quiere sostenida,
de que el tirano su interés reporta.
La ambición y codicia la medida
de sus locas empresas ya no acorta,
aunque al Reino en miserias sólo pagan
los que con falsa libertad lo halagan.

Pero ¿á dónde mi pena retrocede?
¿Hacia qué parte mi dolor me lleva?
¿Si sufrir lo presente ya no puede
como antiguos pesares me renueva?
¡Mejor sería que en silencio quede
cuando ninguno se halla que se atreva
á revelar la horrenda iniquidad,
que cubren con la voz de libertad!

Mas nó: yo debo descubrir los hechos,
que llenan de ignominia á los que ostentan
que guardar á los hombres sus derechos,
y que hacerlos felices sólo intentan.
Y entre tanto á sus golpes son deshechos
los que los reinos y provincias cuentan
por derechos comunes y privados
é intereses de cada uno más sagrados.

Jurado conoce esto y se decide
á intervenir en la fatal propuesta,

pues con ahínco Bolívar se la pide
aunque tan cara á Santa Fe le cuesta.
De sus promesas cree que no se olvide,
juzgando incauto que ya tiene puesta
su palabra de honor quien menos piensa
en honor, en palabra, ni en vergüenza.

Escribe, pues, Jurado al Presidente
el riesgo que abultaba error tan vano
con honor y verdad como él lo siente,
y su temor aumenta el del anciano.
El miedo precipita al que imprudente
se inclina á transigir con el tirano,
porque aturdido cree que de otro modo
á una ruina total lo expone *todo.*

Alvarez en el punto se acobarda,
y aunque le asiste D. Ignacio Herrera,
la esquela no le muestra y se la guarda
á quien su error tal vez desvaneciera.
Fiaba tanto de Leiva, que no tarda
en consultar con él, y ni siquiera
de la conducta le ocurrió sospecha
del que del lance luégo se aprovecha.

Le responde puntual: "no hay otro medio
de salvar en la empresa temeraria
que manejando estoy, aunque con tedio,
como una lid á mi opinión contraria.
Aun vencido Bolívar no hay remedio,
y una guerra fatal y necesaria
con todas las Provincias será el fruto
que á Santa Fe lo cubrirá de luto."

El anciano creyó de buena fe
la reflexión, sin advertir acaso
que al golpe que á Bolívar se le dé
el Congreso caerá sin embarazo:
Que perdido el residuo que se ve
de su fuerza ya queda muy escaso
en recursos, y no hay disposiciones
en las Provincias á otras agresiones.

Cuando el Congreso á todas las oprime
y á Bolívar en todas se aborrece,
deshecho él, á cada una se redime
del terror á que sólo se obedece.
Y cada pueblo que oprimido gime
puede lograrse que al momento empiece
á derribar á su parcial tirano
y proclamar al Rey su Soberano.

De Cartagena ó Popayán no puede
expedición costearse de importancia:
Santa Fe no lo teme, y si sucede,
las resistiera con igual constancia.
Y Santa Marta y Pasto harán que quede
sin efecto tal golpe de arrogancia,
si Santa Fe de acuerdo estar propone
con quien su causa por el Rey abone.

Mas Alvarez se asusta, y nada de esto
en el fatal momento reflexiona,
sino que si él repugna lo propuesto,
desgracias sobre todos amontona.
Ni el mal estado le era manifiesto
en que Bolívar se halla, y le perdona
el disimulo á Leiva; ni consulta
al soldado, á quien todo se le oculta.

Engañado el anciano astutamente
por no ver de la ruina ni el amago,
se rinde á la propuesta fácilmente
creyendo amenazaba cruel estrago.
El peligro le dicen que es urgente,
y sin duda que lo es para el rezago
de los negros que queda amedrentado
rodeando al tigre donde se ha encerrado.

Duraba el armisticio hasta las nueve
del doce de Diciembre, y este día
la acción se decidiera muy en breve,
aunque no como el fraude apetecía.
Excusan por lo mismo se renueve
temiendo que los nuéstros á porfía

no dejen ya que el triunfo se dilate
y en una hora decidan el combate.

La intriga tan secreta se conduce
y se concluye todo con tal priesa,
que el efecto deseado les produce
que es coger á los nuéstros de sorpresa.
"A entregar al vencido se reduce
la ciudad y las armas, y su empresa
auxiliar con dinero y con soldados
quinientos voluntarios no forzados.

"Que olvidándose todo lo pasado
ningún cargo por ello hacerse pueda,
y en la vida y los bienes que ha gozado
todo vecino asegurado queda.
El Colegio disuelto congregado
de nuevo, porque hay fuerza que interceda
ha de ser sin que le obsten ya los vicios,"
de que claros confiesan los indicios.

Tales fueron los pactos vergonzosos
con que al vencido la ciudad entregan,
y aun se quedan suspensos y medrosos
si á rendirse los nuéstros se deniegan.
A las seis se concluyen presurosos,
porque si al plazo de la tregua llegan,
á los nuéstros y á Leiva no contiene
que ve su desazón y la previene.

Bolívar en la casa de Lozano,
que en la farsa intervino, se hospedaba,
donde en billete al criminal tirano
don Simón el buen Alvarez nombraba:
y el Marqués de San Jorge *ciudadano*
usando de su título firmaba
en carta dirigida á su cuñado,
con quien tal mediador habían logrado.

Estas piezas al público se dieron,
impresas por Bolívar, que se precia
de disfrazar el fraude, que advirtieron

todos mejor en impresión tan necia. (1)
Lo cierto es que así el triunfo consiguieron,
pues no sostuvo batería más recia
que la intriga que usaron esta vez
del anciano la incauta sencillez.

Sorprenden á la tropa y se le dice:
"que es necesario que las armas dejen
y que la unión y paz los indemnice
de desgracias, que es bien se les alejen."
El valor irritado contradice:
"las bayonetas (gritan) se manejen
para unirse á los pechos criminales
de amigos que han de sernos tan desleales."

Aquí emplean la fina persuasiva,
aquí la falsa compasión se explica,
y sobre el cuadro triste que se aviva
la humanidad les urge y les suplica.
Aquí al rendirse Santa Fe cautiva,
su suerte desgraciada ni aun se indica;
y de paz y amistad el velo honesto
á la traición más vil le dejan puesto.

Recurren á García del Castillo,
eclesiástico vivo y elocuente,
que á su claro talento reune el brillo
de la expresión patética y pungente;
Quien demasiado dócil y sencillo
á la impresión se rinde fácilmente,
que el horror le causaba de una acción
que prolongaba tánto la traición.

Este, pues, por la plaza recorriendo
los cuerpos ya formados que preparan
las armas para el choque más horrendo
donde sin Jefe intrigas contrastaran:

(1) Carabaño dio á luz otro impreso en que para comenzar mintiendo desde el título que da á las gavillas de asesinos, lo intituló: *Operaciones del Ejército Libertador*. Es bien notable que entre tántas mentiras que contiene, hablando siempre de ventajas á su favor, mencione varios oficiales muertos de su parte, y entre ellos á Joaquín Salas, á quien nombra desgraciado, por lo mucho que lo sintieron, y no cuenta ni un soldado herido entre los nuéstros.

A todos ellos iba persuadiendo,
"que no más sangre humana derramaran
cuando de paz se les abría el período
y había ya medio de allanarlo todo."
Leiva se deja ver tan sin pesar,
que usando de modales chocarreros,
les dijo: "se podían ya quitar
la cifra de Jesús de los sombreros."
La tropa no podía deliberar
ni reunir sus dictámenes severos,
pues nadie sabe si cada uno piensa
combatir como él quiere hasta que venza.
Su indignación explican de otra suerte:
los fusiles á golpes despedazan,
que uno solo bastar se les advierte;
las cartucheras rompen que embarazan.
Ningún arma resiste por muy fuerte
á fuerzas irritadas que rechazan,
cuanto inútil ya ven para la empresa
en que la causa santa se interesa.
Y sin tocar alguno en sus pesares
la cifra de Jesús, que los consuela,
arrancan las insignias militares
de que cada uno entonces se recela.
La juventud, que sabe en qué lugares
los libros se hallan, á romperlos vuela
porque no tengan ahí sus filiaciones
los que al tirano hacían las prevenciones.
Aún hubo muchos de mejor acuerdo
que sus armas sacaron con reserva,
cuando el desorden notan que recuerdo
y su cautela ocultas las conserva.
Ninguno en la sorpresa fue tan lerdo
que no advirtiese bien que si preserva
las armas del destrozo, las destina
al que con ellas todo se lo arruina.
La plaza se abandona y luégo salen
á encerrarse los unos en las casas,

cuando asilos algunos ya no valen
y de ocultarse ociosas son las trazas.
Los soldados que temen los señalen
al reemplazo de tropas tan escasas,
que á Bolívar le quedan á sus tiros
por los cerros buscaron sus retiros.

Por Monserrate pasan descarriados
y el suceso me cuentan afligidos,
al tiempo que armamentos destrozados
al tirano entregaban sus rendidos.
Pero los tiene Dios amedrentados,
de modo que al destrozo enfurecidos
no se ven, pues el Nombre sacrosanto
que invoca Santa Fe los liga tánto. (1)

Despachan por la posta confidentes,
que ataje cada cual por su vereda
á los que huían medrosos de valientes,
que no creían que hollar se les conceda.
A cada uno previenen diligentes
que á la ciudad al punto retroceda,
y algún refuerzo que el tirano espera
ordenan se adelante á la ligera.

Eran siescientos hombres comandados
por el feroz apóstata Mariño (2)
que á tal Jefe viniendo encomendados
lograban del sacrílego el cariño
Sus hechos en horror tan abultados,
aunque á sencilla narración los ciño
de los crímenes muestran un conjunto
difícil de reunirse en sólo un punto

Mas él reúne el estambre religioso
el collarín y vueltas encarnadas:
ciñe sable y pistolas, cual furioso,
sobre túnicas santas profanadas.

(1) Hasta aquí se había escrito en Diciembre de 1816, después de la entrada del Ejército Real pacificador en Santa Fe.

(2) Este fraile apóstata era uno de los Coroneles del Congreso, que llamaban de la Unión.

Acaudilla rebeldes, y alevoso
conduce á la matanza encarnizadas
las tropas de asesinos que á su mando
á Casanare siguen infestando. (1)
El Arauca sofoca los gemidos
de los que en líos duros él envuelve,
y en sus hondas corrientes son hundidos
porque verter su sangre no resuelve. (2)
Y cometiendo excesos tan crecidos
ejerce el Ministerio, y aún absuelve
quien el cargo dejó de misionero,
y el oficio tomó de bandolero.
Pero es más doloroso que ciñendo
acero criminal quien multiplica
la mortandad, que en sangre está tiñendo
la mano cruel, con ella sacrifica.
Depone el sable y el cañón horrendo
sobre la mesa misma donde aplica
la sacra vestidura al cuerpo indigno,
que ni á la Hostia de paz miró benigno.
Segunda vez por sus bandidos son
saqueados de Sopó los *Aposentos*,
de D. Gabriel Manzano posesión,
y á *Hierbabuena* llegan más violentos.
Laboriosa y constante aplicación
había dado á esta hacienda los aumentos,
que benéfica mano logra, en prez
de D. Lorenzo Marroquín, cuya es.
Aquí del hombre activo las tareas,
de su noble familia los esmeros
realizadas tenían las ideas
del gusto y los provechos verdaderos.
Y aquí viene Mariño y las raleas
que los siguen de fieros bandoleros,

(1) En Septiembre de 1817, cuando esto se escribe, aún existe el infeliz Mariño, comandando á los bandoleros de Casanare, con Nonato Pérez, y Urdaneta.

(2) Diez y ocho españoles hizo ahogar, metidos en mochilas de cuero, diciendo que no derramando sangre no quedaba irregular.

y á restos que Bolívar aún condona
el apóstata terco no perdona.

Del oratorio quebrantó las puertas
después que ya robado su contorno
á su codicia las demás abiertas,
ni rastro deja del menor adorno.
Se irrita cuando ve señales ciertas
de piedad que lo llenan de bochorno;
y por borrarlas, ni á lo más sagrado
respeta el robo bárbaro y osado.

Sucesos tan terribles horrorizan
de tal modo mi espíritu afligido,
que mis alientos cuasi paralizan
y me rinden cobarde y abatido.
Mas cuando ya mis fuerzas agonizan,
de repente recobro mi sentido
al eco de una voz que me conforta,
y á la confianza en sólo Dios me exhorta.

"Criatura pusilámine, modera
la nimia timidez (así me dice),
pues el desorden que el Señor tolera
á su justicia nunca contradice.
Si Santa Fe merece ruina entera,
un castigo la da que la indemnice
del estrago, y concede á los que quiere
por la paciencia el triunfo que se adquiere.

"Si á las varas de su ira no recoge
hasta llenar los golpes que permite
el que á sufrirlos á su Dios se acoge,
virtudes grandes quiere que ejercite.
Cuando las varas del castigo arroje
ó el impulso y la fuerza les limite,
habrán ganado los piadosos palmas,
que de otro modo no tendrían sus almas."

Hacia la santa ermita donde escucho
la voz consoladora, me convierto,
mientras con miedos y congojas lucho,
y á pronunciar palabra ni aun acierto.

Mas si el motivo del dolor es mucho,
el resquicio al consuelo veo abierto:
al templo subo y en su umbral me postro,
que riega el llanto que anegó mi rostro.
Al momento una luz hermosa y clara
patente me hace lo interior del templo
donde á la madre de piedad que ampara
la ciudad en su imagen la contemplo.
La efigie de Jesús que aquí prepara
de sus penas y amor el gran ejemplo
sobre la cruz al tiempo de enclavarlo (1)
á mi temor bastó para aquietarlo.
Sobre la grada del altar en pie,
en el traje de un bello Nazareno,
el Angel tutelar de Santa Fe,
mirándome, me deja más sereno.
Un brillante azafate ante él se ve,
que con pocas coronas está lleno;
entretegidas de fragantes rosas
en medio de las hojas espinosas.
Vivas ascuas cubrían el pavimento
de cadenas de bronce muy caldeado,
que juzgaba mi débil pensamiento
que un cautiverio indican desastrado.
Mas á la voz del Angel al momento
con cada una se mira recargado
cada cual de los genïos más disformes,
de que aparecen grupos muy enormes.
Entiendo entonces que aun ligados pueden
causar daño á cuanto á ellos se confía:
que ningunos habrá que exentos queden
de algún mal en su infausta cercanía;
Y que á pocos en fin se les conceden
las coronas del triunfo todavía,
que la paciencia logra y la constancia
y expresa de las rosas la fragancia.

(1) La célebre y devota estatua del Señor de la Cruxificción, que se venera en Monserrate.

De Monserrate luégo me despido,
porque ya el Angel que me vuelva ordena
á Santa Fe, donde el valor vendido
por la traición arrastra la cadena.
Obedezco, y con ella, aunque oprimido,
me asocio de los leales á la pena,
hasta que fuerza real el mal reprima
y á Santa Fe cautiva la redima.

CANTO SEXTO

¡Día funesto, cuya triste aurora
los efectos anuncia del sistema
más horrendo y fatal, de que ya llora
Santa Fe la ignominia cruel y extrema!
Esclava, en fin, á la hoz devoradora
sometida, ¿qué males no hay que tema
cuando sin brío ni esperanza gime
en la cadena dura que la oprime?
Mi aliento débil á sufrir no basta
calamidad tan fuerte, á que se rinde
el vigor que atenuado al fin se gasta
del temor y esperanza en el deslinde.
A todo esfuerzo la traición contrasta,
y á la ciudad cautiva no hay quien brinde
un alivio al colmarse la medida
del oprobio en que yace sumergida.
Atónitos los fieles al suceso
detestaban la vil alevosía,
y llorando ya esclavos del Congreso,
su nombre mucho más se aborrecía.
Las calles solitarias atravieso,
donde un desierto todo parecía,
cuando al volver de Monserrate dentro
en la ciudad donde con nadie encuentro.
Habitaba la casa de ejercicios
del orden franciscano, mi familia, (1)

(1) Desde 16 de Octubre de 1814 se trasladó la parroquia á la iglesia de La Tercera, por haber sido necesario componer y renovar todo lo interior de la iglesia parroquial de

donde todo español á los oficios
de la amistad se acoge que lo auxilia.
Ya no bastan, empero, los servicios
en el conflicto cruel que nos concilia
comunes riesgos y enemigos bravos
que tratarnos pretenden peor que á esclavos.
Con todo eso la buena inteligencia,
que en medio de peligros tan enormes
nos ha uñido con fiel correspondencia,
por ser en sentimientos tan conformes.
Los conduce á buscar con preferencia
mutuo alivio en pesares uniformes,
que á muchos con nosotros los congregan,
hasta que fuerza ó miedo los segregan.
En medio de ellos, en funesto encierro,
la pavorosa calma se advertía,
y el silencio medroso que me aterro
al recordar de tan funesto día.
El tirano trataba del entierro
de sus muertos, pero antes repartía
en cuarteles que estaba disponiendo
á las tropas que ya iba recogiendo.
Los heridos recoge al Hospital,
cuyo número pasa de doscientos,
que allí llegan al término fatal,
sin que á los otros sirva de escarmientos.
Menos fueron los nuéstros, y tal cual
de las heridas muere, aunque contentos
están todos, pues temen que el tirano
á sus tropas agregue al que halle sano.
Ochocientos y nueve perecieron
en el día anterior, entre los cuales
diez y siete también reconocieron
tendidos de los fieros oficiales.
A vista del destrozo enmudecieron,

Nuestra Señora de Las Nieves, cuya imagen quedó depositada en la misma iglesia de La Tercera; y con este motivo morábamos en el convento contiguo, hasta que en Julio de 1815 nos arrojó el Gobernador intruso para hacerlo cuartel.

pues dondequiera veían las señales
del brío que con sangre de ellos riega
el suelo vencedor que así se entrega.
No contaba de muertos en acción
sino pocos soldados Santa Fe, (1)
cuando el contrario á tal disminución
por todos lados reducido ve.
Pues de *Valencia* todo el Batallón
el día primero destrozado fue,
y enterrados quinientos ya tenían
cuando la vez postrera combatían.
Mas, ¡qué diverso aspecto el que presentan
los cadáveres de hombres religiosos
que la defensa por piedad intentan,
y de agresores viles y alevosos!
Los cadáveres de éstos amedrentan
desnudos, destrozados y asquerosos,
todos comidos hasta las entrañas
de perros, por maneras bien extrañas.
Llegan éstos en medio de la gente,
que los recoge, y con horror se ceba
en sus carnes, y arranca el duro diente
el corazón sangriento que se lleva.

(1) Hay quien asegure que sólo fueron cuarenta y cinco los soldados muertos; pero es cierto que no llegaron á ciento. Como puede haber crítica maligna que lo ponga en cuestión, he querido prevenirla advirtiendo que el que sólo tiene en su mano la suerte que conviene á sus criaturas, que es el Unico Dios omnipotente, á quien se debe siempre la victoria: el Dios de las batallas, cuya providencia rige y ordena todos los sucesos, y que se hace reconocer de un modo tan admirable en los sucesos de la guerra, favoreció la confianza del pueblo de Santa Fe, aunque permitió su opresión: sin que para esto sea necesario recurrir á milagros. Los negros y demás agresores de Bolívar, desde que reconocieron las ventajas de los defensores de Santa Fe, volvían precipitadamente las espaldas, al acercarse un número considerable de los nuéstros: y éstos lograban, entretanto, muchos tiros. Aquéllos tomaban las esquinas, y disparaban á tiento; y los nuéstros á pécho descubierto hacían más cierta la puntería: y cuando los alcanzaban las lanzas ó bayonetas, ó les despedían á los grupos enteros acantonados en las calles, las balas rasas ó metralla, era mayor el destrozo. Lo mismo puede discurrir por los heridos; pues unos hombres estragados con todos los vicios, y agitados en la larga carrera de unas excursiones de bandoleros, sin más sueldo ni provisiones que el pillaje, hacían que sus heridas fuesen más peligrosas que las de hombres sanos y robustos, que se habían conducido de otro modo, aunque algunos habían acompañado á Nariño en sus locas empresas; pero como éste era más sagaz, siempre iba con prevenciones, para no exasperar demasiado á los pueblos del tránsito

Y á los nuéstros mezclados juntamente
no hay una fiera que á tocar se atreva,
y sus blancos cadáveres junto á ellos
aparecen intactos y más bellos.
    No es invención; pues todos han notado
los que vieron tan rara diferencia,
que aun á los muertos en la lid ha dado
de los nuéstros honrosa preferencia.
Y Santa Fe del nombre que ha invocado
en su auxilio ha tenido la experiencia
que, aunque cautiva, muestra que á su suelo
castiga con piedad benigno el Cielo.
    A este tiempo cautivos y opresores
desconfianza recíproca mostraban:
los rendidos á fuer de vencedores
á los negros después los insultaban;
Mas ahora preocupados de terrores,
de cobardes y aleves recelaban,
todo daño y las gentes aterradas
en las casas quedaban bien cerradas.
    Los fieros batallones del tirano
que destrozados cuenta y disminuidos
ningún recelo lo juzgaban vano,
alterados de todo y sorprendidos.
Ni las armas dejaban de la mano
en diversos cuarteles repartidos,
ni hay quien del puesto que le dan se mueva
ó á discurrir por la ciudad se atreva.
    A Torres, á Castillo y á Baraya
habían hecho venir á la ligera,
pues el Congreso en estos tres ensaya
su autoridad intrusa y altanera.
Y aunque la fuerza disminuido se haya,
la que les queda ya reunían entera
para hacerse temer, pues de otra suerte
el recelo que tienen es muy fuerte.
    Los traidores, empero, los animan,
rodean al tirano y le aseguran

no tiene que temer de los que opriman
pues ya el choque con ellos no aventuran.
No importa que este día todos giman,
pues tales necios disfrazar procuran
con lisonjas, que el tigre no les cree,
el duelo general de Santa Fe.

Al Congreso dio parte con presteza,
"que viéndose perdido totalmente
le ha valido su acierto y su viveza
para cambiarlo todo de repente."
Mejor dijera el fraude y la vileza
de la perfidia, porque ciertamente
la perspicacia nada puede ni obra
donde manejo tan doloso sobra.

Al palacio á Bolívar se conduce,
donde doscientos negros lo rodean,
y á cuartel de asesinos se reduce
que con el mugre y suciedad lo afean.
De *Barlovento* el resto se introduce
á las casas de Audiencia, porque sean
holladas de las plantas criminales
de la justicia las mansiones reales.

De *Caracas* ocupan los dragones,
de que sólo doscientos han quedado,
el que al choque de mil innovaciones
en cuartel se miraba transformado.
De licores sirvió á destilaciones (1)
esta casa en que todo destrozado
nada tiene que puedan ya robar
lo que esto sólo vienen á buscar.

Ocupan el cuartel de artillería
trescientos de *La Guaira* que restaron,
y en mil hombres con ellos consistía
la fuerza de las tropas que quedaron.
Pues del *Socorro* y *Tunja* sólo había
multitud que las balas ahuyentaron

(1) Era la casa de las fábricas de aguardientes que habían convertido en cuartel de caballería, en la plaza de San Francisco.

luégo que muertos de los suyos vieron,
y hasta el fin á los que huían recogieron.
El Seminario aloja á los primeros
con el cuartel antiguo de la plaza
del *Auxiliar* el grande á los postreros
y algún otro con ellos se embaraza.
De Jefes y oficiales altaneros
el temor con su orgullo se disfraza,
y con gruesas patrullas hacen ronda
cuando la noche su inquietud esconda.
En el siguiente día, más serenos
del criminal tirano á la presencia
convocan á Prelados y hombres buenos
á jurar al Congreso la obediencia.
Sus Diputados con poderes plenos
de paz y unión fingiendo la apariencia
lo exigen con extrema seriedad
de todo hombre que ejerce autoridad.
Mándanse abrir las puertas aún cerradas
de iglesias, casas, tiendas y almacenes
y las paces por bando publicadas
garantizan las vidas y los bienes.
No hay algunas personas exceptuadas
de la unión que se anuncia, ni aun en rehenes
á Santa Fe algún hijo se le pide,
pues la confianza dicen que lo impide.
Mas era la verdad, porque su suerte
de una esclava que arrastra la cadena,
sin libertad y sin acción se advierte
contra el que al duro hierro la condena.
Y en un estado de opresión tan fuerte
debilitarla con ardid se ordena,
y empeñarla en el crimen que aborrece
y resiste al castigo que merece.
Con este fin un bando que amedrente
con pena de la vida se publica,
"que al tirano previene se presente
todo soldado que á su hueste aplica.

Que las armas entreguen, y al que intente
retenerlas, la pena que se indica
requisición domiciliaria diera,
que se anuncia sin que á ello se atreviera."

Desde este día el llanto y los pesares
tan continuos se hicieron, que un resquicio
al consuelo no se abre, ni hay lugares
donde no se lamente algún perjuicio.
Con arbitrios los más irregulares
á todos dan más lento el cruel suplicio,
que la vida prolonga y no la quita,
pero en perpetua pena la ejercita.

A este tormento todo contribuye,
y aun el aire más grueso se respira
que al pestilente aliento se atribuye
de la torpe gentualla que lo aspira.
Al gas maligno que de cuerpos fluye,
que á disolver su desarreglo tira
el mal olor y corrupción se agrega
de tantas calles que la sangre riega.

Se ven éstas tan sólo frecuentadas
de las bandas de armados asesinos
por la ciudad ya entonces derramadas,
que horrorizan á todos sus vecinos.
Sus oficiales traían adornadas
con insignias de fieros jacobinos
las cucardas que usaban y denuncian
que del honor y humanidad renuncian.

La gente honrada excusa cuanto puede
salir de casa, y lo hace con disgusto,
pues ni á negocios tiempo se concede,
ni lo preciso se buscó sin susto.
Ni en mil agravios hay á quien le quede
defensa, medio ni recurso justo
contra tropas que indican por su traje
que han de surtirse sólo del pillaje.

Una partida de estas que dirige
el tirano á La Mesa con las guías,

cuales perversas el designio exige
cumplido lo presenta en estos días.
Un sartal de inocentes trae, que aflige
las almas todas que no son impías,
que á pie conducen fuertemente atados,
hambrientos, mal vestidos y robados.

Era ser europeos todo el crimen,
pero fieles, y algún americano
con ellos mezclan y también oprimen,
porque no los oprime por su mano.
En un hediondo calabozo gimen
y dos á dos del modo más tirano,
uno con otro prenden pie con pie,
con grillos cuyo peso enorme fue.

Libertad les ofrecen, pero á precio
de una suma cuantiosa, que cada uno
buscar procura en el conflicto recio,
que el quebranto mayor hace oportuno.
Y pariente ó amigo no hay tan necio
que en el rescate tarde de ninguno,
que á la muerte va expuesto de otro modo,
aunque su haber se malbarate todo.

Este anuncio inmediato de un saqueo
metódico y discreto nos avisa
que Bolívar conforme á su deseo
á que todos los sufran los precisa.
Agentes eficaces el empleo
que admiten desempeñan con gran prisa
de violentos y públicos ladrones
que dan al robo nombre de exacciones.

Donativo forzoso y voluntario
de sumas excesivas se reparte,
que aunque imposibles juzgan necesario
arrancar las más gruesas con todo arte;
sin que excuse con esto el vecindario
empobrecido contribuír la parte
del voluntario que en violento toca,
aunque en clase de libre se coloca.

Ni vale estado, profesión ni fuero,
pues exigen enormes cantidades
ó alhajas de valor, si no hay dinero,
de canónigos, curas, capellanes.
Por más que giman uno y otro clero
y los claustros subsistan con afanes,
la indigencia á ninguno se le abona
ni á las monjas más pobres se perdona.
No por esto al comercio se le exime
del despojo que luégo se ejecuta,
y á cada puerta en un cartel se exprime
lo que propio el tirano ya reputa.
El carácter de horror que á todo imprime
confisca cuantos géneros computa
necesarios al lujo de una tropa,
que andrajos conmutó por buena ropa.
González de Llorente se ocultaba
de su almacén cerrado, allá en el centro,
cuando á su puerta el sello se marcaba
que á Bolívar somete cuanto hay dentro.
Doña Dolores Ponce, que guardaba
al marido recluso fue al encuentro
del tirano, que cerca vio venía,
y le habló sin hacerle cortesía:
"Señor Simón (le dice), si usted quiere
nuestros bienes, no importa que arrebate,
mas para esto tampoco se requiere
que á mi esposo inocente se maltrate.
Llevadlos todos si esto dispusiere
y el terror por más tiempo no dilate,
si á costa de ellos la quietud se cobra,
pues rigor al tormento ya le sobra."
El tirano que la oye se sorprende,
y al nuevo gobernante la remite,
que á la súplica justa condesciende,
sin que tan digna intrepidez lo irrite.
Aun el feroz carácter se suspende,
á vista de una acción en que compite

el valor, la osadía y la hermosura
con el mayor recato y compostura.

Era ya Miguel Pey el gobernante,
y era Ignacio de Vargas su teniente,
por un Colegio de que fui al instante
excluído por indigno y delincuente.
Mi culpa fue anterior, pero bastante
á la pena que logro de presente;
y este honor me ganó la competencia
que de afrenta llenó á la independencia. (1)

Mas, ¿quién podrá los hechos recordar
con que esta Junta se cubrió de afrenta,
cuando al tirano tanto quiere honrar
que su apoteósis cuasi hacer intenta?
La lisonja allí se hace tal lugar,
que como héroe pacífico presenta
al enemigo del común reposo,
y al hombre impío aclama religioso.

Mas cuando tánto la maldad se encumbra
dispuso la familia franciscana
la procesión que siempre se acostumbra
á la Virgen y Madre soberana.
El tirano á la vista se deslumbra
de pompa tan devota y tan cristiana,
y á sus tropas arrastra tras sí el carro
de triunfo tan lucido y tan bizarro. (2)

(1) Habiendo sido compelido á aceptar los poderes de Zipaquirá en el año de 1813, para el Colegio en que se declaró la Independencia, protesté desde el principio la nulidad de todo lo que se hiciese en orden á ella: sosteniendo los derechos legítimos de nuestro católico Monarca en los días 15 y 16 de Julio, con razones á que no se pudo contestar. La Independencia se declaró el 16, siendo mi voto contrario, y el de D. Fernando Rodríguez; pues aunque había otros realistas, no se atrevieron á contradecir. Reunido el mismo Colegio en Junio de 1814, presenté, con fecha de primero del mismo, una representación, probando, con la mayor evidencia, la tropelía, la iniquidad y nulidad de tal declaratoria, y lo injusto, temerario y sacrílego del juramento con que se pretendía afianzar. Tuvieron que enmudecer los concolegas, y en Santa Fe comenzó á titubear el maldito sistema, y los vecinos de Zipaquirá me volvieron á dar sus poderes para esta Junta, que se reunió después de la entrada de Bolívar; de que cubierto de oprobios se me arrojó y se me excluyó por acta, cuya copia, con la de dicha representación, se halla en el Tribunal eclesiástico, á donde se pasó para que se me castigase.

(2) La procesión que se hace la Domínica 2.ª de Diciembre en la infraoctava de la fiesta de la Concepción, se hizo el domingo 18, por haber sido en la antecedente la agresión de Bolívar.

Este influjo de paz el filo embota
de la hoz destrozadora, que á lo menos
entorpecido en Santa Fe se nota,
cuando de sangre no nos deja llenos;
pues la sed del tirano no se agota,
mientras las vidas de los hombres buenos
á su orgullo insensato den recelo
que pueden humillar su altivo vuelo.
Tanto es esto, que á sí se desconoce
el tirano impudente y lo confiesa,
que otro impulso en sí mismo reconoce,
que no lo deja ensangrentar la presa.
Sus soldados admiran no destroce
las vidas, como lo usa su fiereza,
y el Congreso le arguye por omiso
en cumplir lo que él juzga por preciso.
Villavicencio desde Tunja escribe
que á europeos tratados no se guarden:
y le contesta Pey que no concibe
que aun jurados como eran acobarden.
Que á todos los realistas apercibe
que á dejar este suelo no se tarden,
porque siendo español todo es en vano,
por más que haya nacido americano. (1)
¿Y el que nació de un padre autorizado
su origen vilipendia y pantela?
¿Quién derecho á la América le ha dado
sino España á que ingrato se revela?
Mas si ser español él ha negado,
¿á qué origen creeremos que se apela,
sino al delito que de honor despoja
al que tan torpe bastardía escoja?
Mejor procede un pobre zapatero,
que al oirse saludar de ciudadano,
irritado responde al lisonjero:
que renuncia de título tan vano.

(1) Estas contestaciones se publicaron inmediatamente impresas en la *Gaceta*, aunque el padre de Pey fue Oidor de esta Real Audiencia, nacido en la Metrópoli.

Que es español legítimo y sincero,
aunque nació en el suelo americano,
y aquel nombre desecha de que abusa
quien la debida sumisión excusa.

Cual avecilla tímida que asoma
cuando la sombra al gavilán le abulta
y el vuelo más rastrero apenas toma,
que entre las ramas de la selva oculta.
Y hallado tal cual grano de que coma
en el obscuro nido se sepulta,
así andaban los fieles estos días
á vista de las hórridas arpías.

Despedazaban éstas los archivos
en el Palacio y Real cancillería,
por quitar al derecho los motivos
de todo cuanto en ellos consistía.
Ni libran de los bárbaros altivos
los monumentos del honor que había
consignados allí, como blasones
de dignas y sagradas atenciones.

Todo perece, á todo se destroza,
y la mano sacrílega se extiende
á cuanto es venerable, á cuanto goza
del respeto más justo á que se atiende.
Lo que con cada negro allí se roza
á destruirlo por todos se propende,
y lo sagrado á que su vista alcanza,
despedazarlo quieren sin tardanza.

El real retrato que de cuerpo entero
Don Juan Hernández de Alba, Oidor decano,
hizo pintar, en que brilló el esmero
más diestro por más fiel al soberano.
Consumen con el fuego y el acero,
y los fieles lamentan, pero en vano
á la obra que adquirió tan digna loa
al valiente pincel de Figueroa.

Vióse entonces con grande admiración
un mozo aparecer desconocido,

que mostraba notable suspensión
en su mirar pausado y conmovido:
De rostro grave y voz sin turbación,
ligero el paso y pobre su vestido
que larga y negra ruana se lo cubre
hasta los pies desnudos que descubre.

Este por varias calles que discurre,
sin que ninguno se halle que lo ofenda,
al pueblo se dirige que concurre
y su deber lo excita á que comprenda.
A tan sencilla exhortación recurre,
que nadie puede haber que no la entienda,
y á la obediencia justa los persuade,
sin que alguno se note que se enfade.

"Por amor de Dios, señores, dice,
reconozcan al Rey, pues quien le niega
la obediencia, á Dios mismo contradice,
y contra Dios á rebelarse llega.
El que de ley tan justa se deslice
incurre en crimen, con que su alma ciega
no conoce que un Rey acá en el suelo
representa al Señor que está en el Cielo."

Este hombre raro al fin desaparece
el mismo día en que á exhortar comienza,
sin que ninguno sepa quién él fuese
y examinarlo ni el tirano piensa.
A la ira de los suyos no perece;
su voz contuvo la crueldad suspensa,
y después que Bolívar se retira,
segunda vez comparecer se mira. (1)

Este raro suceso nada influye
para atajar el curso del desorden,
ni á los malvados el aviso instruye
para que en plan tan falso no concorden.
Al sistema que todo lo destruye,
mil lisonjas procuran que lo borden,

(1) El Sr. Dr. D José Domingo Duquesne, Provisor entonces del Arzobispado, fue uno de los sujetos que lo vieron esta segunda ocasión, y en la primera mi hermano el Dr. D. Santiago de Torres, cura de *Las Nieves*

con matices que den algún adorno
al negro cuadro del común trastorno.
Ya de ochocientos quince, cruel Enero
contaba el quinto día amargo y triste,
cuando el Teniente Vargas, altanero,
nuestra inerme mancíón y casa embiste.
Le da su comisión á un buen chispero
que presto allana lo que no resiste,
y la casa registra que habitamos
sin que motivo entonces entendamos.
A la presencia el caso nos conduce
del que tánto manchó su buena fama,
que al mismo por quien antes ella luce
ahora ingrato cual reo lo reclama.
Contra Infiesta y Martínez se reduce
todo el encono que insensato llama
traidores á dos hombres de que abona
la lealtad el traidor que la baldona.
Este versátil genio fue de Infiesta,
defensor al principio, bien premiado
del noble perseguido que se apresta,
siempre á ser generoso por honrado.
Pero á Vargas parece que molesta
estar en el trastorno como aislado,
y se introduce en él con tal exceso
que se hace apoyo del fatal Congreso.
A don Julián de Torres, (1) pues, intima
entregue á los amigos que ocultaba,
pues la violencia es tiempo ya que oprima
á los que antes ninguno separaba.
Una débil confianza nos anima
á recurrir á Pey, que no se hallaba
con igual interés en esta causa,
y aunque fiero procede con más pausa.
Nos engañó del todo la esperanza,
pues de palabra el bárbaro decreta
la prisión y la muerte sin tardanza,
si don Julián la entrega no completa.

(1) Hermano del autor.

Quince horas le concede, dando fianza,
y á muerte vergonzosa lo sujeta
si al asignado término se llega,
sin haberse cumplido con la entrega.
    Entraba ya la noche, y el fiador
de nuestro hermano guarda su persona,
pues es el mismo que antes su opresor
para allanar la casa comisiona.
El Cura de Las Nieves, con valor
en el peligro instante no perdona,
y conmigo salió á buscar amparo
de nuestro propio riesgo sin reparo.
    Los dos hermanos tristes recorrimos
las calles solitarias con presteza,
en que de guardias y patrullas huimos,
por evitar su criminal fiereza.
A Jurado en el lance recurrimos,
que ablande de Bolívar la dureza,
y es el único que habla y se interpone
al tiempo que su viaje ya dispone.
    Bolívar no conoce á los proscritos
Infiesta ni Martínez, y no tiene
motivo de venganza, aunque descritos
como enemigos entregar previene.
Mas como ellos carecen de delitos,
á Jurado le ofrece: "que mantiene
bajo su fe, palabra y protección
á los que ha de entregar sin detención."
    Las vidas á los dos les garantiza
bajo protesta, empero, que allí le hace,
"que al término asignado los precisa,
sin que un solo momento más se atrase.
De otro modo á ninguno ya indemniza
y á cuchillo dará orden que se pase,
casa por casa á cada fiel realista
sin que á él mismo lo excluya de la lista."
    En efecto, dio la orden inhumana,
que obliga á la terrible comparencia

que á Martínez ó Infiesta en la mañana
conduce del tirano á la presencia.
El los recibe, no de mala gana,
y aún les muestra piedad ó indiferencia;
que si en su pecho nunca piedad cabe,
encubrir el furor tampoco sabe.

Mas aun al cruel se debe hacer justicia,
que la presa creyendo ya segura,
de recelos carece y aun noticia
de muchos cuya muerte se procura.
El Congreso y los suyos con malicia
aprovechan la horrible coyuntura
que al genio de Bolívar se atribuya
cuanto á saciar su encono contribuya.

Ellos la lista forman que al tirano
á la mortal deportación presenta,
sin perdonar alguno, ni á su hermano
de los mejores hombres hasta ochenta.
Se incluye al Provisor y al Arcediano,
con otros que escaparon en la cuenta,
pues Bolívar no es fiel ejecutor
del Congreso en tan bárbaro rigor.

A este tiempo de Tunja conducían
á Fr. Pedro Corrella y á Bujanda,
con otros desgraciados que venían,
y el Congreso fatal hasta Honda manda. (1)
Remitirme con ellos disponían,
y á Tabio registraron en demanda
de mi persona, que á la vista estaba
en Santa Fe, mas Dios se la ocultaba.

Bajo el amparo de su Madre Santa
nuestra casa y familia se conserva,
cuando más la malicia se adelanta
y entre continuos riesgos nos preserva.
San Antonio de Padua en pena tánta
los tiros del furor también enerva

(1) Estos eran D. José Zapatero y D. Emeterio Bernal, que fueron de los asesinados en Honda.

que á vista de su imagen retrocede,
y adelantar un paso ya no puede.
No son sucesos que atrevido invento,
ni milagros que finjo temerario;
y más cuando librarnos fue un portento
que otro milagro no hizo necesario.
El Todopoderoso nos dio aliento
sin recurrir á un caso extraordinario,
y al furor del tirano lo limita
para tan sólo aquello que permita.
Pero siempre debida obligación
nos impone la tierna gratitud
de ensalzar la Divina protección
á que sólo debemos la salud.
Esto debe inflamar la devoción
de la fe conociendo la virtud,
que al cristiano su auxilio siempre ofrece
aun cuando juzga el impío que perece. (1)
El Cura de Las Nieves sentenciado
por Bolívar á muerte ó á una suma
imposible, porque antes ha expresado
las ruinas que en Caracas él consuma. (2)
Al fin á cruel destierro condenado
por más que ejecutarlo se presuma,
lo resiste con sola la paciencia
confiado á la Divina Providencia.

(1) En el día que se allanó el convento de la Orden Tercera donde morábamos, registrado lo restante llegan á la capilla interior por la puerta que mira al altar. En él teníamos la hermosa efigie de San Antonio de Padua que se venera en la parroquia cuya iglesia se estaba componiendo, y como Patrono que siempre reconocemos de nuestra familia, por devoción de nuestros padres, en estos días amargos lo tuvimos siempre con luces encendidas. Al verlo los comisionados, por más que los persuadimos, no fue posible que asomasen siquiera la cabeza á la capilla; siendo así que iban determinados á entrar y que á lo largo de ella podían ocultarse más de doscientas personas.

(2) Habiéndose excitado al Dr. D. Santiago de Torres para una contribución á favor de los emigrados de Venezuela, cuando se tenía noticia que Bolívar había llegado derrotado á Cartagena, contestó haciendo presente la obligación de preferirse en los socorros de un Cura las multiplicadas necesidades del pueblo de Santa Fe que se veían como resultados legítimos de la funesta rebelión; y que á más de los costos de la refección de la iglesia de Las Nieves no le dejaban sobrante, y lo obligaban á molestar personas piadosas para ocurrir á estas necesidades. Que supuesto que Bolívar confesaba impudentemente en un papel publicado en

En estos días de repente preso
á Julián nuestro hermano se arrebata,
y una hermana solícita en exceso
de la prisión y muerte lo rescata.
Recurre á don Luis Rubio en el suceso
que de librarlo diligente trata,
diciendo respondía de la persona
para cuya prisión se comisiona.

Pero no nuestras propias aflicciones
relatar se imagine que pretendo,
pues son sólo sencillas narraciones
de la historia puntual á que propendo.
Ni ellas solas en tales ocasiones
agobian nuestro espíritu, sufriendo
las más penosas en amigos fieles,
cuya suerte nos causa angustias crueles.

D. Juan Manuel Fernández fugitivo
en Gachetá se hallaba, y se le asalta
por un Monroy, enviado por activo,
que en tales comisiones nunca falta.
Antes excede en ellas como altivo
que son delitos que el Congreso exalta:
un apóstata indigno se le asocia,
y su muerte bien presto se negocia.

Al pueblo de Guateque lo conducen,
donde dispuesto el español piadoso
en su semblante al comulgar relucen
los efectos que inspira el dón precioso.
Pero impresión alguna no producen
en Monroy ni el apóstata furioso,
que en consumar el crimen no vacilan,
y al punto por su tropa lo fusilan.

El Mensajero de Cartagena, que él había sido la causa de las desgracias de Venezuela y había llegado á Cartagena con todo el robo de sus latrocinios, hasta de los vasos sagrados; se le confiscase este caudal y habría con qué socorrer á los venezolanos. Una copia de esta contestación en que se expresan con horror las atrocidades de Bolívar, cayó en su poder y lo irritó demasiado. Pidió el original á D. Jerónimo Mendoza á quien se había dirigido, pero éste, lejos de entregarlo, lo devolvió inmediatamente al Dr. Torres, y aseguró á Bolívar que no existía tal documento en su poder. Con todo él trató de deshacerse del Cura por varios medios, que permitió Dios se frustrasen.

Ya del estrago la infeliz secuela
á embestirnos se acerca de tropel:
cuanto al hombre de bien lo desconsuela
se agolpa con el ímpetu más cruel.
Se aproxima el Congreso, que nivela
la rebelión con el fatal nivel
del terrorismo injusto y general
para hacer el trastorno más cabal.

Santa Fe sumergida en la opresión
nada puede en su angustia resolver,
pues libertad no tiene ni aun acción,
ni sabe lo que pueda suceder.
Se le oculta con doble sinrazón
lo que rápidamente se ha de hacer,
porque ignorando el golpe, su discurso
no prevenga á los suyos ni un recurso.

Cual caminante que en la noche obscura
perdido en la montaña en que se interna,
sin tino y enredado en la espesura
apenas mueve trémulo la pierna:
Y mientras más la reflexión apura
salida no es posible que discierna,
y sólo enormes riesgos le presenta,
que cada instante más lo desalienta.

Lo molestan jejenes y zancudos,
y entre el ruido de sapos y chicharras
oye silbos de sierpes muy agudos
y teme caer de tigres en las garras.
Sus bramidos percibe, y los menudos
bejucos que le forman mil amarras
cuelgan aquí y allí, y en ellos late
del alacrán maligno el acicate.

La brava hormiga prende sus tenazas
en su piel, y la mosca deja el nuche,
y de librarse no concibe trazas
del colmillo del zaino y del cafuche.
Sólo de muerte tristes amenazas
es preciso notar en cuanto escuche;

ni hay quien oiga su voz si pide ayuda,
y una fiera recela que le acuda. (1)

Del mismo modo Santa Fe concibo
puesta la hoz de la muerte á la garganta
de los que antes su seno en paz recibe
y colman ahora de tristeza tanta.
El tirano á su hueste infiel adscribe
la tropa veterana, pues quebranta
aun en esto lo que antes estipula
el que todos los pactos los anula.

Del *Auxiliar* los restos entresaca,
que á las tropas agrega de Urdaneta;
y con D. Pedro Núñez no se aplaca
cuando al fiero rival se lo sujeta.
Con tal refuerzo no quedó tan flaca
la División que manda á que cometa
los estragos en Cúcuta y Pamplona,
que en todos los lugares ocasiona.

Mas ni con esto llena los vacíos
que sus enormes pérdidas dejaron,
y reparar intenta con los bríos
que al fin en Santa Fe los completaron.
Porque corran de sangre nuevos ríos,
el arado en el campo arrebataron
á jóvenes robustos cuasi mil,
para que el uso aprendan del fusil.

Estos reclutas sin perder instante,
con exquisito esmero disciplinan,
que los destrozos lleven adelante
en la empresa que locos determinan.
Mas todo el grueso no sería bastante
sin las artes traidoras que maquinan,
para rendir al fin á Cartagena
de partidos discordes nada ajena.

Todos víctimas son para la muerte
con la nota de infamia destinadas,

(1) Todo esto se verifica en las montañas de tierra caliente. El *nuche* es un gusano peludo, que crece debajo de la piel, del huevo de una mosca que allí lo deposita. Los *saínos* son los violentos puercos que andan en manada, y los *cafuches* otros puercos monteses no menos fieros.

porque la fiera rebelión pervierte
del honor las carreras señaladas.
Aún recelaba Santa Fe la suerte
de personas que ya eran designadas
para la dura emigración, que ignora
ser de la muerte triste precursora.

Setenta pasaportes se van dando,
que ocho días de término conceden,
y cada cual su viaje va tratando,
para cumplirlos todos como pueden.
Con tal arte los van alucinando,
para que todos á la vista queden,
pues antes de cumplirse disponía
la perfidia prenderlos en un día.

A don Bernardo Pardo se le intima
que entre la muerte ó la deshonra escoja
de seguir al tirano, que él estima
como muerte más llena de congoja.
De tal afrenta quiere se le exima,
y á lo primero intrépido se arroja;
pero Bolívar piensa atormentarlo
y en la marcha dio la orden de matarlo.

Sus mismos oficiales se le oponen,
que del trato de Pardo ya prendados
con el altivo Jefe se interponen,
y la vida le salvan con enfados.
Desde Honda retrocede, donde ponen
en salvo algunos fieles sus cuidados,
después que ya Bolívar embarcado
más flexible á su tropa se ha logrado.

La perfidia en sus rumbos alevosa,
aunque ya sin disfraces cuasi gira,
procede con astucia cautelosa
en los torpes designios á que aspira.
Y en Santa Fe la gente recelosa
ni el aire con desahogo lo respira,
mientras lamenta duro cautiverio
bajo el Congreso y su fatal imperio.

CANTO SÉPTIMO

El orgullo insensato que se creía
seguro en el imperio que usurpaba,
los resultos funestos no preveía
que la infiel rebelión le preparaba.
De obediencia legítima se reía
el sistema infernal, que se burlaba
del debido homenaje y rendimiento
que prometido había con juramento.
De la persona Real y su dominio
cuando terco y altivo se substrae,
resuelve de contado el exterminio
de cuanto notas de realismo trae.
En la crueldad se busca el patrocinio
de todos los excesos en que cae,
y persiguiendo é insultando á España
piensa que de América la extraña.
Ya levantada la serviz altiva,
la monstruosa cabeza coronada,
ordenaba la pompa más festiva
para con ella celebrar su entrada.
De honores y homenajes no se esquiva
la autoridad que se tenía usurpada,
en calidad de intrusa y do tirana
la que es sólo suprema y soberana.
Mas los hijos de Hesperia cuyos bríos,
con asombro de todas las naciones
destrozaron ejércitos de impíos,
deshicieron horribles escuadrones.
Cuando de sangre aniegan en los ríos
del tirano de Europa las legiones,
no se atajan á vista del océano,
por vengar el ultraje al Soberano.
Afianzado en el trono más augusto
al centro de la unión á todos llama,
y el influjo de paz, como era justo,
sobre dos hemisferios lo derrama.

Pero el nombre de paz es muy adusto
para el fiero Congreso que proclama
la necia libertad por su divisa,
que á resistencia injusta lo precisa.
　　Ni percibir le agrada aun el lenguaje
de paz y sumisión, que no acomoda
á la elación que quiere el vasallaje
para sí, porque el justo la incomoda.
No conoce por fin que tal ultraje
al Monarca legítimo, y á toda
la nación generosa, sin tardanza,
mal pudiera quedarse sin venganza.
　　Ya en las playas de Cádiz se enarbola
el estandarte de la escuadra Real,
y en todas las banderas se tremola
de victoria y castigo la señal.
A la voz del Monarca, la española
división vencedora siempre leal,
se embarca por ganarse nuevo brillo
bajo el mando del ínclito Morillo.
　　Era el tiempo en que el rumbo que dirige
hacia la Costa Firme ya se emprende,
y el paso al anchuroso mar se exige
que hacer sobre sus olas se pretende.
El General triunfante que se rige
por la fiel obediencia á que propende,
con ella nuevos triunfos asegura
al esfuerzo español que los procura.
　　Entonces es cuando el Congreso aleve
una pompa triunfal se disponía,
y á todos altanero los conmueve
á que honren su altivez en este día.
Santa Fe, que á negarse no se atreve,
nada demuestra menos que alegría,
y su triste silencio bien explica
el terror que tan sólo le dedica.
　　Arcos triunfales mal aderezados
se hicieron con disgusto en la Alameda,

y cumplimientos fríos y forzados
honra son que se quiso que preceda.
Con sus arengas van los diputados
á la quinta de Rublas, donde queda
el Congreso esperando hasta el banquete,
que para todos tuvo el peor sainete.

El veintiuno de Enero, en la mañana
los honorables padres del Congreso,
que autoridad usurpan soberana,
á cargarnos vinieron con su peso.
Su Presidente, que en edad temprana
del honor se juzgaba en el exceso,
era el joven García de Rovira,
que á ser otro Temístocles aspira.

Las arengas escucha muy cortés,
comenzando Bolívar cual más digno,
que más su irreligión que su altivez
hizo notar en su discurso indigno.
Pues por borrar de España de una vez
la memoria, su espíritu maligno,
la religión sagrada y verdadera
extinguir en América quisiera.

Los demás diputados se retiran
y tal cual al banquete se convida,
que de mal ojo los masones miran
cuando cada uno por su turno envida.
De Santa Fe las gentes no respiran
sino tristeza que jamás se olvida,
para que alguno tenga ni el intento
siquiera de fingir algún contento.

En la tarde la entrada se dispone
con general repique y voladores,
y el séquito acompaña que compone
la parte principal de los traidores.
Mas al pueblo su pena lo indispone
de modo que á ni ser espectadores
se junta algún concurso, ni repite
el corto que hay un viva que se grite.

Al terminar el cántico *Alleluya*
en el sagrado oficio, que antes uno
temerario en sus plácemes incluía
porque á Bolívar vio sin riesgo alguno.
A este tiempo con ella se concluía
de su patria el consuelo, que ninguno
puede contar cuando el Congreso duro
viene á formar de su opresión el muro.

Al llegar á la plaza sobre él vino
una banda de negros gallinazos
que seguían al olor del mortecino
de la pompa triunfal funestos pasos:
Emblema del horror que bien convino
á delinear de su intención los trazos,
y observar los que ven sobre el palacio
parar las fieras aves largo espacio.

A dos días Bolívar se despide,
y á su partida el más funesto llanto
á todos celebrarla les impide;
del terror aliviados algún tanto.
Mas la perfidia que sus golpes mide,
por no frustrarlos con causar espanto,
á Carabaño deja que recoja
á los que incautos duermen sin congoja.

Los sencillos inválidos concurren
á la orden que los llama á los cuarteles,
en que fraudes algunos no discurren
y presos se les deja allí por fieles.
Al engaño más vil á que recurren
maldad añaden los mandones crueles,
poniendo todos alevoso esmero
en que no escape algún alabardero.

En el silencio de la noche van
españoles sacando de sus casas,
que descuidados del suceso están,
y sus familias de dolor no escasas.
Sólo un aljibe que ocultó á Terán,
al sumergirse le ofreció las trazas.

invocando á la Virgen de librarse
entre los hielos donde pudo ahogarse. (1)
El noble cura don Joaquín Pichó,
á pretexto de ampliar su pasaporte,
en una guardia de repente halló
la orden de que el término se acorte.
Detenido en la misma se dejó,
y ya sufría tan inicuo porte
Fr. Serafín Caudete, capuchino,
que arrebataron con igual destino.
Fr. Antonio Gutiérrez, franciscano,
de Popayán ilustre misionero,
por fiel recurso el venerable anciano
que Nariño había enviado prisionero:
Del convento agustino el inhumano
Carabaño conmuta cruel y fiero
las opresiones de su largo encierro,
por las injurias del atroz destierro.
En medio de la noche lo conduce
Lino Ramírez, joven atrevido,
y al franciscano claustro se introduce
con desacato el más descomedido.
A sacar religiosos se reduce
la entrada, que lo deja luégo herido
con un mal que resfrío, le parece,
pero mal de que nunca convalece.
El se hallaba lozano y bien robusto,
cuando á la puerta del convento toca,
y al entrar ya se siente con disgusto,
sin que refrene su osadía loca.
La dolencia se aumenta, y ve con susto
podrírsele la lengua entre la boca
y caerse la nariz de un modo extraño,
penando en sus dolores más de un año.
Mas él, en fin, extrae los religiosos
que el cruel Cabal de Popayán extraña,

(1) D. José María de Mier y Terán era de los vecinos á quienes habían dado pasaporte, cuyo término no estaba cumplido; y al registrar su casa invocó á Nuestra Señora del Carmen, y se sumergió en un aljibe, donde permaneció hasta que se retiraron los comisionados.

y eran al Congreso sospechosos
porque á ninguno su lealtad engaña.
González y Benito por celosos
por la Corona y por la fe de España,
también son á los otros agregados
para que sean con ellos deportados.

Eran, pues, los expulsos por Cabal
Fray Francisco Pugnet, un sabio amable,
Fray Baltasar Guirán, en todo igual,
y Fray Lucas Domingo, inalterable.
Y otros tres que la pena general
del injusto destierro irrevocable,
como fieles con ellos sufren ahora,
son Velasco, Racines y Zamora. (1)

El veinticuatro aciago amanecía
en que su luz esparce sentimientos,
donde ya indignación prevalecía
ya el dolor se explicaba con lamentos.
En todos la piedad se enardecía
al conocer los modos fraudulentos
que sin hacer siquiera distinción,
se veían en tan cruel deportación.

¡Los sacerdotes sin algún delito,
aun peor que delincuentes son tratados,
en medio de un ejército maldito
de criminales reos custodiados!
Por más que la impiedad esfuerce el grito,
¿quién abolió los límites sagrados
que á cada uno someten á su fuero
aun en el crimen cierto y verdadero?

Esto pensando estaba, cuando advierto
que un deliquio á mi espíritu transporta
á una región serena, en que el concierto
apacible que observo me conforta.

(1) El Padre Fray Antonio González y Fray Benito Fernández, con los Padres Fray Juan Antonio Gutiérrez, Fray Francisco Pugnet y Fray Serafín de Caudete, D. Pedro Bujanda y D. Joaquín Pichó, bajaron hasta Mompós. Los Padres Fray Baltasar Guirán, Fray Lucas Domingo, Fray Juan Bautista Zamora, Fray Fernando Racines y Fray Pedro Velasco quedaron en Honda, de donde los pasaron á Mariquita.

De un cielo alegre y claro vi cubierto
un suelo tan ameno, que se acorta
toda expresión que descubrirlo quiere,
aunque á decirlo voy como pudiere.

Igual por todas partes va elevando
hacia el medio insensible su eminencia,
donde una fuente veo derramando
sus cristalinas aguas sin violencia.
Por diversos canales va regando
con proporción la gran circunferencia,
en que la verde alfombra matizada
es de todas las flores adornada.

Cuantos géneros de árboles frutales
ó hermosos á la vista tiene el mundo,
repartidos en órdenes iguales
ofrecen un recreo sin segundo.
Las fragancias más gratas y especiales
del terreno en aromas más fecundo,
al aire lo perfuman, que se siente
al respirarse sano é inocente.

El temple sin molestia no percibe
alteración con que al sentido ofenda,
y nada que perturbe se concibe
por dondequiera que la vista extienda.
Ni es menor el placer que se recibe
del concierto que se oye, y recomienda
la variedad vistosa de las aves,
por sus plumajes y gorjeos suaves.

Un paraíso juzgaba tal delicia
que á lo menos suspende mi tristeza,
en donde nada el orden desperdicia
que al más dulce reposo le interesa.
La mansión de la paz y la justicia
concibo ser aquella que embelesa
con sus agrados por diversos modos
á mis potencias y sentidos todos.

No descubro animal allí nocivo,
ni el reptil ó la sierpe venenosa,

ni las fieras que dañan del cultivo
la ocupación más útil y gustosa.
Sólo hay mansas ovejas, que al activo
cuidado que las guía y no reposa
de los pastores, en sus prados comen
el pasto que las llevan á que tomen.

Ni se encuentra algún ave de rapiña,
que el agradable céfiro la ahuyenta,
ni algo se nota en la feraz campiña
en que gusto y provecho no se sienta.
Mas no se ve que su recinto ciña
un muro fuerte y alto, y si se intenta
las cercas derribar que lo resguardan,
¿qué destrozos en todo no se aguardan?

Y en efecto las bestias por defuera
con tesón y porfía forcejaban,
mas el daño que hacían dondequiera
los pastores al punto reparaban:
Y con la flecha y honda más certera
en el momento á todas ahuyentaban;
y muertas unas, otras mal heridas,
poco á poco se veían disminuídas.

Uno de ellos, dejando á los demás,
se viene á preguntarme muy cortés,
"si juzgo yo de subsistir capaz
sin su afán aquel campo alguna vez,
ó si al esfuerzo ciego y tan tenaz
de los brutos feroces, que tal es
contrario al orden, sin la piedra ó flecha,
que los mate ó los hiera se desecha.

"No, digo yo, antes considero
que el descuido de solos los pastores,
será origen funesto y verdadero
de arruinarse del orden los primores.
Pereciera, repite, todo esmero,
si los que somos hoy sus defensores
á las fieras abriésemos la entrada,
ó la guarda quedase abandonada.

"Si dijésemos que era tiranía
repelerlas, herirlas ó matarlas,
ó las mismas ovejas algún día
quisiesen que ellas vengan á guardarlas.
Trastorno general sucedería,
sin que nadie pudiese refrenarlas;
y entre sí combatiendo con furor
su propio estrago se lo harían mayor.

"En tal estado ya sería demencia
el orden pretender que se guardase,
pues donde sólo reina la violencia
no hay cosa con medida á que se tase.
Santa Fe proclamó la independencia,
nombre infausto que quiso disfrazarse,
los esfuerzos de aleves y ambiciosos
que la presa disputan cual furiosos.

"Pero es igual el fin y la intención,
que conmueve de varios los designios,
que es hacer general la rebelión
y usurpar al Rey justo sus dominios.
En los que hallan cualquier oposición,
como á reos decretan exterminios,
y unos con otros chocan los tiranos
para ser todos ellos soberanos.

"¿Qué ley, ni qué justicia en tal estado,
ó qué fuero imaginas que se guarde?
Conculcado el derecho más sagrado
á reclamar los otros es ya tarde.
Quien de ofender la religión osado
y la alta potestad haciendo alarde,
desprecia todo cuanto Dios ordena,
en todo exceso al fin se desenfrena.

"¿No ves la hermosa y rica Venezuela
de uno á otro extremo toda devastada,
donde antes nadie teme ni recela
que con sangre inocente sea regada?
Mas ella descontenta se rebela
con un falso sistema deslumbrada,

y allí la guerra á muerte le da frutos,
que la cubren de ruinas y de lutos.

"¿Mil discordias, facciones y partidos
no ves brotar allí, con que perecen
los que antes se miraban tan unidos,
que sólo el bien de todos apetecen?
¡Los hijos de los padres divididos,
los hermanos opuestos aparecen,
los amigos antiguos se separan,
y en destruírse unos á otros no reparan!

"¡El marido á la esposa la abandona,
no hay compasión, afecto ni ternura,
ni al ministerio santo se perdona
ó algún débil respeto lo asegura!
¡Ya de las ciencias nada se blasona,
ni adelantar las artes se procura
y al trato es ocasión inoportuna,
pues todos menoscaban su fortuna!

"¿No ves al Nuevo Reino tan florido,
tan descansado, fértil y abundante,
mientras la paz y sumisión han sido
el muro de sus bienes más constante?
¡Ahora estéril, llorando empobrecido,
al cultivo siquiera no es bastante
de sus campos, ganados y rebaños,
y sus fábricas sienten nuevos daños.

"¿Degollados no ves los inocentes,
bajo el pretexto de la injusta guerra
que ejercitan los hombres delincuentes,
que empuñan la hoz que á la virtud destierra?
¡Todas son consecuencias bien patentes
que el plan atroz de rebelión encierra,
en que son los ladrones y homicidas
de las haciendas dueños y las vidas.

"Mientras subsista el criminal sistema,
que desconoce el régimen paterno
del Monarca legítimo y no tema
ofenderse al respeto justo y tierno:

La injusticia en la guerra será extrema;
pues no hay paz sin legítimo gobierno,
y todo el orden sin la paz se vicia,
ni la paz reinará sin la justicia.
"¿ Y cuándo el día llegará dichoso,
replico yo, que vuelvan á reinar
la justicia y la paz, y que el destrozo
que lloramos se pueda remediar ?"
Me interrumpe la voz un gran sollozo,
y entonces oigo el campo resonar
con deliciosa música y canciones
que al Eterno entonaban bendiciones.

Por todas partes vi que aparecían
niños, niñas, jòvenes, doncellas;
varones y matronas concurrían,
y ancianos de presencias las más bellas.
Ceñidas las cabezas descubrían
con coronas de olivo en todas ellas,
y tañendo diversos instrumentos
cantaban con suavísimos acentos.
Los niños muchas flores recogiendo
á una senda venían espaciosa,
sobre la cual las iban esparciendo
dejándola cubierta y olorosa.
El piso de este modo previniendo,
una carroza de marfil preciosa
venir se ve tirada de elefantes
con los jaeces de telas muy brillantes.
Vienen dos hermosísimas matronas,
la primera vestida de encarnado,
la segunda de blanco y con coronas,
que la primera es de oro aquilatado.
La otra de perlas y oro, y sus personas
sus adornos é insignias me han mostrado
ser la Justicia y Paz, á que se brinda
el obsequio que es justo se les rinda.
En medio puesto un grande medallón
sobre dos firmes globos lo sostienen,

que abraza por detrás un bravo león
á cuyos lados una y otra vienen.
El retrato me llama la atención
del centro de aquel óvalo, en que tienen
del séptimo Fernando tan augusto
representado y esmaltado el busto.

Las canciones y música suspende
sola una seña que silencio intima,
y la Paz hacia mí la vista extiende
y á que me acerque con la voz me anima.
"Tu patria (dice) ilusa no comprende
una verdad que es justo-que se imprima
en el bronce y el mármol, y conserve
la instrucción que de ruinas la preserve.

"El hombre libre capaz de dirección
no el apetito ciego que lo agita,
sin regla lo conduce á dirección
á todas las acciones que ejercita.
La sociedad exige sumisión
á la ley, en que siempre necesita
del Gobierno á que debe la obediencia,
el amor, el respeto y reverencia.

"La libertad que goza lo precisa
á elegir por sí lo útil y lo honesto,
pues el divino oráculo le avisa
del precepto inmutable que le ha puesto. (1)
De utilidad ni aun propia trae divisa
todo lo que es á la virtud opuesto,
y el hombre por su parte nunca debe
turbar el orden como infiel y aleve.

"Dios á todos reparte aquel destino
que en el cuerpo político conviene,
y á cada uno del prójimo previno
cuidar en todo lo que á cargo tiene. (2)
Mas un Jefe supremo haber convino
que á todos en el orden los mantiene, (3)

(1) Adjecit mandata et praecepta sua. Eccl. 15, v. 15.

(2) Et mandavit illis inicuique de proximo suo. Eccl. 17.

(3) In unamquamque gentem praeposuit rectorem. Eccl., v. 14.

y el que rebelde su obediencia rompe
el derecho de todos lo corrompe.

"Este vínculo sólo desligado
(prosigue la Justicia enardecida)
deja el orden disuelto y dislocado
y á la Patria en horrores sumergida.
Todos estos los causa quien osado
y traidor á su Patria, la debida
sumisión y obediencia al soberano,
sacrílego trastorna con su mano.

"Pues todos los delitos consiguientes
que de la infame rebelión proceden,
perjurios, robos, muertes de inocentes,
que impunes nunca es justo que se queden.
Los causan los primeros delincuentes,
que atropellando el orden cuando pueden,
la autoridad usurpan con tal furia
que aun á la santa religión injuria.

"Porque jamás la religión permite
que la injusticia y rebelión se apruebe,
y contra ella es forzoso se concite
el furor que al rebelde lo conmueve.
Aunque más disfrazarse solicite
el error que se indica, quien promueve
ó quien sigue cualquiera rebelión,
es traidor á su Patria y religión.

"¿Y éstos son los aleves y perjuros
que patriotas se atreven á llamar,
cuando el Rey y la Patria son dos muros
que jamás puede nadie separar?
Bajo el dominio real patriotas puros
forma el amor y el orden regular,
que si alguno pervierte contra el Rey
traición hace á la Patria y á la ley.

"Ya lo has visto en tu Patria desdichada,
que multiplica tánto sus tiranos,
á la triste miseria encadenada
que eluden su opresión como livianos.

De todos sus derechos despojada,
á sus hijos los nombran ciudadanos
cuando el título pierden, y de esclavos
la condición les dan y menoscabos.
"Libres serán ellos en llegando
de la justicia real el fuerte brazo,
que soberbios impíos humillando
del fraude y la violencia rompa el lazo.
Y el carro de los triunfos de Fernando
recoja de la paz en el regazo
á los pueblos sencillos, que el peor crimen
sumerge en el error en que ahora gimen."
La carroza triunfante sigue el curso
que en un remoto alcázar se termina,
y á sus lados danzando el gran concurso
que con alas parece que camina.
Entretanto suspende mi discurso
una suave canción que vaticina
el origen, progreso y fin de todo,
y un pastor entonaba de este modo:
"El silencio más triste
á los campos de paz melancoliza.
El más terrible estruendo
luégo los turba, y lánguida agoniza
la alegría en el mundo, que se viste
todo de horror: y van enmudeciendo
cuantos himnos festivos resonaban.
Las voces que entonaban
en risueñas canciones
de la paz y la unión
las dulces bendiciones,
al hombre, que en feliz asociación
gozaba las delicias inocentes
del casto amor, de la amistad sencilla,
del apacible trato de las gentes:
Todo ha callado ya; ya la semilla
que estos graciosos frutos producía
ha faltado en el día,

y sólo el ruido pavoroso suena
con que la guerra á todos encadena.
"La discordia envidiosa
quiere hacerse del mundo soberana,
y barnizada de oro
deja que ruede su infeliz manzana,
mientras vestida con la gala hermosa
de independencia viene con decoro
de soberana á ser reconocida. (1)
Al momento convida
á todos á la guerra
y excusa no se admite,
porque toda la tierra
ya la obedece: toda ya compite
sólo en destruírse: ya la agricultura
el sosegado estudio de las ciencias,
y el comercio no se honran, ni procura
la soberana ruin sus conveniencias,
que como á todos trata de acabarlos
gusta de esclavizarlos,
porque arrastrando todos su cadena
se maten unos á otros. ¡Dura pena!
"Esta es la voz y el ruido
de tumultos, cadenas y prisiones,
que se oye con más susto
cuando entonando horrísonas canciones
de guerra, se percibe el alarido
del dolor y las ruinas, que con gusto
de lauros y conquistas se recibe.
Y ninguno concibe
el justo sentimiento
del huérfano y la viuda
que elevan su lamento,

(1) El abuso que se ha hecho, como de todas las cosas del nombre de Independencia, ha sido uno de los medios para alucinar á muchos; que no han sabido conocer que las posesiones españolas de América siempre han sido ventajosamente independientes unidas á toda la nación, con quien han formado un solo cuerpo en igualdad de derechos: y que pretender separarse y ser independientes de este cuerpo y su legítima cabeza, es un crimen y un error que las hace perder su verdadera independencia.

y toda fiesta se les hace ruda,
cuando perece al golpe de la espada,
ó á la explosión violenta de las balas
la prenda más amada.
Y entretanto vestidos con más galas
los hombres carniceros que destruyen
al mundo, se atribuyen
un heroísmo que lleva la cadena
que á todo pueblo de opresiones llena.
"Mas ella lisonjea
con libertad á todos. ¡Qué mentira!
¡Qué falsa estratagema!
Disimulaba así su mortal ira
la discordia, porque haya quien se crea
de su disfraz funesto quien no tema
ese dominio que lo arruina todo.
Y ya vemos el modo
con que nada consiente
de cuanto hubo arreglado
que quede subsistente,
pues á todo lo tiene trastornado.
Y si alguno se atreve á reclamar,
como á traidor lo infama y lo castiga.
Que nadie hable sino es para adular
es ley horrenda con que á todos liga,
y ni perdona si insidioso insulto
al sacrosanto culto,
que al disimulo el perseguirlo ordena,
y hasta contra él extiende la cadena.
"La verdad enmudece,
y su lenguaje es torpe y fastidioso
donde triunfa el engaño,
el perjurio es impune, el fraude airoso,
donde la vil calumnia prevalece,
donde el candor se mira como extraño,
donde no se disfraza la malicia.
La voz de la justicia,
si la razón la esfuerza,

es una voz que irrita;
y entonces es la fuerza
la que decide, la que clama y grita.
Así es vano ya todo raciocinio,
en que el mejor discurso se desvela,
que si ya la razón perdió el dominio,
se la burla con una *bagatela.* (1)
Y esta es la falsa libertad que ha dado
aun en lo más sagrado
la discordia infeliz que toda pena
al mundo le ha cargado en su cadena.
"Mas si al fin la concordia,
la justicia y la paz se restablecen,
y al imperio más justo
del Monarca legítimo le ofrecen
fenecida la guerra y la discordia:
El Nuevo Reino entonará con gusto
cantares de alabanza á Dios eterno.
Bajo el suave gobierno
y al amparo del trono
la libertad preciosa
nos cubre con su abono,
en el orden social en que reposa.
Y sus bienes en paz el ciudadano
los disfruta sin susto y sin zozobra,
y el que antes sólo fue renombre vano
bajo el dominio Real su sér recobra:
Y el hombre libre entonces se conoce
al entrar en el goce
del orden que establece la justicia,
y de la paz conserva la delicia.
"Las ciudades florecen,
y el pueblo en ellas mismas floreciente
de toda paz gozando,

(1) Uno de los papeles más procaces y perniciosos era este que se imprimía en Santa Fe con título de *La Bagatela*, atribuído á Nariño, cuando se escribió esta canción titulada *La Cadena de la Discordia*, sobre estas palabras del cap. 25, v. 37 de Jeremías: *Conticuerunt arva pacis a facie irae furoris Domini*; las que circularon manuscritas entre algunos realistas, y ahora se ponen con la adición que sigue en este lugar.

en sus tareas halla el aliciente
que al sosiego que todos apetecen
los convoca, y al nombre de Fernando
la gratitud se rinde más festiva.
Pues nadie ya los priva
de habitar en su suelo,
ni á esclavos los reduce
de libertad con velo,
ni á la guerra por fuerza los conduce.
Ni menos que dispongan les impide
de su trabajo, industria y posesiones;
pues dueño cada cual de sus acciones
la injusta sola dispondrá á la pena
que por la ley se ordena,
y al que detesta el dolo y la malicia
en la paz lo proteje la justicia."

A un tiempo cesa la canción gustosa
y la visión fenece y se concluye,
que á mi aflicción tenaz y congojosa
ha consolado al paso que me instruye.
En Santa Fe no veo ya otra cosa
que el mísero recinto en que se incluye
la opresión y violencia verdadera,
y el agravio de aquél que la tolera.

Cual erupción de fuego que despide
el horrible volcán, y que arrebata
en la lava encendida cuanto impide
el ímpetu infernal que se desata;
Y á cauces la corriente no se mide
hasta cesar la acción con que dilata
el fuego, materiales que disuelven
lo que con ellos en su curso envuelven.

Así sale Bolívar, despedido
con su ejército atroz por el Congreso,
que el camino parece le ha medido
para que en él cometa todo exceso.
Este torrente, pues, salió impelido,
no del ciego furor en el acceso,

sino del plan desolador que exhala
el sistema de horrores que propala.
El esforzado y sabio capuchino
Fray Serafín Caudete, que no ignora
que á Santa Fe le queda igual destino
bajo el Congreso cruel que en ella mora.
De este modo á la gente reconvino
que al sacarlos piadosa ve que llora:
"No lloréis nuestra suerte, pues la vuestra
más prolongada su desdicha muestra."

En medio de las turbas de ladrones,
entre asesinos fieros (¡qué tormento!)
los inocentes llenos de baldones
agonizan momento por momento.
Los sacerdotes sufren sinrazones
del bandido grosero y desatento,
cuya conducta lúbrica é impía
no conoce jamás la cortesía.
A la villa de Guaduas van llegando,
donde ya los designios criminales
á ser teatro la estaban preparando
que abriese de la escena las señales.
Desde aquí los horrores comenzando
descubrían á los hombres más brutales,
que su rumbo querían se señalase
con la crueldad mayor aun en su clase.
De Santa Fe un soldado que rendido
al cansancio no pudo proseguir,
ó por enfermo, débil ó afligido
el suplicio ha tenido que sufrir.
Parece que Bolívar ha querido
que uno solo no escape de morir,
de cuantos siguen su infernal bandera
con la especie de muerte que él espera.
A Fray Rafael de Zerna, franciscano,
ilustre por su ciencia y por su celo,
por su lealtad constante al soberano
aun repelido de su patrio suelo:

Quien honrarlo debiera, creyó ufano
que de su envidia saciaría el anhelo,
siendo tan fácil, si al tirano instiga,
á que también lo aflija y lo persiga.

Era el padre en Antoquia fundador,
y el tirano Corral de allí lo expele,
mas de repente muere, y con rigor
quiso Dios castigarlo como suele.
La expulsión realizó su sucesor,
y Santa Fe, su patria, lo repele
de su anterior gobierno contra estilo,
y el convento de Guaduas le dio asilo.

Aquí la envidia, que jamás respeta
ni á la virtud aislada en el retiro,
á la furia lo expone más inquieta,
de su conducta denunciando el giro.
El tirano la muerte le decreta,
y el delator halló perdido el tiro,
que nunca pretendió tan avanzado
y á él hubiera sin duda lastimado.

Con súplicas él mismo se interpone
que al tirano dejaron indeciso,
y el intento se logra que abandone,
pues atender al ruego fue preciso.
La Providencia santa lo dispone,
que hasta la muerte no alargó el permiso
del testigo que siempre los instruye
en la lealtad con que al rebelde arguye.

A un bizarro Sargento que proscribe
desde Tunja el Congreso, aquí asesina
su verdugo, que la orden que recibe
á tan infame oficio lo destina.
Armas era el Sargento que concibe
tan valiente el Congreso, que maquina
darle muerte por leal al Soberano,
con Infiesta, Martínez y Arellano. (1)

(1) Leandro Armas, antiguo Sargento de caballería.

Armas era esforzado y religioso,
y se dispuso como buen realista
para morir cristiano y valeroso,
sin que jamás de la lealtad desista.
Arellano, aunque herido, cauteloso
permite Dios se aculte, y que subsista
por el fino valor con que lo auxilia
Doña Narcisa Nieto y su familia.

Con tal arte en su casa lo sepulta,
que aunque después fue presa y oprimida,
registrada la casa queda oculta
la traza al escondite prevenida:
Y de modo á encubrirlo se consulta,
que la malicia se quedó advertida,
que en la lealtad heroica Dios previene
auxilio al que lealtad constante tiene.

Mas si morir conviene será gloria
para el cristiano fiel, que su homenaje
al Monarca conserva por notoria
religión á que hacer no quiere ultraje:
Y con la muerte ilustra su memoria
por el honor que adquiere, y es el gaje
de la virtud amable á que venera
la verdad y justicia dondequiera.

Tál de los otros se verá la suerte,
que al paso que á sus nombres esclarece,
sobre el Congreso y su asesino vierte
la infamia que á los tales envilece.
A elegir entre el crimen ó la muerte
no hay lugar, porque siempre prevalece
la virtud, que la muerte hará preciosa
al que á la sombra de la fe reposa.

CANTO OCTAVO

Si lágrimas de sangre ministraran
á mi pluma la tinta, escribiría
como debo los hechos que turbaran
del Parnaso la suave sinfonía.

Las Musas sus vihuelas destemplaran
y Melpómene sola cantaría
con un tono tan lánguido y remiso,
que el duelo en las demás sería preciso.
  Las escenas de horror que comenzaron
desde Guaduas tan rápidas prosiguen,
que con sangre la senda señalaron
por donde aleves asesinos siguen.
Tras el jefe inhumano caminaron
como arpías, que quiere que no abriguen
ni un indicio que diga que se sacia
cuando á todos consuma la desgracia.
  Los inocentes presos caminaban
custodiados de tales conductores,
y aunque la muerte todos esperaban
no hay señal que acelere sus temores.
Las órdenes inicuas ignoraban
de los términos duros, que son peores,
cuando la muerte sufre algún mortal
destituído de auxilio espiritual.
  Bolívar, añadiendo á su crueldad
la más brutal y torpe indiferencia,
entonces manifiesta su impiedad
con los que oprime tan atroz violencia.
Hombres eran los más en realidad
de que en todo sentido la inocencia
recelo no pusiera al más tirano
por su lealtad y amor al Soberano.
  Por inválidos, pobres, achacosos,
sin arbitrios, recursos, ni osadía,
sin conexión de amigos poderosos,
su existencia ninguno temería.
Trillo y Márquez tenían envidiosos,
y los González, mas á éstos pretendía
prolongarles la vida en las prisiones
y acabarlos á fuerza de opresiones. (1)

(1) D. José Trillo, D. José María Márquez, D. Primo González y D. Tirso González, gimieron en las cárceles de Honda, de donde al fin del año fueron conducidos á Popayán, á donde fueron arrojados otros de Santa Fe, para echarlos á todos fuera del Reino de orden del Congreso.

Tales eran los presos desdichados,
cuya sangre se quiso que tiñese
los rastros, que quedasen señalados
con cuanto exceso en el horror cupiese.
Al seguir su camino descuidados,
les fue mandado que cada uno diese
del dinero que lleva, fiel noticia,
por evitar lo robe la codicia.

Así burlan los crueles asesinos
la suerte desgraciada de inocentes,
que saben no merecen los destinos
ni lugar que les dan de delincuentes.
Mas los designios viles y mezquinos
de sus genios se hicieron bien patentes,
pues tanto la crueldad los embrutece,
que ninguna aflicción los enternece.

Uno de aquellos fieros oficiales
el registro en los presos puntualiza
de interés por su suerte con señales
tan falaces, que á nadie atemoriza.
Ellos dan las razones más puntuales,
y de la entrega á todos indemniza,
aunque todas las sumas las apunta
que por saberlas, dice, las pregunta.

En sus labios tan sola la mentira
de los malvados esperanza infiel
libre resuena y alevosa gira
como escudo que toman ó broquel: (1)
Y su semblante tan falaz se mira,
que ni el astuto tigre fue tan cruel
al blandearse acercándose á la presa,
que asegura mejor con la sorpresa.

Pero á vosotros, ángeles, yo imploro,
que la Verdad eterna contempláis,
en que de luz y ciencia el gran tesoro
para darnos socorro, siempre halláis.
¡Tutelares sagrados que el decoro

(1) Posuimus mendacium spem nostram et mendacio protecti sumus. Isai., 28, v. 15.

de la verdad en todo procuráis,
para que el hombre en todas sus acciones
arregle á la verdad sus intenciones!

¡Custodios de los leales prisioneros,
que conduce enemigo fraudulento,
entre tropas de infames embusteros
que preparan el golpe más violento!
¡Asistid á españoles verdaderos,
cuando se acerca el crítico momento
de sellar con su sangre la inocencia,
de que tántos tuvieron la experiencia.

Ya se descubre el grande Magdalena,
y á embarcarse en sus aguas se aproximan,
donde injurias y afanes de su pena
su constancia parece no lastiman;
Pues la sentencia cruel que los condena
los fieles que la sufren siempre estiman
del honor y lealtad por estipendio
y del gobierno intruso vilipendio.

De repente á unos cinco se acomete
que caminan atrás sin que preceda
prevención, y cada uno se somete
á disponer el alma como pueda.
El descuido que llevan les promete
seguridad tan falsa, que se queda
la ruin atrocidad allí encubierta,
sin que adelante hubiese quien lo advierta.

Allí la infiel cuchilla silenciosa
hiere, corta, penetra, despedaza,
y la perfidia fiera y alevosa
ni en el eco descubre la amenaza.
Hacia adelante corre presurosa
y la traición de nuevo les disfraza,
porque sin ella tan atroz no fuera
la muerte como el bárbaro quisiera.

A otros trece que alcanza los detiene,
los forma en línea y manda se le entregue
toda la suma que anotada tiene,
pues á este fin mandó se les congregue.

Cumplen todos según se les previene,
sin que uno solo á la orden se deniegue,
y el aleve recibe y va contando
lo que cada infeliz le va entregando.
Pero luégo que á todos los despoja
la carnicera tropa, se apresura
y cual manada hambrienta así se arroja
sobre las vidas que agotar procura.
Tan repentina quieren que les coja
la muerte fiera, que cada uno apura
su atroz destreza repitiendo heridas,
para acabar más presto aquellas vidas.
Mas ni con esto la crueldad se sacia
y reconoce si ha escapado alguno:
aquí y allí registran, y se espacia
á recorrer los muertos uno á uno.
A la vista fatal de la desgracia
ningún recurso se juzgó oportuno,
pues uno que se arroja al Magdalena
en sus aguas padece doble pena.
Una bala lo hiere y ya no pudo
escaparse nadando, pues perece, (1)
y sólo se salvó Manuel Agudo,
que cerca estaba de los otros trece.
Al verlos destrozar, "á voz acudo
(dice) ¡oh Madre! que á todos favorece,
Virgen María, sed mi protectora,
pues de todo lo creado sois Señora." (2)

(1) Este fue Manuel Ballesteros. Los muertos fueron: Calixto Miguel, Narciso Serra, Josef Valero, Joaquín el portugués, D. Juan Josef Rubio, Sebastián Ramos, Antonio Gómez, Ramón Hernández, D. Jerónimo Encinas, D. Francisco Maruela, cabo retirado y mayordomo del hospicio de mujeres; D. Fernando Alvarez, que fue soldado distinguido del regimiento de la Corona y era de grande habilidad en el dibujo; Pablo Maldonado, Manuel Martínez, Salado, Rodríguez, Tejas y un Polo, que tal vez fue el de apellido Rojas, de que se hace mención en el canto tercero. El cura de Sasaima, D. Joaquín Picho, que era uno de los sacerdotes deportados, logró que se le permitiese confesarlos antes de salir de Guaduas, conociendo el peligro á que iban expuestos; y ellos se aprovecharon del día en que allí los detuvieron para lograr este consuelo y disponerse para morir anticipadamente, pues al tiempo de la agresión á ninguno se le dio lugar para ello.

(2) Este vino inmediatamente á Santa Fe, donde subsiste desde entonces, y se mantuvo sin ser molestado mientras duró el trastorno. Era del número de los soldados alabarderos.

La invoca por su imagen de La Peña
En Santa Fe tan célebre Santuario, (1)
y emboscado al momento entre la breña
reconoce el favor extraordinario.
En trepar un peñasco ya se empeña,
porque alejarse juzga necesario.
Fácilmente lo logra, pero admira
á quien la cima ocupa y esto mira.

Era un pobre trapiche á que se acoge
que una honrada familia lo maneja,
y en su seno amorosa lo recoge
y del peligro cuanto puede aleja.
Entre ellos no es seguro que se aloje,
mas lo conducen con disfraz que deja
en el traje de burdo calentano,
burladas las espías del tirano.

Mientras la fuga peligrosa emprende
confiado Agudo en el mejor amparo,
no es ya ciego furor el que propende
á un exceso de horrores el más raro.
Es la fría crueldad que más ofende
á toda humanidad, tan sin reparo,
que ni un asomo de piedad conoce
que con respetos al deber se roce.

Desnudos los cadáveres expone
á la vista en los árboles atados,
y en el camino público dispone
dejarlos insepultos y afrentados.
La impiedad su espectáculo propone
cuando los miembros brinda ensangrentados,
para pasto á las aves carniceras
ó al diente hambriento de las bestias fieras.

Con el terror que á todos los envuelve
y las penas atroces que se intiman,

(1) Sobre la falda de Guadalupe queda esta ermita con las hermosísimas imágenes de Nuestra Señora con el niño en los brazos, el Patriarca Señor San Josef y un Angel con una custodia en la mano, todo de piedra. Se dice haberse hallado estas imágenes que después pulió y barnizó el célebre escultor D. Antonio Laborí.

á sepultarlos nadie se resuelve,
aunque todos al verlos se lastiman.
Hasta que al fin la corrupción disuelve
los despojos que restan, no se animan
los pasajeros de mayor ternura
á darles ni profana sepultura.

Pero el Señor, que cuida de la suerte
del hombre fiel, al tiempo que permite
sus desgracias, hará que tan cruel muerte
á la vida mortal se las limite.
Del fin cercano á todos les advierte
y en el peligro es justo solicite
cada uno disponerse á la partida
en que interesa sempiterna vida.

Don Francisco Mazuela fue el primero
que en Santa Fe previno, en el momento
en que fue detenido prisionero
con orden muy puntual su testamento.
Una lámina, objeto de su esmero,
que de la gracia expresa el gran portento,
guarnecida de plata aquilatada,
á sus exequias deja consignada.

Para memoria pía de su afecto
á la Virgen de gracia siempre llena
la lámina se aplica con afecto
á puerta de un sagrario que se estrena.
Aquí logra el destino más perfecto
que al sacrosanto del amor se ordena,
y el recuerdo más grato perpetúa,
que devoción á todos insinúa. (1)

A Santa Fe llegó la triste nueva
á dos días después que se ejecuta
la horrible atrocidad, con que renueva
el motivo á la pena que la enluta.
Pero si no hay quien á clamar se atreva
la lealtad en los riesgos no se inmuta,

(1) Esta lámina es la que sirve de puerta al depósito que se hizo para el altar de San Antonio de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Las Nieves, donde se halla.

que á la virtud le sirven de contraste
y no hay pavor que á disminuirla baste.
Ya Bolívar en Honda recibido
por León Armero, con placer dispone
al furor que hasta entonces no ha podido
la venganza efectuar que se propone.
De Infiesta y de Martínez resentido
Armero estaba, pero él no los pone
en el peligro á que otros los destinan,
que su exterminio en Santa Fe maquinan.
En las cárceles de Honda ya gemían
con don Primo y don Tirso de González
y con Márquez y Trillo que tenían
el mayor enemigo en sus caudales.
Cargazones de ropas les venían
que á miles ascendían de principales,
y el tirano confisca y las subasta,
pues á su ruin codicia nada basta.
Cuanto dinero alcanza á descubrir
tanto arrebata su insaciable mano,
y León Armero tuvo que sufrir
una parte en el robo del tirano.
Ni le bastó al Congreso recurrir
cuyo era tal depósito que en vano
se le manda no entregue, pues le dice
que no á la fuerza la orden contradice.
Veinte mil pesos eran que el producto
de continuas rapiñas y exacciones
como porción del venenoso fruto
para armas destinaban los ladrones.
Para vestir al reino de más luto
anticipaban estas prevenciones,
que al efecto deseado no les surte,
porque hay ladrón que á los ladrones hurte. (1)

(1) El Nuevo Reino, tan rico en minerales y tan copioso en todo género de producciones útiles, apenas comenzaba á tomar un principio de energía y actividad cuando la funesta rebelión atajó todo su progreso y lo dejó más empobrecido y miserable. Sola la capital después de cuatro años de entorpecimiento y multiplicadas exacciones perdió más de medio millón en el saqueo de Santa Bárbara el 11 de Diciembre de 1814. Igual cantidad llevó Bolívar,

Bolívar entre lúbricos festejos,
donde reina el desorden y embriaguez,
de su crueldad formaba los consejos
sin consultar proceso alguna vez.
Como toda justicia estaba lejos
del asesino á quien erigen juez
los que cómplices son de sus delitos,
no demandan que observe requisitos.
¿Y los hombres de bien, los inocentes,
por tales homicidas sojuzgados,
la pena capital de delincuentes
van á sufrir por fieles, por honrados?
¡Los efectos se ven aquí patentes
de los derechos todos trastornados,
donde sin regla ó ley á qué apelar
sólo el desorden se verá triunfar!
Don Ramón de la Infiesta y de Valdés
era asturiano noble y de talento,
su valor no igualó á su intrepidez
ni cubrió la cautela su ardimiento.
Lo expuso su lealtad más de una vez
al arrojado y peligroso intento
de contrastar la osada rebelión
con fuerza débil para tal acción.
Don Gregorio Martínez de Portillo,
madrileño de ingenio cultivado,
con solidez y esmero, cuyo brillo
le dio destino en tiempo tan turbado.
Su carácter pacífico y sencillo
lo admitió, porque creía como honrado
de lealtad las protestas que interpuso
en sus principios el gobierno intruso.
Mas como él le sirvió de Secretario,
la perfidia notó del plan funesto,
y del curso tortuoso y siempre vario
del sistema doloso quedó impuesto.

---

dinero, sin lo que importó el vestuario de sus tropas y lo que robó al comercio en Honda, y con todo este robo se embarcó cuando se largó huyendo del ejército expedicionario.

Cuando llega el arrojo temerario
que el sello á la traición le deja puesto,
con Infiesta se junta y se fugaron,
pero en Honda á los dos los apresaron.

Desde allí á Santa Fe se les conduce
y deja confinados un proceso
que á prisión dilatada los reduce,
mientras lento siguieron su progreso.
Su constancia enemigos les produce,
siendo el peor entre todos, el Congreso,
que á muerte desde Tunja los condena,
y el reo al inocente da la pena.

Al infame asesino le anticipan
las víctimas ilustres á que agrega
otros cuatro, que en Honda participan
del triunfo á que el tirano los congrega.
La lealtad que los une no disipan
ni en la muerte por fin se les segrega
del honor que á su fama inmortaliza,
y de toda calumnia la indemniza.

Del lecho en que yacía en el hospital
uno de éstos enfermo, arrebatado
á la cárcel, destino más fatal
con los presos ilustres se le ha dado.
No respeta el tirano criminal
ni á la vida agobiada, en el estado
que recelo y sospecha nunca ofrece,
y el pecho noble siempre compadece.

¡Día funesto, aciago y melancólico,
en que tántos delitos se acumulan,
que á la piedad ofenden del católico,
y á llorar sin consuelo lo estimulan!
¡Que al ministerio santo y apostólico
el sacro fuero sin temor anulan,
y un sacerdote, misionero y cura
de muerte sufre la sentencia dura!

Al horror lo insensible se conmueve,
y la naturaleza misma llora

el día de que abusa mano aleve,
injuriando sacrílega su aurora.
En su disco la luz y el sol embebe,
y á la luna con ella no la dora;
una y otra lumbrera ensangrentada
al ponerse sobre Honda fue observada. (1)

Indicios que anunciaron la tragedia
que estos días allí se ejecutaba,
y el sobresalto á Santa Fe lo asedia
por las tristes noticias que esperaba.
Un rápido intervalo sólo media
hasta el eco fatal que le anunciaba
repetidas las lúgubres escenas,
que de sangre tiñeron sus cadenas.

¡Consternación terrible! ¡Quién pudiera
evitar tu memoria, y en olvido
sepultar un suceso, que quisiera
que ni en ficción se hubiese referido!
No es cosa extraña en rebelión tan fiera
que asesine á los leales que han tenido
virtud y honor en conservarse fieles,
pero hay en la ira excesos menos crueles.

Es propia la crueldad de los tiranos,
y de infames matar á sangre fría,
pero, ¿á quién los destrozos inhumanos
y su sangriento horror le complacía?
¿Quién regocijos inventó livianos
sobre la sangre humana que vertía?
¡Sólo Bolívar que excedió sin juicio,
de Moloc al impuro sacrificio!

Allí trompas y estruendo de timbales
sofocaban los ayes de inocentes
que pudieran á pechos criminales
conmover, á no ser tan delincuentes.

(1) Honda queda al Poniente de Santa Fe, y en los días 29 y 30 de Enero aparecieron el sol y la luna de color sangriento, en su ocaso, pudiéndose observar, por estar el tiempo claro y sereno, y no ofender el sol la vista con la vibración de sus rayos por la sombra que tenía interpuesta. El 30 fue el día de los asesinatos.

Y aquí suspenden músicas marciales,
por hacer los horrores más patentes,
y sustituyen bailes y vihuelas,
risotadas y alegres cantinelas.
Aquí el traidor aleve se desnuda
de toda honra y de toda humanidad,
ni el pundonor á contener lo ayuda,
ni algún respeto tiene á la piedad.
La ternura menor jamás anuda
en sus lazos tan torpe liviandad,
y á tan horribles monstruos les ofende
la misma religión que los reprende.
Pero esta religión sagrado asilo
del cristiano, en sus penas lo consuela,
y á los fieles sostiene cuando el hilo
de su vida cortar el cruel anhela.
Cada uno con espíritu tranquilo
en prepararse sólo se desvela,
para morir como hombre religioso,
y adquirir en la muerte su reposo.
Ya Martínez é Infiesta así dispuestos,
Fernández, Calvo Gómez y Serrano,
Bernal y Zapatero tienen puestos
sus deseos en bien tan soberano. (1)
Con Fray Pedro Corella más molestos
son los enconos del atroz tirano,
que el carácter más firme y más entero
odiaba en este digno misionero.
En su misión primero acometido
cinco balas le hieren sin rendirlo,
aunque en el Zulia luégo sumergido
el agresor de nuevo vuelve á herirlo.
Aunque tarde en el río socorrido,
su curso emprende con valor seguirlo,
y á Maracaibo arriba con presteza
el hombre herido y rota la cabeza.

(1) D. Bartolomé Fernández, guarda mayor de rentas, D. Juan Calvo, D. Francisco Serrano, D. Joaquín Gómez, D. José Zapatero y D. Emeterio Bernal; los dos últimos traídos de Tunja con el Padre Corella, fueron los asesinados con Infiesta y Martínez.

Sin extraerle las balas se le cura
y se vuelve á su amada reducción
que de riesgos juzgaba ya segura
cuando el tiempo le ofrece la sazón.
Mas Cúcuta invadido ya no dura
la quietud, y la osada rebelión
con sacrilegios el delito sella
asaltando al pacífico Corella. (1)

De su pueblo le sacan prisionero,
escoltado y tratado como reo:
desde Cúcuta á Tunja el misionero
el carácter demuestra de su empleo.
Más de cien leguas cuenta el derrotero
que recorrer impávido le veo,
entre ultrajes ó insultos á millones,
soportando el rigor de sus prisiones.

Viene á Tunja, lugar donde el Congreso,
á nombre de la odiosa libertad,
del despotismo, en su mayor exceso
ejerce la insufrible autoridad:
Y el invicto Corella todo el peso
siente allí de la bárbara crueldad,
que todo alivio al perseguido aleja,
aunque oye el eco de su triste queja.

Lamentaba los caros intereses
de su misión que riegan los sudores
de treinta años de afanes sin reveses,
que en un día destruyen los traidores:
Y en su prisión cumplidos veinte meses
de soledad, angustias y terrores,
de desnudez, achaques y penurias,
de amenazas, de ultrajes y de injurias.

Todo lo sufre con igual constancia,
y su carácter firme aunque festivo

(1) El primer agresor fue un malvado Tomás Torres, enviado á este fin en 1811, que disparó al padre un trabucazo, y herido por un negro de la misión, cayó al río, donde el padre se había metido para librarse y acogerse á una canoa. Aquí le descargó otro golpe en la cabeza con el arma que llevaba. La segunda prisión del padre Corella fue el 11 de Abril de 1813, que fue Domingo de Ramos.

ha sabido poner en consonancia
del valor y el agrado lo expresivo. (1)
Avergonzada queda la arrogancia,
y el Congreso frenético y altivo,
sacrílego á Bolívar lo consigna
que á su zaña por víctima lo asigna.
Un inicuo proceso había forjado
tan enconada y ciega la malicia,
que sólo le resulta bien probado
de los intrusos jueces la injusticia.
Por más que la ficción se había empeñado
en figurarlo reo, ni noticia
de aparente delito pudo hallarse,
de que indicios llegasen á probarse (2)
Pero el tirano va como impudente
á las cárceles de Honda, en que provoca
con horrible calumnia al inocente,
y con el sable criminal lo toca.
El sacerdote invicto lo desmiente,
y Bolívar escucha de su boca
reconvención tan cuerda que allí mira
descubierta del todo su mentira.
La convicción reputa por ofensa
el que no necesita de pretexto,
y la muerte le intima, con que piensa
libertarse de un celo tan molesto.
Pero á este celo nada lo dispensa,
cuando á triunfar con gloria está dispuesto,
de argüir el crimen del tirano fiero,
con carácter de digno misionero.
"¿Quién me degrada, dice, quién sentencia
un sacerdote á muerte? ¿Quién te ha dado
jurisdicción, sino la cruel violencia,
que todo el orden tiene trastornado?

(3) Se dice que el Padre Corella había puesto en verso, y se divertía en cantar la serie de sus padecimientos.

(4) He leído este proceso, que original se conserva en esta capital, en que se nota el malicioso empeño en achacar al Padre Corella algún supuesto delito, y la imposibilidad de hallarlo.

Sellaré con mi sangre la inocencia
de la conducta fiel que te he probado.
Mas te advierto cometes un delito,
que te deja sacrílego y maldito.

"Mira, Bolívar, mira que me duele
el que tu eterna perdición te obstines.
No pienses que el morir me desconsuele,
aunque á suplicio inicuo me destines.
A la mansión de paz harás que vuele
mi espíritu inmortal, mientras camines
por las sendas del crimen, hasta tanto
que llegues á región de eterno llanto.

Se retira el tirano y enmudece
y un capellán apóstata le envía,
porque ciego el sacrílego apetece
que cubra su impiedad la hipocresía.
Al digno sacerdote indigno ofrece
irregular auxilio en su agonía,
y el misionero firme lo deshecha,
porque busca el que á todos aprovecha.

"Yo de morir (le dice) cierto estoy
y á la expiación del alma me dispongo,
mas no contigo, que profanas hoy
la excelsa dignidad que en ti supongo.
Si por la causa justa á morir voy
sin duda se dirá que mal compongo:
mi constante lealtad comunicando
con quien lo más sagrado está violando.

"¿No hay otro sacerdote que esté exento
de suspensión, de mancha de censura?
¿No hay algún religioso en el convento?
¿Y este lugar no tiene un digno cura?
Que venga alguno de ellos al momento
y auxilios me dará la mano pura,
del que jamás con sangre se la tiñe
ni con la espada criminal se ciñe."

Reconvención tan fuerte facilita
la entrada en la prisión, que logra el celo

del franciscano Fray Josef Zurita
y del piadoso párroco el desvelo.
El cura de Ambalema que lo imita
lo ve bañar con lágrimas el suelo
sin que divise de consuelo un rastro
el respetable don Alejo Castro. (1)
Hasta la muerte llora perseguido,
cuando ya el de Ambalema desterrado
al celo de los dos nadie ha podido
ni al de Zurita ver desalentado.
Después de haber los presos asistido
el corazón teniendo traspasado,
testigos son que dio la Providencia
del conflicto en que triunfa la paciencia.
Preparados al golpe más fatal,
deportación anuncian sólo á Infiesta
y él la suma recobra del caudal
que en mano fiel entonces tiene puesta.
El tirano lo sabe, mas no en cuál,
y dando al dueño garantía supuesta
espera que llevándola consigo
se le mate y se robe sin testigo.
A las bodegas de Honda se encamina
embarcarse creyendo el inocente,
con mil doblones que tan pronta ruina
ya le previenen insidiosamente.
El conductor aleve lo asesina
y expira el infeliz tan de repente,
que cuando la confianza más lo halaga
con golpe cierto su descuido paga.

(1) Este benemérito sacerdote era natural de Honda, hijo de D. Juan de Castro, regidor de aquel Cabildo, donde sufrió con invencible paciencia las mayores persecuciones y desacatos, sin discutir jamás de su celo; el que se hacía más recomendable por unir el más suave agrado y amabilidad á un carácter naturalmente severo y enemigo de todo desorden. Los trabajos que soportó en la administración penosa del Guarumo, en la epidemia de viruelas de 1783, fueron indecibles. En el terremoto que arruinó á Honda, el 16 de Junio de 1805, perdió su hermosa iglesia, y salió maltratado de entre las ruinas de la casa, donde pereció una hermana y una sobrina. Sus vejaciones y penalidades llegaron al colmo con la insurrección por su decidida lealtad, y después de la muerte del padre Corella tuvo que retirarse á Rioseco donde murió. El cura de Ambalema, D. Miguel García, estaba en Honda en calidad de arrestado, y luégo fue expelido de allí por fiel.

Era esto á tiempo que la peor escena
de la crueldad feroz horrorizaba,
y á que todos presencien se condena
lo que á las mismas fieras aterraba.
¡Suspendan el Gualí y el Magdalena,
sus corrientes, que acaso no bastaba
para llanto debido á tánto mal
de sus copiosas aguas el rudal.

En este horrible día la fiereza
reconcentrada en pechos inhumanos,
los transforma en la ruin naturaleza
de los brutos más torpes y livianos.
Con algazaras lúbricas empieza
el freneci de frívolos tiranos
á celebrar la infame complacencia
del orgullo que oprime á la inocencia.

¡Triunfo vil de la intriga y la perfidia!
¡triunfo amargo y funesto, que festeja
por encubrir su desazón la envidia,
que al delincuente en lo interior aqueja!
¡Donde la suerte triste con que lidia
el inocente caído, no la aleja
de la paz y del triunfo que con gloria
tan célebre hará siempre su memoria!

Mezcladas con los fieros asesinos
concurrían las odiosas prostitutas,
que los siguen por todos los caminos,
y de que no escaseaban las reclutas:
Con meneos y silbos libertinos,
como sierpes que abortan de las grutas
salen allí, para que no discorden
la crueldad y lascivia en el desorden.

Carabaño y sus gentes retozando
con brincos y tonadas de rufianes
la humanidad estaban insultando,
y el pudor con groseros ademanes.
Unos y otros estaban vitoreando
de su infame malicia los afanes,

que se explica por modos tan extensos
con inocentes que cogió indefensos.
Entre la cruel y lúbrica canalla
el respetable capuchino admira,
por la entereza santa con que se halla,
y por la unción amable que respira.
El eco de su voz ninguno acalla,
porque á morir cual misionero aspira,
y en cruz extiende sus cansados brazos,
para morir en cruz sin embarazos.
Ya la explosión violenta se percibe,
y con sus siete compañeros sella
la constancia y lealtad que siempre vive
con sangre pura el inmortal Corella.
La corona del triunfo así recibe,
y la mano en que brilla como estrella
la cicatriz del serafín llagado,
lo recoge como á hijo que ha logrado.
El suelo horrorizado se estremece,
y se siente el temblor á gran distancia
en el momento mismo en que fenece
el sacerdote invicto en su constancia.
La villa de Honda compasiva ofrece
el tributo del llanto en abundancia,
á la memoria tierna que le queda
de los que honrar el triunfo se le veda.
De la lealtad las víctimas murieron,
y al sagrado cadáver no perdona
un alevoso sable con que hirieron
el distinguido honor de su corona.
Mas su castigo allí no más tuvieron
los arrojos del impío que baldona
al religioso muerto, que al momento
del brazo pierde acción y movimiento.
Le retiran de allí paralizado
y á pocos días muere aquel maldito,
que del crimen parece haber llenado
la medida infeliz con tal delito.

El escarmiento de este excomulgado
es testimonio que les deja escrito,
del castigo que á todos les aguarda
y á Bolívar tan sólo se retarda.

Los hondanos recogen religiosos
los cadáveres que honran con el llanto,
y sin pompa sepultan silenciosos
en medio del terror y del espanto.
Los sacerdotes fieles que llorosos
los asistieron llenos de quebranto,
del sacrílego temen la amenaza
que fúnebres temores embaraza.

El tirano más fiero á quien embriaga
un momento el placer de tan vil hecho,
el nuevo crimen desde entonces paga
con doblada inquietud y cruel despecho.
Por más violencia que á sí mismo se haga
las sozobras que alberga entre su pecho,
descubren en su vista y en su trato
del mayor sobresalto un fiel retrato.

Presuroso se parte previniendo
que el embarco de tropas se apresure,
aun suficientes buques no teniendo
en que á la inicua empresa se aventure.
Aun el boga en los bosques anda huyendo
y sólo se halla gente que procure
alejarse de tropas y gobierno
que el desorden retrata de un infierno.

Mas se previene al fiero Carabaño,
que al francés Girardot se comisione
á recorrer los pueblos con el daño,
que á mujeres y niños no perdone.
Si al hombre oculta su terror extraño,
queme casas, familias aprisione,
y en los cuarteles presas se detengan
hasta que bogas suficientes tengan.

Estos días en Honda detenida
la gente criminal, ansiosa se halla

por mostrar la fiereza desmedida,
que á excesos de licores sólo acalla.
Industria del honor desconocida
que precisado á usar con tal canalla
se vio, cuando ella devorar intenta
vivos, dos presos, de notable cuenta.

Cual manada cerdosa de monteses,
á mordiscos disponen darles muerte
á los hombres amables, que corteses
suavizan con la paz su triste suerte.
No mueven á hombres viles intereses
de honor ó humanidad, y sólo advierte
el celo que se empeña en disuadirlos
en la embriaguez un medio de rendirlos.

Finalmente se embarcan, y con ellos
los dos curas y el sabio capuchino,
y franciscanos, que con nobles sellos
de leales sufren tan atroz destino.
De su piedad no ofuscan los destellos
las penurias y ultrajes del camino:
y un resto de los presos que se embarca
para más pronta libertad se marca.

Otros quedan en Honda en las prisiones,
con los demás ilustres franciscanos,
que sufren las más duras opresiones
insultados por ser americanos.
Mas el nacer aquí las conexiones
desligar no podrá de los hermanos,
que á la patria no quieren ser traidores,
y en ser fieles la rinden sus honores.

Al comenzar Febrero, en Santa Fe
anunciaban tan lúgubres noticias
la muerte inevitable, á lo que cree,
de los que antes formaron sus delicias.
Sumergida en congojas, bien preve
que una serie prolija de injusticias
disponiéndola van á ver cumplido
el castigo más justo y merecido.

Mas el que impone al mar que se levanta
el precepto, que término señala
donde su altivo oleaje se quebranta,
también términos pone á la ira mala.
Cuando más la injusticia se adelanta,
no puede propasarse de la escala
á que su curso quiere se limite
el que á los hombres malos la permite.

Así á los fieles prisioneros libra,
como á Daniel en medio de los leones,
entre la zaña que sus tiros vibra
de aquellos homicidas escuadrones.
El riesgo y protección allí equilibra
con tan suaves medidas y sazones,
que conozcan ser obra de su mano
el salvar los que escapan del tirano.

Entretanto que pasto le ofrecían
á los caimanes balsas de reclutas,
y lo aumentaban otras que se hundían
cargadas de las viles prostitutas.
Así, antes del combate perecían
partidas de las tropas disolutas,
y los presos á muerte destinados
de todos los peligros son librados.

Mientras que oprime al hondo Magdalena
la escuadra del más bárbaro pirata;
mientras el robo allí se desenfrena,
y la licencia á todo se dilata;
El Congreso sostiene la cadena,
que en el collar de bronce se remata,
que á Santa Fe rodea el noble cuello,
y de esclava infeliz la marca el sello.

CANTO NONO

Ya que llegado al término preciso
de la puntual, aunque sencilla historia,
en que fluctúe mil veces indeciso
porque se hiciese la verdad notoria:

Espero en Dios que servirá de aviso
de sucesos tan tristes la memoria,
para ser fieles al Monarca amado,
mi deseo parece haber logrado.

Aquí pudiera recoger la pluma
y suspender el doloroso canto,
en que explicaba del horror la suma,
que á Santa Fe bañó en copioso llanto.
Ya no habrá quien se atreva, ó quien presuma
desmentir como suele, exceso tánto,
ó quien intente disminuir los hechos
que á la patria vulneran sus derechos.

No haya necios que aclamen por patriotas
los que al Rey y á su patria son traidores,
á los que siempre llevarán las notas
de ser de sus agravios los autores:
Los que han tenido ideas tan remotas
del carácter que forma bienhechores,
y de su patria siendo los verdugos
del cautiverio la atan á los yugos.

¡Libertad racional y verdadera!
¡tu aliento suave sólo se respira
bajo el orden legítimo, que espera
la patria triste que por ti suspira!
Cuando más la soberbia lisonjera
á reducirla á la ilusión aspira,
ella sabe que el ínclito Fernando
su libertad estaba preparando.

Por cadenas de honor las más preciosas
de libertad insignias apreciables
conmutará cadenas horrorosas,
de la opresión señales tan palpables.
Por galas reales, ricas y vistosas
ha de cambiar los lutos lamentables,
que aunque más los adorne el tricolor,
se resiste á vestir el pundonor.

Esta feliz transmutación me obliga
á entonar en un tono más festivo

los triunfos de que pende la consiga
el pueblo que de aleves fue cautivo.
Libertad que lo excita á que bendiga
la mano del Monarca compasivo,
que á la unión de su trono lo reduce,
y la paz con su apoyo le produce.

¡Angeles santos, que al principio fuisteis
de mi canción piadosos tutelares,
asistidme al presente, pues quisisteis
serenar tántas veces mis pesares!
¡Inspiradme de nuevo, pues vinisteis
á ser aquí custodios singulares,
la piedad conservando con la luz
de las cifras del nombre de Jesús!

A este Nombre sagrado y adorable,
que á todos nos conforta en nuestras penas;
á este nombre tan tierno y saludable,
que á Santa Fe desata las cadenas:
Al Nombre de salud, al Nombre amable
que de la paz ofrece sumas llenas
¡mis tareas consagro y fiel invoco,
cuando ya de la paz la esfera toco!

Y á la Reina de paz, también cautiva
en su imagen que dio á Chiquinquirá,
el tesoro del reino en que se aviva
la confianza que fija en él está:
Cuando al brindarnos de la paz la oliva
prisionera parece que se va,
¡libertadora invoco, pues que vino
de salud á franquearnos el camino!

Ya el cruel pirata á Cartagena avanza,
que el auxilio á su empresa le deniega,
y de rendirla pierde la esperanza,
cuando Mompox á fuerza real se entrega.
De Santa Marta viene sin tardanza
el fiel La Rus, que presuroso llega,
y del punto importante se apodera,
aunque el rebelde rechazarlo espera. (1)

(1) Esto fue el 29 de Abril, cuando se había resuelto por los revoltosos de Mompox asesinar aquel día á los sacerdotes y demás realistas presos.

Allí entonan los leales prisioneros
sus himnos de alabanza á Dios Eterno,
y transformarse miran placenteros
en isla de reposo aquel infierno.
Y los recursos que antes tan ligeros
tenía Bolívar en su vil gobierno,
más tardíos quedaban y arriesgados
y desde entonces fueron malogrados.

El Congreso, con todo, se obstinaba
en anunciar continuos alborozos,
por triunfos que fingía ó que soñaba
del instrumento cruel de sus destrozos.
Pero fuerza invisible le anunciaba
en lutó convertir falaces gozos,
y una noche de Abril, la más serena,
en todo el Reino salva real resuena. (1)

Feliz momento en que arribó la armada
hacia esta costa firme dirigida,
á don Pablo Morillo encomendada,
de victoriosas tropas guarnecida.
La Margarita ya pacificada
veía infiel la clemencia desmedida,
que del grande Morillo el proceder
generoso hizo á todos conocer. (2)

Allí Morales reune diligente
la tropa sometida á su valor,
y en Caracas Calzada, finalmente,
los que han cubierto su lealtad de honor.
Unos y otros han sido juntamente
de todos los rebeldes el terror,
y por ellos recobra el Soberano
su dominio en el país venezolano.

(1) La noche del 11 de Abril se oyeron cañonazos en las inmediaciones de Santa Fe, Cúcuta, Girón y hasta en el Chocó y río de la Magdalena.

(2) Un indulto general hizo conocer los designios del Sr. Morillo en la pacificación del Nuevo Reino, pero la ingratitud y perfidia de la Margarita revelada nuevamente y la obstinación y terquedad de las demás partes ha hecho conocer que el frenesí revolucionario no se extingue sino con rigor.

El ilustre Morillo los recibe
con expresiones de aquel noble agrado,
que en beneficio general concibe
la identidad del interés sagrado.
Presuroso á la empresa se apercibe
cuando todos los Jefes han logrado
bajo su mando, acierto y dirección
concentrar su obediencia y atención.

En cinco divisiones repartido
el grueso del Ejército, se ordena
á Calzada que venga dirigido
para romper al Reino la cadena.
Lo restante ordenado y prevenido
se embarca con el rumbo á Cartagena,
que con Bolívar todavía se obstina
en causarse recíproca la ruina.

Al rumor de tan cierta novedad
el cobarde asesino se estremece,
y á su patria mayor hostilidad
reforzar con su fuga le parece.
Por hacerla sentir su deslealtad
y las ruinas que cesan si él perece,
la paz infiel con Cartagena ajusta,
aunque ni el nombre de la paz le gusta.

Teme golpe fatal y decisivo
y abandona las tropas que le quedan
al infortunio cierto y efectivo,
ó á que causen los daños que se puedan.
Con su robo el pirata más nocivo
en Jamaica logró que le concedan
asilo con los fieros Carabaños,
mientras el plan realizan de otros daños.

Ya la bandera Real se tremolaba,
¡con qué placer! de Cartagena á vista,
y el piadoso caudillo la exhortaba
á que á su Rey amable no resista.
Al gremio de la paz la convidaba,
para salvar del daño á cuanto exista;

Mas ella se obstinó en su rebeldía,
y las ruinas causó con su porfía.
Dos bombas se disparan que amenazan
á la ciudad rebelde el exterminio
que merece, y benignos embarazan
los designios del Regio patrocinio.
Los planes de un bloqueo sólo trazan
los que respetan siempre el Real dominio
á que por hambre quieren reducirla,
sin que jamás se trate de destruírla.

El valiente Morales aconseja,
por abreviar, tomarla por asalto,
pero el sabio caudillo no lo deja,
del furor evitando el sabresalto:
Pues todo estrago por su parte aleja
del pueblo infiel, que de consejo falto
haciéndole sufrir las dilaciones,
se acarreaba sus propias destrucciones.

Y el invicto Morillo, aquel soldado
que cual corriente eléctrica en Europa,
aun antes de ascender á nuevo grado
vence quince batallas con su tropa:
Que no menos activo que esforzado,
en un momento rinde cuanto topa
de obstáculos y riesgos que á su espada
pretendan detener desenvainada.

El que á la Francia aterra, y que recorre,
sin que resistan muros ni baluartes,
los puestos firmes, que el valor socorre
de fuertes defensivos con las artes,
¿Hará que la memoria aquí se borre
de aquella intrepidez, que en todas partes
hizo admirar en el veloz Morillo
la conducta de un célebre caudillo?

¡Nó! pues ahora no menos diligente,
cuando este Jefe sabio y generoso
se muestra en Cartagena tan prudente,
el decoro conserva más precioso.

Hace que todo el Reino experimente
que el pabellón lo cubre victorioso
de un Rey que al recobrarlo en su dominio,
lo resguarda de ruinas y exterminio.
El sitio se prolonga y se dilata
desde Agosto á Diciembre, y entretanto
dos veces Santa Fe cautiva trata
el yugo sacudir de su quebranto. (1)
Pero con más rigor entonces se ata,
la opresión se refuerza con espanto,
é introducen en ella sus tiranos
de socorreños tropas y tunjanos.
Los restos se dispersan que quedaban
de sus viejos soldados y artilleros,
que hacia distantes puntos se llevaban
con motivo de riesgos verdaderos.
Pesquisas y prisiones aterraban
cometiéndose atroces desafueros,
cuando mil donativos y exacciones
causaban no menores vejaciones. (2)
Un tribunal entonces de asesinos
se formó, cuya insignia y cruel derecho
con terror expresaba sus destinos
en un puñal desnudo sobre el pecho. (3)
A jueces de designios tan mezquinos
el examen cometen de todo hecho
con que cualquiera del error pretenda
en la clemencia real buscar enmienda.
Con horcas y banquillos en la plaza
celebran el fatal aniversario
del día en que se instala y en que enlaza

(1) En los meses de Mayo, y de Septiembre.

(2) A más de contribuciones para armas y otras con pretexto de embajadas y para socorrer á Cartagena, se obligó á pagar á todos por el techo que los cubría, y de todas las propiedades, sin excluir las gallinas ni los muebles y trastos más miserables y ridículos. Y esta sola exacción les produjo muy gruesas cantidades, sin contar con el sesenta y ocho por ciento que se adjudicaron de la masa decimal, pues al fin se la robaron por entero.

(3) Este fue el infame tribunal nombrado de vigilancia, en que se vio descubierto el plan del jacobinismo.

cruel unión al Congreso sanguinario. (1)
¡Infausto anuncio! que al traidor emplaza
para un vuelco tan pronto y necesario,
que al año le asegura su castigo
de que al pueblo previene á ser testigo.

Santa Fe toleraba silenciosa
la opresión redoblada y el insulto,
con que á pedir suplicios cautelosa
la violencia reunieron en tumulto.
Desde el Septiembre aciago tan medrosa
del fiel intento la dejó el resulto,
que á nada más se atreve, y sólo llora
prolijo cautiverio en cualquier hora.

Al concluírse el Octubre ya se anuncia
al deseado Calzada en Casanare,
su nombre se repite y se pronuncia,
aunque más el Congreso lo alejare.
Derrotado dos veces se denuncia,
porque ciegos no quieren se repare
que rompiendo por Sácama, ya en Chita,
su progreso triunfante se acredita.

El Congreso se burla, sin que crea
que ha de moverse el trono de su orgullo,
y más erguido al ver que bambolea
soberbio lo concibe un suave arrullo.
Con desprecio lo mira, con la idea
de que Urdaneta acallará el murmullo,
cuando el fuerte Calzada ya en el centro
del Reino llegue al choque de su encuentro.

El en efecto marcha hacia Pamplona
donde se halla Urdaneta con Serrano,
gobernante soberbio, que blasona,
que á sus contrarios tienen en la mano. (2)

(1) El 4 de Octubre en que impidieron la fiesta de San Francisco de Asís, en su iglesia, por esta función sacrílega.

(2) Tales, se dice, fueron las expresiones con que Serrano animó á Urdaneta, que á principios se resistió á entrar en acción, diciéndole que sólo eran unos pocos los del Sr. Calzada, enfermos de calenturas á quienes tenían en la mano.

En la empinada sierra se acantona
la tropa de insurgentes, que no en vano
al ventajoso puesto entonces sale,
porque el realista en sitio no le iguale.
El Chitagá crecido niega el paso,
y su puente cortado los divide,
y á las tropas del Rey en este caso
que acometan parece se lo impide.
Mas cuando todo les servía de atraso,
desde el estrecho valle se despide
la gente vencedora de Calzada,
sin temor de las aguas en que náda.
Apenas pisan la contraria orilla,
sin que tiros rebeldes los detengan,
á dominar desfilan la cuchilla
quienes cortado al enemigo tengan.
Urdaneta se asusta y maravilla,
que de la cima tiros ya le vengan;
y á sus soldados que huyen él se agrega,
y á la ciudad á media noche llega.
La desampara en el siguiente día,
con la gente que quiere que perezca
en los páramos de esa cercanía,
donde un auxilio no hay quien les ofrezca.
Pero sella la vil alevosía
su ruin carácter, antes que fenezca
del intruso Gobierno el fiero mando,
un español anciano asesinando. (5)
Veintiséis de Noviembre se contaba,
domingo en que Pamplona el dulce *viva*
al Monarca católico entonaba,
á sus armas rindiéndose festiva.
El ilustre Calzada procuraba
reducir á la gente más esquiva,
con tropas que detengan á los que huyen,
y á su suelo los más se restituyen.

(5) Este fue D. Pedro Ortiz, con otros dos que dejaron muertos La acción había sido el 25 de Noviembre, por la tarde. El 26 envió sus dragones el Sr. Calzada á detener la emigración, en que perecieron muchos, en especial niños, por las inclemencias de aquellos páramos.

Ya Cartagena estaba reducida
de la estrechez á la última penuria,
de miserias y de hambre consumida,
y en su seno albergando la peor furia.
De la interior discordia combatida
ningún derecho logra sin injuria,
cuando es cueros podridos su alimento,
y su gente ya muere sin aliento.
Sus tiranos la roban y se embarcan,
y hasta sus mismos templos los despojan:
cuanto precioso tiene tanto abarcan,
y en once buques á la mar se arrojan.
Su deslealtad con tales notas marcan,
que á Castillo no quieren que lo acojan,
que desechó de la clemencia real
la invitación, cuando era General.
Bajo pretexto de rendir la plaza,
burlando la piedad del vencedor,
el intento malvado se disfraza
de foragidos sin algún honor.
Y de la escuadra real con esta traza
en la sorpresa evitan el temor,
de que sus buques queden apresados
aunque salgan de tiros maltratados.
Bocachica en la fuga los protege,
y hasta efectuarla encubre la traición,
que impune no permite que se deje
á ninguno de aquella guarnición.
Y Cartagena no hay de qué se queje,
pues de piratas quiso hacer reunión,
para infestar los mares, en quebranto
del comercio español, que aflige tánto.
En el seis de Diciembre solitaria
Cartagena parece, y ya la pisa
el osado español, que á necesaria
compasión su carácter lo precisa.
Del daño que se hizo ella temeraria
al piadoso Morillo se le avisa,

que de socorros al momento abunda
para salvar la gente moribunda.
El ocho de Diciembre (¡feliz día!)
celebra ya la tropa vencedara
la Concepción en gracia de María,
de las Españas tierna protectora.
Recobrando la grande monarquía,
á Cartagena, rinde á su Señora
en ella sus obsequios, y tremola
real bandera en sus muros española.
Cuando el Congreso adquiere la noticia,
ocultarla procura cauteloso,
y fraude alguno no se desperdicia
para fingirse siempre victorioso.
Hacia Ocaña dispone la malicia
dirigirse con grueso numeroso,
y dejar el contacto así cortado
que allí los vencedores han trazado.
Se reunen los dispersos de Urdaneta
y las tropas de Tunja y del Socorro,
con cuanta chusma bulliciosa inquieta
la liviandad del jacobino gorro.
A muchos la violencia los sujeta,
que de sangre y estragos ningún ahorro
quiere hacer, á que sigan las banderas
que del trastorno son insignias fieras.
A Urdaneta del mando se releva
y nombran á García de Rovira,
joven feroz, que concentrado lleva
el interés á que el Congreso aspira.
En San Gil la fiereza se renueva
del odio cruel que la traición respira,
con un buen español que despedaza
á su paso la tropa de peor raza. (1)
Era ya de ochocientos diez y seis
el Enero del año afortunado.

(1) Este fue Antonio Valdés, casado en San Gil, que asesinó con atrocidad una partida de socorreños instigados de unos émulos de su familia, y él murió pidiendo que lo dejasen confesar.

¡Oh días! ¡con qué riesgo amanecéis
para dejar deshecho el peor nublado!
A Santa Fe de nuevo estremecéis
con sustos que la llenan de cuidado,
pues Rafael Urdaneta pretendía
el gobierno, en que escombros dejaría.
Rovira del Socorro ya marchaba
con un grueso que no era despreciable,
en que á feroces tropas agregaba
de reclutas la gente miserable.
Once mil entre todos él contaba
cuando el fuerte Calzada infatigable,
los puestos le abandona, y le previno
en ocupar de Ocaña el mal camino.
Llega el rebelde á Suratá y exhuma
el cadáver de Salas (¡qué impiedad!)
oficial de Calzada, que consuma
allí la vida de una enfermedad.
Con él llenaron del horror la suma
fusilando con cruel atrocidad
el cuerpo ya corrupto de un difunto
que con fuego consumen luégo al punto. (1)
Al Calzada suponen fugitivo,
y á perseguirlo avanzan con presteza,
creyendo que un combate decisivo
la victoria les daba con certeza.
El suceso creyeron efectivo,
que asegura del sitio la aspereza,
donde resguardan fuertes posiciones
con trincheras de gruesos cespedones.
Entretanto á Sagunto y á Numancia (2)
de Barbastro refuerzan cazadores,
y Calzada no tiene á gran distancia
de Victoria marchando á vencedores.
Mas los suyos desean con instancia

(1) Este fue el capitán D. Francisco Salas, natural de Girón.

(2) Esta quinta División que mandaba el Sr. D. Sebastián de la Calzada, se componía de los regimientos de Sagunto y Numancia, de soldados la mayor parte venezolanos.

al encuentro volver de los traidores,
que poseídos de un loco frenesí
ocupaban el alto Cachirí.

En la sierra fragosa y empinada
siete firmes trincheras han dispuesto,
que del páramo dejan resguardada
la subida penosa en cada puesto.
Mas la valiente tropa de Calzada
de justicia y lealtad tenía el apresto,
en que segura la victoria entiende,
cuando acciones difíciles emprende.

La tarde del veintiuno de Febrero
avistan los rebeldes, y se empeña
con ellos una acción, que á lo postrero
de ceder el terreno da la seña.
Pero era su designio verdadero
remontar á los leales á la breña,
do los puestos tenían fortificados
que los dejasen presto destrozados.

Anuncian de antemano la victoria,
y tánto en dar los partes se anticipan,
que al aviso de cosa tan notoria
los sustos del Congreso se disipan.
Festejando con necia vanagloria
el triunfo que soñado participan,
la noticia lo halló del gran destrozo,
que intempestivo acibaró su gozo.

El veintidós apenas amanece,
en la sangrienta lid su luz estrena,
y la cumbre del páramo aparece
encendida del fuego que la llena.
Cachirí sus contornos estremece
al eco del estruendo que resuena
en sus desiertas y hondas cavidades,
estragos anunciando y mortandades.

Irritado el valor venezolano,
al ver muertos algunos compañeros,
y heridos otros por rebelde mano,

embiste á los contrarios altaneros.
Sostener la trinchera ya es en vano,
cuando asaltan resueltos los guerreros,
que al peligro conduce el bravo Daza,
cuya fuerza ninguno le rechaza. (1)
La trinchera se gana, pero herido
el valeroso Daza, así la salta,
y otros tiros recibe, á que rendido,
con la piedad á su valor esmalta.
Se confiesa allí mismo y es ungido
del óleo santo, porque á nada falta
don Tadeo Montilla, capellán
que á todos los socorre con afán.
Este suceso tal coraje enciende
en las tropas del Rey, que á fuer de leones,
aunque terco Rovira se defiende,
lo arrojan de sus fuertes posiciones.
De la cima su tropa se desprende,
dejando de cadáveres montones,
pues la sigue la espada vencedora
de su injuria terrible vengadora.
Sólo escapan los que huyen, aun rodando
por la pendiente opuesta de la loma,
el embarazo de armas arrojando,
y ventajas en huir Rovira toma.
Pero muchos la fuga retardando,
por todos los caminos ven que asoma
desnuda la cuchilla ensangrentada,
que contra ellos ya viene enderezada.
Tiemblan; cuando ven que se adelanta
á los demás un joven vigoroso
Teniente-Coronel; la voz levanta
y el perdón les ofrece generoso.
Atraídos corren de piedad que encanta
á entregarse, cada uno presuroso
á don Carlos Tolrá, por quien se brinda
el amparo del Rey á quien se rinda.

(1) El Capitán D. Francisco Daza.

La empresa del Congreso así deshecha,
el Ejército real sin embarazo
de todos los momentos se aprovecha
para venir al centro sin atraso.
Pero al rebelde cuanto más estrecha
el riesgo que concibe en el fracaso,
tanto más en la loca resistencia.
se obstina con insólita violencia.

Las sacrílegas órdenes repite,
que antes dio, y en Pamplona ejecutadas,
ninguna iglesia quiere las evite,
de ser de sus alhajas despojadas.
A este robo no quiere se limite
la injuria de las cosas más sagradas,
pues su mayor agravio solicita
en el impío proyecto que medita.

El lienzo renovado que venera
Chiquinquirá, tan célebre santuario,
en que Dios de su Madre verdadera
nos dio la imagen santa del Rosario:
Arrebatar por fuerza, ¿ quién creyera
que ordenase el Congreso temerario,
para borrar memoria tan antigua,
que este suelo español nos atestigua ?

A Serviez, el francés aventurero,
que General nombró le fue entregada,
cuando al Socorro y Vélez por entero
ocupaban las tropas de Calzada.
Cuando Latorre á paso muy ligero
por Onzaga rompió, y encaminada
hacia Tunja la marcha ya dejaba
al Rey sumiso lo qne atrás quedaba.

Cuando deshechos ya por Warleta
los rebeldes de Antioquia, y sometida
espera Popayán que lo acometa,
por dondequiera, fuerza desmedida.
Cuando á Bayer se rinde y se sujeta

el Chocó, que les cierra la salida, (1)
por el Atrato, y desde Quito acude
quien á la empresa con vigor ayude.

Este es aquel anciano ejercitado
en la carrera siempre del honor,
don Juan Sámano, experto y denodado,
que iguala su piedad con su valor.
Con los leales de Pasto, y el osado
escuadrón de patianos, cuyo ardor
es tan fiel, en *El Tambo* disponía
situarse, no distante de Patía.

Los rebeldes, más ciegos y obstinados
á destruir cuanto alcancen se resuelven:
arrasan donde pueden los sembrados,
juzgando que en la ruina nos envuelven.
Arrebatan las bestias y ganados
y á donde quiera que la mano vuelven,
en destrozos tan sólo la ejercitan,
aunque defensa todavía meditan.

Una guardia de honor tenía el Congreso,
que al Presidente joven acompaña,
con otras tropas de mediano grueso
con que indeciso sale á la campaña.
Santa Fe, temerosa del suceso,
el partido eligió que no la daña,
denegándose osadas sus milicias
al auxilio de tántas injusticias.

El advertido don Ignacio Herrera
en tan justo dictamen la sostiene,
y esta fuerza interior, aunque ligera,
otro desorden interior contiene.
Una facción de gente forastera,
que á saquear nuestras casas se previene,
á las milicias teme que se armaron,
hasta que estos perversos se fugaron.

(1) D. Francisco Warleta tomó á Antioquia después que desbarató á los rebeldes, y de allí marchó á Popayán, donde también entró D. Juan Bayer por el Chocó y D. Carlos Tolrá desde Santa Fe, y el Excmo. Sr. D. Juan de Sámano, que había venido desde Quito.

El Congreso entretanto caminaba
á conservar en Popayán su trono,
cuando Madrid, su Presidente, acaba
de destrozar en Bogotá su abono.
La fuga de Serviez, que se acercaba,
lo precisa á dejar en abandono
sus pertrechos, clavando los cañones,
para huir á Popayán sin detenciones.

Entonces Santa Fe de nuevo llora,
cada fiel en su casa se estremece,
estragos amenazan á cada hora
las tropas de Serviez que la aborrece.
A dos leguas distante se demora
hasta el cinco de Mayo, el que apetece
á lo menos tenerla en agonía
estos días totales de anarquía.

Cada instante amenaza la crueldad
el saqueo y violencias que maquina:
la vida, la honra y toda propiedad
cercanas se conocen á su ruina.
En nada ya se halló seguridad,
si el mal francés al fin se determina
á ejecutar lo que en su encono piensa,
en el lugar que hallaba sin defensa.

Un grueso de sus tropas atraviesa
la ciudad en la tarde antecedente,
y el cinco en la mañana con gran priesa
él sigue con el resto de su gente.
El vecindario corre con sorpresa
á obsequiar á la Virgen reverente,
que cual fardo llevaban mal compuesto,
y al obsequio la niegan ya dispuesto.

Mas la lengua de un triste sacerdote
á quien esfuerza Dios, les grita claro
que de su ruina llevan el escote
por sacrilegio tan enorme y raro;
Que ha de alcanzar á todos el azote,
cuantos concurren sin algún reparo

á coadyuvar en el atroz insulto,
con que se ofende al sacrosanto culto.

En este lance que de cerca toco
en que al débil armó de impavidez
la mano del Señor, no admiro poco
que disimule el criminal Serviez.
Aunque repute al clérigo por loco,
quebrantada se mira su altivez,
que callando á tan dura reprensión
notoria hizo su ciega obstinación.

Era domingo, y de la España fiesta
del glorioso Patriarca San José,
á patrocinio tan feliz dispuesta,
que aun cautiva celebra Santa Fe.
En tal día Serviez, que la molesta,
exige al retirarse, que le dé
veinte mil pesos, como precio justo
de darla exenta del penoso susto.

Los recoge, y con ellos se redime
de los agravios, del que armado intenta
destruirla en las cadenas en que gime,
al tiempo que promete que se ausenta.
Al embolsarlos el francés exprime
de su fuga el motivo, dando cuenta
que Latorre y Calzada victoriosos,
á Santa Fe se acercan presurosos.

Pero ya era llegado el mensajero,
que don Miguel Latorre dirigía.
Zipaquirá, el dominio verdadero,
ocupado por él reconocía.
El rumor de este aviso placentero,
el influjo esparció de la alegría,
que asoma á los semblantes de cada uno,
que detesta el desorden importuno.

¡Noche agradable, clara y silenciosa!
al descanso convidas, sin pensar
que de Serviez la hiciesen peligrosa
las tropas que asediaban el lugar!

Una partida vino que alevosa
sus designios no pudo ejecutar,
pero descubre los intentos crueles
de arrebatar cautivos á los fieles.
Amanece risueña la mañana,
en que á tántos terrores repetidos
de Serviez y su tropa tan cercana,
los vecinos están despavoridos.
No hay casa que en abrirse sea temprana,
y en ella permanecen escondidos,
cuando ya Santa Fe á los Jefes reales
presenta diputados especiales.
A las nueve del día ya parecen
por la espaciosa calle de Las Nieves
unos bizarros húsares, que ofrecen
motivos de consuelo nada leves.
Las esperanzas del rescate crecen
con progresos tan rápidos y breves,
que los saluda el cura en voz festiva,
pronunciando del Rey el dulce *viva*.
Los Generales ya por la Alameda
á este tiempo incansables discurrían,
y de Serviez los pasos y vereda,
para seguir tras él reconocían.
El camino tomado allí le queda,
donde las tropas leales extendían
más firme y oportuno campamento,
por prevenir mejor cualquier intento.
Entretanto los húsares corteses
corresponden la voz que los saluda,
cuando el eco del viva ya con creces
se repite, y las lenguas desanuda.
Viva el Rey, se pronuncia tántas veces,
que no hay persona que veloz no acuda
á festejar su nombre en este día
con transportes de paz y de alegría.
La ciudad poco menos que desierta
de concurso crecido entonces llena,

manifiesta la gente que encubierta
lamentaba en los sótanos su pena.
Ahora sale á las calles, cuando abierta
del regocijo y libertad la vena
los acoge del Rey el dulce imperio,
que la cadena rompe al cautiverio.
Ya en las iglesias general repique
el consuelo acrecienta, y no hay un punto
en la ciudad que con placer no explique
del rescate feliz el tierno asunto.
A donde quiera que el sentido aplique
la libertad se anuncia, en el conjunto
de millares de fuegos que volantes
á los aires se elevan incesantes.
La ciudad al momento se entapiza
y adornan las mejores colgaduras,
cuando el augusto nombre solemniza
que desata sus fuertes ataduras.
El estandarte real se patentiza
y retratos, emblemas y pinturas
alusivas al caso, manifiestan
que entre cadenas el festín aprestan.
En Las Nieves tremola el estandarte
por el retrato real tan perseguido,
y en el Cabildo se descubre el arte
del pintor que lo guarda comedido.
No quiso Figueroa tener parte
en borrarlo, y un velo le ha tendido,
donde Astrea el retrato les encubre
del gran Rey que su espada nos descubre.
Santa Fe se ocupaba en aclamarlo
mientras Serviez sus marchas apresura,
mas don Antonio Gómez alcanzarlo
con su escuadrón intrépido procura.
En cinco acciones viene á derrotarlo
y recobra de Sáname en la altura
el gran tesoro de la real corona,
que el francés en su fuga le abandona.

Esta es la imagen santa de María,
Virgen Madre de Dios y protectora
de toda la española monarquía,
en quien todas sus dichas atesora.
Al rescatarla de la mano impía
el piadoso escuadrón allí la adora,
y en la iglesia inmediata deposita
el glorioso blasón que solicita.

En el templo de Cáqueza se expone
este día la prenda rescatada,
que fue nueve de Mayo, y se dispone
de acción de gracias la función sagrada.
Al escuadrón de Gómez se interpone
el caudaloso río, que cortada
por Serviez la cabuya embarazaba
seguir al resto que con él fugaba.

El General en Jefe cuando atiende
á puntos tan diversos y distantes,
á Santa Fe ya llega, donde emprende
las tareas más dignas é importantes;
Pero ante todo su piedad propende
de Dios á los obsequios incesantes,
que de la imagen santa en desagravio
del ultraje previno como sabio.

Después que en las iglesias repetida
veneración tan justa se tributa,
una fiesta costosa y más lucida
á las demás la pompa les disputa.
Esa tarde la imagen conducida
con todo el esplendor que se computa
en un triunfo magnífico previene
el obsequio que al tránsito conviene.

Una escolta de honor que la acompaña
la guarda fiel en todo aquel camino,
á cuyos pueblos el influjo baña
de la paz que María nos previno.
Del Monarca católico de España
y de sus armas el feliz destino,

esta imagen anuncia rescatada
en todas las iglesias festejada.

Por los pueblos del tránsito conduce
en sí la insignia de la paz dichosa
que su amor nos inspira, y que produce
la devoción más tierna y afectuosa.
A su templo magnífico introduce
la comitiva que llevó piadosa
á la imagen sagrada, y se renueva
Chiquinquirá y el Reino en dicha nueva.

A este tiempo el Congreso en Popayán,
salida no encontrando se obstinaba
en no rendirse, y con mayor afán
una ruina total se preparaba.
A Liborio Mejía allí le dan
supremo mando, que en su mano acaba,
cuando Warleta reducirlo trata,
y está Tolrá muy cerca de La Plata.

Entonces de rebeldes con el resto
al valeroso Sámano acomete,
que los vence en *El Tambo*, y que muy presto
á Popayán avanza y lo somete.
Hacia La Plata vuelve, en que interpuesto
su río caudaloso le promete
el que á lo menos á Tolrá detenga,
mientras algún retiro se prevenga.

Cortado el puente, el paso defendido,
hacia la opuesta margen se detiene
un trozo de Tolrá, que con fingido
ataque desde allí los entretiene.
Entretanto Tolrá dejó vencido
el peligro mayor que el río tiene
en un vado cercano, y de repente
los corta y acomete con su gente.

No hay lugar á la fuga ni defensa
que los cubra, ni el río á que se arrojan
el asilo asegura que se piensa,
mientras que al Rey sumisos no se acojan.

Los vencedores sin hacer ofensa
de las armas tan sólo los despojan,
y más libres ya son de prisioneros
que del crimen siguiendo los senderos.
 El esforzado Sámano incorpora
las fuerzas de su mando á las que lleva
Warleta y Tolrá, cuando mejora
el laurel de sus canas que renueva.
Se restablece el orden sin demora,
y la justicia real entonces prueba
que el rigor de las leyes va templado
con la piedad y arreglo que ha observado.
 Ya no hay reunión infiel que lo corrompa
trazando planes de alta desunión,
ó que el vínculo trate que se rompa
que á España é Indias da su conexión.
Y de la Fama la sonora trompa
resuena en toda la feliz nación,
que bajo el cetro amado se concilia
seguro enlace de tan gran familia.
 Con él conserva su reposo interno,
y sus más apreciables intereses:
la religión católica, el Gobierno
que la piedad cubrió con sus arneses.
Y yo del trono imploro del Eterno,
que lo preserve exento de reveses,
á Jesús por su Nombre suplicando
salve siempre la herencia de Fernando.



CORRIGENDA

En el *Introito*, página VII, línea 37, dice: *quemada*, léase: *penitenciada*.

En el mismo, página XV, línea 23, dice: trofeos, léase *Trofeos*.

En el mismo, página XX, línea 2, dice: *aparecen*, léase: *están*.

En *Tiempos Coloniales*, página 3, línea 23, dice: *Mateo*, léase: *José Domingo*.

El lector corregirá otros yerros tipográficos de menor importancia. A fin de respetar en lo más posible los textos originales, se han dejado algunas faltas de ortografía.

INDICE